

"lunes de revolución" dedica este número a todos los que lucharon, luchan y lucharán por la república

director:
guillermo cabrera infante
sub-director:
pablo armando fernández
diseño y emplanaje:
tony évora
número 68, julio 18 de 1960



LUNES tenía una deuda con España —todos los hombres tienen una deuda con la España antifascista— que se apresura a anular en parte, porque la profundidad del acontecimiento supera el marco de estas páginas de los escritores de la Revolución. Después de una guerra heroica, como ha habido pocas, la República Española fue derrotada por las fuerzas militares de Hitler y Mussolini, con la silenciosa complacencia de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Mientras duró la República, mientras la Revolución defendía las calles de Madrid casa por casa, la esperanza estuvo viva, fijada en aquella zona del mundo. Hubo un derrumbe de la institución republicana ante la fuerza militar extranjera, no así del pueblo español que continúa con las manos abiertas para recibir las armas, y exterminar la plaga de ratas que hoy gobierna en España. La esperanza no ha muerto, por lo tanto, sopla de cada nueva aurora de España, de cada palabra transparente de libertad pronunciada por un español. Hoy, como en los tiempos de Antonio Machado, se puede esperar ese nuevo renacer de España, que es el nuevo renacer del mundo; ese nuevo renacer que la Revolución Cubana ha hecho germinar en esta parte del mundo.



Goya: "Los desastres de la guerra"



Julio González: "Montserrat gritando"

españa noche larga del alma del pueblo
quemándonos la garganta
un grito
empuñado como un arma
(colinas de fuego
ríos de metal sonando)
nunca amortajada
tu voz de acero y de carbón
raja el espejo de la libertad
(las manos hechas añicos
agarrando sin agarrar
contra un espacio abierto y peligroso)
tú voz del pueblo
tú antorcha de la historia
eres la palabra sin enterrar desenterrada
hondo grito de españa
último grito del hombre mi bandera.

j. a. baragaño.

MEMORIA DE LA GUERRA CIVIL

por el general emilio herrera presidente del gobierno de la república española en el exilio (presentada ante la universidad de oxford)

¿QUIEN SOY YO?

Soy un general de la Aviación Militar Española, miembro de la Academia de Ciencias, que ha consagrado toda su vida a la Aeronáutica y a la Ciencia y que jamás ha intervenido en la Política.

Antes de la primera guerra mundial, siendo capitán piloto Jefe de la primera Escuadrilla de Aviación en la campaña de Marruecos, fuí ordenado por el General de nuestras tropas para llevar por vía aérea un mensaje desde su cuartel General en Tetuán (Africa del Norte) al Rey Don Alfonso XIII en Sevilla (España). Esta fué la primera vez que un avión cruzaba el Estrecho de Gibraltar y también la primera vez que un aeronave volaba a Europa desde otro Continente; yo fuí el primer hombre que ha visto desde el aire la fortaleza de Gibraltar. Por este vuelo, fuí honrado con el nombramiento de Gentilhombre de Cámara.

Cuando la República fué establecida en España y el Rey se expatrió, le seguí a París para ponerme a sus órdenes como Gentilhombre que continuaba siendo, pero el Monarca me aconsejó que aceptara el Régimen Republicano votado por el pueblo, para evitar toda lucha entre españoles. Así, pues, regresé a España y, lo mismo que el General Franco y todos los oficiales del Ejército Español, juré por mi honor servir bien y lealmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas.

Después, Franco se sublevó contra la República, faltando a su palabra de honor y yo me negué a sumarme a la rebelión militar y permanecí fiel al Gobierno legal durante toda la Guerra Civil y continúe siéndolo después de terminada, porque, en mi opinión, únicamente el pueblo español puede liberarme de la promesa que libremente le dí; pero hasta ahora, mis compatriotas están imposibilitados de expresar su voluntad por el régimen de opresión a que están sometidos.

Después de la guerra, fuí privado de mi empleo de general, perdí mi carrera y mis medios de vida, al mismo tiempo que el Gobierno de Franco utilizaba su influencia internacional contra mí para hacerme imposible la existencia en el exilio. Por otro lado me enviaron mensajeros para tratar de convencerme de que regresara a España, pero mi dignidad y mi palabra de honor me obligan a rechazar toda colaboración con la Dictadura Española, lo mismo en España que en las organizaciones internacionales en que toma parte. Por esta razón, dimití mi cargo de revisor de documentos atómicos de la ONU en Ginebra —que hubiera resuelto el pavoroso problema de mi vejez— cuando la Dictadura Española fué admitida en aquella organización.

Lo mismo que el Rey Francisco I de Francia, puedo decir: "Todo lo he perdido menos el honor", incluso la vida de mi hijo menor, muerto en un combate aéreo; pero no me arrepiento de estos sacrificios porque creo que, con ellos, he cumplido con mi deber.

NOTAS SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 1936-1939

SU ORIGEN

El Rey Don Alfonso XIII había perdido su popularidad a causa de su demasiada personal intervención en la política y en la dirección de la campaña de Marruecos, sobre todo por el desastre de Annual en 1921 y su consecuencia: la Dictadura del General Primo de Rivera, contraria a la Constitución que el Rey había jurado respetar. Por esto, en las primeras elecciones que se hicieron después de la Dictadura, los candidatos republicanos obtuvieron una gran mayoría de votos y el Rey abdicó, se expatrió y la República fué proclamada en España sin ninguna perturbación, el 14 de Abril de 1931.

Se preguntó a todos los oficiales del Ejército si aceptaban el servir al Régimen Republicano y, en este caso, que firmaran un compromiso de honor retirándose a la vida civil que no lo aceptaran. La inmensa mayoría juró por su honor el "servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas". Entretanto, el Ministro de la Guerra, señor Azaña, notando que muchos de los antiguos oficiales monárquicos habían prometido fidelidad a la República solamente para conservar sus pagas, publicó un decreto, el 25 de Abril de 1931, concediendo a todos los oficiales el derecho de retirarse con su paga entera. Muchos aceptaron esta situación que les permitió el vivir sin tener que hacer ningún trabajo.

Los Obispos, por su parte, publicaron una pastoral colectiva recomendando la aceptación del nuevo régimen.

El pueblo español, de sencillos sentimientos, fanáticamente religioso y entusiasta de las manifestaciones militares, se mostró satisfecho viendo que, tanto la Iglesia como el Ejército, habían aceptado el Régimen que había elegido, esperando que una nueva era de paz y de prosperidad se había abierto para España.

La República dictó varias leyes, habituales en los demás países republicanos, pero inexistentes en la Monarquía Española, como la separación de la Iglesia y el Estado, la limitación de algunas ventajas excesivas de que gozaban el Ejército, el Clero y la Nobleza. Esos grupos afectados por las nuevas leyes, echaron de menos la finalizada Monarquía y decidieron derribar la República.

El General Sanjurjo y el General García de La Herrán, con otros oficiales se levantaron en armas contra la República el 10 de agosto de 1932, causando, en su lucha contra las tropas gubernamentales, la muerte de algunos oficiales, hasta que la rebelión fué dominada y sus jefes condenados a muerte —según el Código de Justicia Militar— por un Consejo de Guerra, pero indultados por el Gobierno, fueron liberados después de un año de prisión y repuestos en sus empleos de Generales habiéndoseles concedido una amnistía total. Esta generosidad del Gobierno de la República animó a sus enemigos para prepararle un ataque más violento con la ayuda de los Dictadores Italiano y Alemán. El hijo del General Primo de Rivera, José Antonio, fundó la Falange, partido contrario a la República que en 1934 envió a Roma a cuatro delegados monárquicos (el General Emilio Barrera, don Rafael Olazabal, don Antonio Lizarra y don Antonio Goicoechea), para firmar un pacto con el Duce, Benito Mussolini y el Mariscal Italio Balbo, a fin de obtener de Italia la ayuda necesaria para derribar a la República Española, que tres años antes habían jurado bajo palabra de honor defender. Dicha reunión fué celebrada el 31 de marzo a las cuatro de la tarde, y en ella se convino que Italia ayudaría con todos sus medios la proyectada sublevación y como anticipo, el Duce entregó a los delegados 1.500,000 pesetas, 20,000 fusiles, 20,000 granadas de mano y 200 ametralladoras. Estas armas fueron enviadas inmediatamente a España, vía Portugal y depositadas secretamente en iglesias y conventos españoles. A este primer envío siguieron regularmente otros muchos, mientras jóvenes de familias monárquicas eran enviados en secreto a Italia para ser instruídos en el manejo de ametralladoras y de granadas de mano. Al mismo tiempo, se firmó un pacto semejante en Berlín por otros delegados monárquicos, con el Fuher Adolfo Hitler.

Los monárquicos celebraron abiertamente varios meetings, lanzaron un globo con los colores de la bandera monárquica desde el círculo aristocrático "La Peña" (Madrid), incendiaron la tribuna presidencial para un desfile militar con otras provocaciones que hacían aumentar cada día la indignación de los republicanos. Las iglesias convirtieron en depósitos de armas procedentes de Italia para preparar la sublevación y para prevenir la reacción popular. Finalmente, la exaltación del pueblo se hizo incontrolable, algunas casas fueron asaltadas e incendiadas y fueron organizadas partidas de pistoleros por ambas partes. El entierro de cada víctima era pretexto para nuevos ataques por los pistoleros adversarios causando nuevas víctimas. Estos ataques recíprocos fueron cada vez más frecuentes y dirigidos cada vez a más altas personalidades. En uno de ellos fué muerto un guardia civil y los pistoleros monárquicos atacaron su entierro, pero los policías que acompañaban al difunto repelieron el ataque matando a uno de los pistoleros falangistas, distinguiéndose en este tiroteo el teniente de Guardias de Asalto don José Castillo. Los falangistas prometieron matar al Teniente Castillo y cumplieron su promesa asesinándole en los brazos de su mujer cuando estaba despidiéndose de ella en la puerta de su casa ("My mission to Spain" por el Embajador de los Estados Unidos en España, Mr. Claude G. Bower, pág. 212). Su cuerpo fué colocado en la Dirección de Seguridad y mientras los compañeros del muerto velaban el cadáver, uno de ellos se dirigió a él y dijo: "Te juro que esta misma noche quedarás vengado". Este juramento fué repetido por los demás oficiales presentes y a las 4 de la mañana se presentaron en casa del Sr. Calvo Sotelo, leader de los fascistas españoles, se lo llevaron arrestado, lo mataron y depositaron su cadáver en el cementerio.

El asesinato del Sr. Calvo Sotelo, hecho por las fuerzas del orden, produjo una honda conmoción en el Gobierno y en toda España (es totalmente falso que este asesinato hubiera sido ordenado por el Gobierno y que la vicepresidente de las Cortes, Dolores Ibarruri (comunista) hubiera pronunciado palabras anunciándolo, como se ha dicho por los franquistas). Inmediatamente, este desgraciado hecho fué aprovechado, mediante una hábil propaganda, para desencadenar la rebelión, cuidadosamente preparada desde mucho tiempo antes y conocida por Hitler y Mussolini. El día 18 de Julio de 1936, seis después de la muerte de Calvo Sotelo, estalló la insurección militar.

Los falangistas han dicho después que la rebelión fué necesaria para librar a España del comunismo, pero esto es falso. En el Gobierno no había ningún ministro comunista, en el parlamento había solamente 15 diputados comunistas entre 437 al estallar la revolución. La República Española no tenía relaciones diplomáticas con Rusia. Yo mismo, como Director de la Escuela Superior Aerotécnica, fuí encargado de realizar un viaje de estudio, con mis alumnos, por todos los centros aeronáuticos de Europa, incluso a la URSS, pocos meses antes de la guerra civil, pero cuando estábamos para tomar el avión a Moscú desde Berlín, el Gobierno Ruso telegrafió a nuestro Embajador en Alemania diciendo que nuestra entrada en territorio soviético estaba prohibida porque España no tenía relaciones diplomáticas con Rusia. Esto ocurría en 1936, pero dos años antes en 1934, cuando los monárquicos españoles estaban preparando la rebelión con la ayuda de Hitler y Mussolini, solamente había un diputado comunista en el Parlamento Español entre 473: el Sr. Bolívar, fusilado por las tropas de Franco.

LA GUERRA

Los jefes militares rebeldes eligieron como "Caudillo", al más notable y joven de los generales españoles. Francisco Franco, quien, por su fingida afección a la República, había sido honrado confiándole los más altos puestos en el Ejército Español: General Jefe del Estado Mayor Central, Director de la Escuela Militar y Capitán General de las Islas Canarias.

El General Franco voló secretamente en un avión inglés desde las Islas Canarias a Marruecos para preparar las tropas moras que debían desembarcar en España para luchar contra el Gobierno de la República. Al mismo tiempo la revolución estallaba en varias ciudades de España en donde había sido preparada desde mucho antes; en muchas de ellas pudo ser dominada (Madrid, Barcelona, Valencia, Guadalajara, etc(pero en otras tuvo éxito (Sevilla, Zaragoza, Valladolid, Avila, etc.) Las tropas moras, mandadas por Franco desembarcaron en Algeciras, con la protección de la aviación italiana e iniciaron su marcha hacia Madrid. El General Sanjurjo intentó unirse a los rebeldes desde Portugal, en vuelo, pero su avión cayó y se incendió al despegar y el General murió en este accidente.

Hitler y Mussolini enviaron sus tropas a España como habían prometido: la División, Kondor, alemana y las Divisiones "Fiamme Nere" de "voluntarios" italianos, para ayudar a la rebelión. El Gobierno republicano se encontró impotente para combatir a la rebelión de la mayor parte del Ejército y de las fuerzas y de las fuerzas de Policía, juntas con las Divisiones Nazi-Fascistas y tuvo que recurrir a entregar armas a los presos de las cárceles y a aceptar la ayuda de voluntarios internacionales. Al mismo tiempo, el Embargo americano contra España y el Comité de No Intervención en Europa impedían a los republicanos el adquirir armas en el extranjero, mientras los rebeldes estaban provistos plenamente de las procedentes de los Ejércitos Alemán e Italiano. En estas condiciones, la República tuvo forzosamente que entablar relaciones diplomáticas con Rusia y comprar aviones, cañones, carros de asalto y demás armas de procedencia soviética.

Todos los obispos españoles, excepto dos, que fueron desterrados por Franco, uno de ellos Cardenal, publicaron una carta colectiva poniéndose del lado de los rebeldes, cuyos aviones, cañones y carros de asalto fueron bendecidos por algunos de ellos, empleando el saludo a la manera fascista.

El pueblo español, viéndose engañado, burlado y traicionado tanto por el Ejército como por el Clero, que habían jurado fidelidad y adhesión a la República, tuvo una terrible reacción: todo oficial, persona religiosa o aristócrata era, para él, sospechosa de traición, cometiendo excesos y asesinatos que el Gobierno carecía de fuerzas para reprimir en los primeros meses, por habérsele sublevado la mayor parte del ejército y de la policía.

El pueblo quería ayudar al gobierno legal, pero sin obedecer sus órdenes ni someterse a control alguno, obrando con completa independencia. En estas condiciones era inevitable que grupos exaltados aprovechasen esas circunstancias excepcionales para cometer toda clase de desafueros generalmente con la intención de favorecer la causa de la justicia tal como ellos la entendían, penetrando en las casas particulares, saqueándolas y llevándose a sus habitantes sospechosos para juzgarlos y aplicarles la pena que les parecía, incluso la de muerte.

Yo puedo citar uno de estos casos en mi propio domicilio. Mientras mis hijos y yo nos hallábamos cumpliendo nuestro deber en el frente, lejos de Madrid, las mujeres de nuestra familia, que continuaban en la capital, temiendo ser víctimas de algunos de estos grupos incontrolables, decidieron ocultar todo el dinero y todas las alhajas y valores de la familia debajo de un ladrillo. Al día siguiente se presentó un grupo de hombres recién salidos de la cárcel, cuyo jefe marchó directamente al ladrillo donde estaba oculto el "tesoro" y golpeándolo con el pie, ordenó: "Levantad este ladrillo" (una criada se había enterado y había denunciado la ocultación). Mi familia obedeció y la partida se marchó llevándose todos nuestros bienes, que mi familia dió como perdidos.

Sin embargo, relatando el hecho al Ministro de Estado del Gobierno, Sr. Alvarez del Vayo, éste ordenó hacer una investigación de la que resultó que aquella partida que actuaba por su propia cuenta, había entregado al Gobierno todos los bienes de que se habían incautado, hasta el último céntimo que fueron reintegrados a mi familia.

Cálculo de un cohete giratorio para altitudes extremadas.

Después de terminada la guerra, fue llamado por el Office National d'Etudes y Recherches Aeronautiques (ONERA) como Ingeniero de investigaciones agregado al Director Técnico, que le concedió un premio durante seis años, por uno de sus trabajos. También fue llamado por la ONU, para desempeñar el cargo de revisor de documentos atómicos que desempeñó en Ginebra hasta Diciembre de 1955 en que presentó la dimisión por no prestarse a colaborar en una Organización en la que se había admitido la Dictadura española. Con este motivo fue objeto en París de dos homenajes, uno de los españoles, presidido por el Presidente de la República Don Diego Martínez Barrio, y otro por los franceses presidido por el Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional M. Daniel Meyer. Durante la ocupación alemana, y sospechando que el arma secreta de Reich, de que se hablaba era una bomba atómica, hasta entonces desconocida, presentó a la revista de París "L'Aérophile" un artículo titulado: "¿La bomba de uranio terminará la guerra"?, en que presentaba el cálculo y los efectos de una bomba atómica. La censura alemana por orden de Berlín, prohibió terminantemente la publicación de este artículo que, tres años después, de liberada Francia, fue publicado en la revista francesa "Le Genie Civil", 20 días antes del lanzamiento sobre Hiroshima de la primera bomba atómica. En la misma revista publicó un artículo sobre la bomba de hidrógeno 3 años de su realización y otro sobre los satélites artificiales con el cálculo de su trayectoria, un año antes del lanzamiento del "sputnik" ruso. Es autor de varias obras de aeronáutica, de energía atómica y de matemáticas, entre ellas de un aparato para calcular funciones elípticas que se halla expuesto en el Palais de la Decouverte, de París.

"Reynols Packard, corresponsal de United Press, publicó un relato en el New York Herald Tribune, el 15 de agosto de 1936:

A medida que se capturaba a los republicanos que se defendían eran ejecutados en masa, y las milicias, dándose cuenta de que les esperaba la muerte si se rendían, continuaban luchando, a pesar de que la ciudad había sido tomada durante la noche".

"Un corresponsal especial del Temps, de París, envió de la próxima ciudad de Elvas, en Portugal, un informe que fue publicado en el famoso periódico, el 15 de agosto de 1936:

"Los milicianos y los sospechosos que se habían detenido fueron ejecutados inmediatamente. Ahora mismo, acaban de ejecutar a unos mil doscientos, acusados de resistencia armada y de otros graves crímenes. Vi el adoquinado frente a la Comandancia Militar cubierto con la sangre de esos desdichados, y lleno aún de gorras y prendas de vestir. La Catedral, en la que habían buscado asilo numerosas familias está en desorden, pero no ha sufrido desperfectos. Los milicianos capturados en el coro fueron ejecutados ante el altar, y allí están aún sus cuerpos bañados en sangre. Las detenciones y las ejecuciones en masa en la Plaza de Toros continúan".

"En relación con esto sigue diciendo este mismo corresponsal, cuando fue tomada la ciudad "trecientos ochenta presos políticos (fascistas) fueron liberados sanos y salvos". Pero los republicanos no son hechos prisioneros, sino que los ejecutan sin someterlos a proceso alguno".

"El 17 de agosto, de 1936, el corresponsal especial de Havas escribía de Portugal:

"En Badajoz continúan las ejecuciones en masa. Se calcula que las personas ejecutadas suman más de mil quinientas. Hay docenas de fusilados pertenecientes a la población civil".

"Hasta aquí la información de Badajoz".

Las matanzas de republicanos en las Islas Baleares han sido pintadas con colores indelebles por el brillante escritor católico francés, Georges Bernanos, que habiendo simpatizado con los fascistas al principio, quedó asqueado por los horrores que presentó, y habandonó el país para escribir su libro palpitante "Un diario de mi tiempo".

Probablemente uno de los asesinatos más repugnantes de los primeros días de la guerra fue el de Federico García Lorca, poeta, dramaturgo y uno de los genios españoles, liquidado por elementos fascistas.

En los primeros días de la guerra, los anarquistas, exitadísimos prestaron un servicio incalculable a los rebeldes con sus arengas feroces, sus alborotos y sus asesinatos, incendiando iglesias y atacando a los sacerdotes y sembrando la discordia detrás de las líneas de fuego.

En medio del caos que reinaba por entonces en Madrid, Franco emprendió su marcha sobre esta capital. En ella se habían descuidado mucho las defensas. En Toledo, algunas luchas callejeras habían impulsado al principio a los enemigos del Gobierno a buscar su defensa en la mole de granito del Alcázar. Había monárquicos, fascistas, oficiales del Ejército y reaccionarios destacados. Pronto empezó a circular una leyenda fantástica que dió una impresión equivocada del asedio del Alcázar. Al mundo exterior se le dió como pasto la historia seductodra de que la fortaleza estaba defendida por los jóvenes cadetes, por el hecho de que el edificio era una escuela militar. La verdad es que la escuela estaba de vacaciones y que no quedaban allí más de 30 ó 40 cadetes entre los 1,100 hombres que luchaban. Estos hombres, que no eran simples cadetes, estaban bajo el mando del General Moscardó, oficial superior del Ejército que yo conocía.

"Los aviones rebeldes atacaron la ciudad, arrasando la histórica posada de la época de Cervantes y una gran parte de la histórica plaza. El Gobierno pidió con insistencia que se dejaran salir del Alcázar a las mujeres y a los niños, pero todo fue en vano. Se ofreció dar cuartel a los sitiados si se rendían. Monseñor Enrique Vázquez Camarasa, brillante orador sagrado, fue enviado desde Madrid para negociar la liberación de las mujeres y los niños, pero sin resultados; y después de celebrar una misa, confesar a los sitiados y bautizar a algunos niños recién nacidos, regresó a la capital. Este elocuente sacerdote, lo mismo que centenares de otros, partió más tarde en exilio, y murió diez años después de un monasterio francés. Al fin una vez tomada Talavera por los rebeldes, que avanzaban sobre Toledo rápidamente, se puso fuego a la mina colocada debajo del Alcázar; la vieja ciudad se estremeció sobre su roca y una gran parte de la fortaleza se convirtió en un montón de ruinas. Pero sus ocupantes se habían retirado previamente en otra a la del edificio que no fue destruída".

"Y así fue como los Moros y los Legionarios invadieron la ciudad y se extendieron por sus estrechas calles. Por segunda vez en la historia, los moros entraron en Toledo invitados por los españoles y las escenas que siguieron fueron muy poco cristianas. Algunos milicianos que se mantenían en sus puestos fueron segados por los verdugos, pero no se hicieron prisioneros. Webb Miller, el gran periodista americano, que se hallaba en Toledo, explicó haber visto numerosos cuerpos decapitados en las calles. Esta fue la influencia civilizadora de los moros que venían a "salvar a la cristiandad". Los moros le ofrecieron joyas por una canción. Cuando el periodista les preguntó dónde las habían cogido, le contestaron señalando las casas que habían saqueado. Le sorprendió ver a muchos moros que llevaban la insignia del Sagrado Corazón de Jesús, que habían robado".

Durante el sitio del Alcázar, el gas, el agua y la electricidad fueron cortados de la fortaleza y, por lo tanto, el teléfono también. Pero los franquistas hablan de una conversación telefónica entre el asediado General Moscardó y el Jefe de las tropas gubernamentales, que lo amenazó con fusilar a su hijo si no se rendíase rendía. El director del "New York Ttimes", Mr. Matthews, declara en su libro El Yugo y las Flechas que esa conversación no ha tenido nunca lugar y que el hijo del general Moscardó murió en los combates del "Cuartel de la Montaña" en Madrid, antes del asedio del Alcázar de Toledo.

El Pacto de No-intervención había comprometido a todos sus firmantes a que jurasen por su honor no vender armas ni municiones a ninguna de las partes beligerantes de España, y el Embajador americano proseguía el mismo fin. Pero estas disposiciones se observaron severamente en relación con el Gobierno Republicano, que según el Derecho Internacional, tenía derecho a comprarlos; pero su observación fue menos rígida en relación con los enemigos del Gobierno, y Alemania e Italia, llevaban armas, tanques, municiones y tropas al campo de Franco, a sabiendas del Comité de No-intervención, que ni siquiera protestó nunca. El Gobierno republicano denunció estos hechos, con pruebas, ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, el 9 de octubre de 1936, que para colmo de ironía trasladó dicha denuncia al Comité de No-intervención.

Cuando el Pacto se convirtió en una farsa vergonzosa, Máximo Litvinov, el miembro ruso que figuraba en el Comité, anunció francamente que si no cesaba la intervención unilateral, en una fecha que se conviniera, Rusia no se consideraría obligada a observar el Pacto. No se hizo nada en este sentido, y Rusia empezó a vender tanques y aviones a los republicanos; pero los vendió; no los regaló.

Pero más importante que eso fue que los republicanos recibieron la ayuda de algunos voluntarios bien dispuestos. Desde el comienzo de la guerra, jóvenes de numerosas naciones llegaron a España para luchar al lado de los republicanos. Algunos eran soldados improvisados; otros aventureros dispuestos a luchar por una miserable paga; otros eran indudablemente comunistas de otros países de Europa; pero la mayor parte de ellos eran sencillamente antifascistas, deseosos de pelear contra las fuerzas de Hitler y Mussolini. Había muchos ingleses, alemanes, italianos, franceses y no pocos americanos.

Entre todos ellos había unos pocos rusos en el Ejército republicano pero estaban en él con carácter particular. Sólo había unos pocos aviadores y técnicos rusos y oí hablar de un oficial ruso que entrenaba a los reclutas. En ningún momento hubo más de quinientos rusos en España. Cuando la Comisión designada por la Sociedad de Naciones inspeccionó la retirada de las fuerzas extranjeras de la España republicana, a petición del Gobierno legítimo, sólo encontraron a 150 rusos.

Estos voluntarios de muchas naciones, que eran efectivamente voluntarios, constituían la famosa Brigada Internacional. Desde las primeras líneas de combates hicieron retroceder al enemigo. Durante algún tiempo la Brigada Internacional salvó Madrid, pero el hecho de que un oficial alemán comunista lo mandó durante cierto tiempo, y de que muchos de los combatientes eran comunistas no rusos, procedentes de Alemania, Italia y Francia, se utilizó como propaganda para dar la impresión en otros países de que todos los republicanos eran comunistas.

Más tarde, cuando Inglaterra y Norteamérica acogieron calurosamente a Rusia como aliada contra las mismas potencias del Eje, ninguna de estas naciones aludió al hecho de que esta aliada fuera comunista.

El Gobierno republicano dictó dos resoluciones para humanizar la guerra: una, prohibiendo todo bombardeo aéreo fuera de las líneas del frente y otra, suprimiendo la pena de muerte para los prisioneros de guerra. Además, por su propia iniciativa, decidió la retirada de España de todos los combatientes extranjeros que había en su lado, confiando en que el enemigo seguiría su ejemplo, lo que, como todo el mundo sabe no ocurrió. Estas tres resoluciones fueron escrupulosamente cumplidas en nuestro campo, bajo el control de una Comisión Internacional designada por el Comité de No-intervención, pero el General Franco se negó a hacer otro tanto. La despedida de los combatientes extranjeros se efectuó con un desfile solemne en Barcelona, en que toda la población se lanzó a la calle a ovacionarlos lo que fue aprovechado por las escuadrillas de bombardeo enemigas, al mando del hermano del General Franco el piloto Ramón Franco, que salieron de las Islas Baleares para bombardear la población de Barcelona, pero el avión piloteado por el jefe cayó al mar y los demás regresaron a su base sin efectuar el bombardeo.

Cuando las fuerzas de Franco llegaron cerca de Madrid, el Gobierno dejó la capital y se trasladó a Valencia; el General Miaja asumió la defensa de Madrid en el momento en que la moral del pueblo estaba más deprimida pero con su conocida energía logró organizar las líneas de defensa, enardeció a las tropas y pudo resistir casi tres años a pesar de la falta de armas, municiones y suministros de toda clase, y de los constantes ataques de la infantería fascista, de los cañones y de los bombardeos aéreos.

A pesar de la enorme inferioridad de las fuerzas republicanas en comparación con las que tenían a su disposición los rebeldes (moros, alemanes e italianos), las primeras consiguieron varias victorias, tales como la conquista de Teruel, la derrota de los italianos en Guadalajara y la travesía del Ebro, pero el embargo americano y el Comité No-intervención, que permitían a Hitler y a Mussolini suministrar armas a las fuerzas de Franco, impidieron que los republicanos pudiesen obtenerlas del extranjero (excepto de Rusia). Por esta razón las fuerzas locales se hallaron en condiciones de inferioridad insostenibles, sobre todo a fines de 1937, cuando Rusia cesó de vender armas a la República española.

La ayuda de los Ejércitos de Hitler y de Mussolini así como el Pacto europeo de No-intervención y el Embargo Americano contra España, fueron los factores principales de la victoria de Franco contra el pueblo español.

La República no ha firmado ningún tratado de paz con los rebeldes ni ha capitulado con ni sin condiciones; su Gobierno continúa en el exilio reconocido como único legítimo por todos los españoles libres y por nueve naciones: México y todas las Repúblicas Populares de Europa, excepto Rusia, esperando que algún día las naciones democráticas reconocerán la iniquidad que han cometido con el pueblo español.

NOTAS RELATIVAS A PREGUNTAS CONTESTADAS

La primitiva organización de las fuerzas aéreas.

El primer servicio de aviación fue creado en España en 1911, por cinco oficiales pilotos ingenieros(entre los cuales me hallaba yo), con aparatos Farman y Nieuport franceses. Al año siguiente, oficiales de todas las Armas y Cuerpos fueron dirigidos hacia la aviación. Más tarde el Cuerpo de Aviación Militar fue constituido por varias categorías de fuerzas del aire, de las cuales era la más alta al empezar la sublevación, la de "Jefe de Escuadra" (con el grado de Coronel), con unos 200 aparatos ingleses, franceses, italianos y españoles. Durante la guerra fueron nombrados sólo dos Vice-mariscales del aire: el General Hidalgo de Cisneros, que mandaba las fuerzas aéreas, y yo, como Jefe de Instrucción y de los servicios técnicos.

LAS RAZONES DE QUE PERMANECIERAN FIELES AL GOBIERNO LOS OFICIALES DE AVIACION

Todos los oficiales del Ejército Republicano Español habían firmado bajo palabra de honor, "servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas". De modo que todos los que eran CABALLEROS, aunque sintieran simpatía o prefencia, e incluso a despecho de su propia conveniencia, permanecieron fieles al Gobierno.

PROBLEMAS EN RELACION CON LOS VOLUNTARIOS

Desde el princio de la guerra, los voluntarios afluyeron de todas partes a las filas del Ejército Republicano. Casi todos ello seran hombres sin ninguna instrucción militar, a quienes era preciso preparar y acostumbrar a la disciplina militar. Formaron varias brigadas, que a fines de 1938, cuando el Gobierno Español ordenó a todos los combatientes extranjeros que salieran de España, eran en total:

Brigadas Internacionales	7,102 hombres
Otras unidades..	1,904 hombres
Hospitalizados	3,160 hombres
Total	12,166 hombres

Estas cifras fueron comprobadas por el Control Internacional, que certificó que en las filas republicanas sólo quedaban combatientes españoles.

LA CLASE DE AYUDA QUE APORTARON LOS RUSOS

Cuando Alemania e Italia se negaron a obedecer el Pacto de No-intervención, el Gobierno ruso ofreció vender material de guerra a la República Española y, con el fin de evitar que las reservas de oro del Banco de España cayesen en manos del enemigo que se acercaba, el Gobierno decidió depositarlo en Moscú. Con este oro pagó el Gobierno Español el importe del material comprado a Rusia, especialmente aviones. Ytrebitiol Y-15 (chatos) y Y-16 (moscas), aviones de combate, y 5-B (catiuskas) bombarderos. Con el material ruso, llegaron a España varios pilotos y técnicos, sin constituir ninguna unidad militar, además, dos generales sin mando alguno, pero admitidos como asesores en nuestros consejos técnicos. Yo propuse en uno de ellos (el único en que he visto a un general ruso, que estaba sentado aparte de la mesa en que deliberábamos los jefes de nuestra aviación), organizar

sursos de pilotos-técnicos, lo que se realizó en contra del criterio del general ruso, y lo mismo sucedió con el aprendizaje de vuelo a ciegas y otras materias.

Desde que se terminó la guerra, la URSS no reconoce al Gobierno Republicano Español en el exilio, y se niega a devolver el resto del oro que había recibido de nuestro Gobierno.

EMPLEO TACTICO DE LA AVIACION EN LA BATALLA

La aviación de Franco empezó sus bombardeos atacando la población civil desde los primeros días de la sublevación, haciendo numerosas víctimas en Madrid de hombres, mujeres y niños. Después, todas las ciudades no sometidas al Ejército rebelde fueron a menudo bombardeadas con dureza, sobre todo Valencia y Barcelona, residencias sucesivas del Gobierno, y Guernica, la ciudad sagrada del pueblo vasco que fue destruida por las bombas aéreas el 26. de abril de 1937, dando lugar a la protesta de Lord Cecil en la Cámara de los Lores, tres días después.

El Sr. Prieto, Ministro de Defensa de la República, publicó una nota diciendo que el Gobierno condenaba los bombardeos aéreos de la población civil, pero viendo que las fuerzas rebeldes los aplicaban cada día con más intensidad, su conciencia empezó a titubear y pensaba que tal vez convendría responder en la misma forma, para evitar que continuasen dichos ataques. Así, pues, el Ministro de Defensa ordenó que se bombardearan algunas de las ciudades sublevadas (Salamanca, Sevilla y Valladolid). La respuesta inmediata a esta acción fue un brutal bombardeo de Barcelona, en 19 de enero de 1938, causando 138 muertos y casi un millar de heridos. Entonces, el Ministro de Defensa dio orden, en 28 de enero, prohibiendo toda acción fuera del frente de combate. Esta medida humanitaria no fue imitada por la Aviación de Franco, que continuó sus bombardeos sobre las ciudades y la población civil, como el de Barcelona, en 13 de marzo de 1938, que causó 1,050 muertos entre los cuales figuraban 120 niños menores de 12 años. Acerca de este bombardeo ,el Embajador alemán telegrafió a su Gobierno el día 23 de marzo, diciendo: "Este bombardeo italiano puede calificarse de terrible. No había la menor intención de destruir objetivos militares. Casi todas las partes de la ciudad sufrieron los efectos del ataque. Me han dicho que bombas de un tipo especialmente destructor han deshecho centenares de casas y calles enteras. Hasta ahora se cuentan más de mil muertos, pero se cree que hay muchos más entre las ruinas. El número de heridos se calcula en unos 3,000. Una bomba mató a una fila entera de mujeres que hacían cola esperando la distribución de leche, y otra despedazó a un grupo de personas en la entrada de un refugio.

El General Franco se negó a aceptar la sugestión del Gobierno británico para suprimir los bombardeos aéreos, como había hecho la República, y los ataques de la aviación franquista continuaron con la misma intensidad y frecuencia que antes, sobre las ciudades y las tropas en retirada hacia la frontera francesa, hasta el final de la guerra, su "Día de la Victoria", en abril de 1939.

DESARROLLO DE NUEVAS TECNICAS

Durante la guerra estuve encargado de estudiar los perfeccionamientos introducidos en los aviones enemigos caídos en nuestras manos: Hienkel Ho 111 y Junkers Ju 86, alemanes, Savoia S. 79 italianos, todos ellos bambarderos, y los cazas Messershersmidt Me 109, Heinkert He 70, Junkers J 52 y Denier DO 17 K alemanes y Fiat CR 32 y Savoia S 81 italianos.

Observé que los técnicos alemanes ensayaban el empleo de motores Diesel en sus aviones, introduciendo, cada vez nuevas modificaciones pero, finalmente, renunciaron a esta idea. La espoleta que empleaban en sus bombas, de funcionamiento eléctrico muy complicado, fallaba frecuentemente lo que nos permitía el utilizar la trilita extraída de sus bombas no estalladas.

El el continuo fuego de cañón que lanzaban sobre Madrid, muchas granadas estaban saboteadas (una de ellas atravesó el muro de la alcoba de mi casa sin explotar) y dentro de la espoleta de algunas de ellas aparecía un papel con un letrero que decía: "Las granadas que yo preparo no explotan nunca. ¡Viva la República!"

Los aviones que poseíamos al estallar la revolución fueron destruidos en pocos días; entonces adquirimos varios viejos aviones franceses que pronto fueron también derribados y cuando el Pacto de No-intervención nos impidió adquirir material de guerra en el extranjero, tuvimos que recurrir a comprar este material a la URSS que, en vista de que Alemania e Italia suministraban todo su material a los rebeldes, ofreció el vendernos su material. Después, Rusia cesó en sus envíos de material y nos vimos obligados a fabricarlo en nuestros talleres bajo los bombardeos enemigos. Afortunadamente encontramos una gran cueva natural cerca de Alicante donde se pudo instalar la principal fábrica para nuestros aviones absolutamente a prueba de bomba, llegando a poder fabricar tres aviones por día, pero el enemigo nos derribaba cuatro. Por el contrario, las fábricas de los rebeldes trabajaban sin temor a bombardeos (que nos estaban prohibidos más allá de las líneas del frente) y además recibían de Alemania e Italia, directamente en vuelo, todos los aviones que necesitaban. Después de esto, llegamos a encontrarnos sin primeras materias para la fabricación y nuestras fuerzas aéreas desaparecieron.

LA RELIGION DURANTE LA GUERRA

En las primeras semanas de la guerra, por la violenta reacción del pueblo viéndose traicionado por el Clero, y sin que el Gobierno tuviera poder para contenerlo, en muchas partes de España los sacerdotes fueron perseguidos y las iglesias convertidas en almacenes de material bélico y de alimentación, prohibiéndose el culto, en ellas, pero en todo el país se celebraron misas y demás actos religiosos privadamente, y en algunas poblaciones, las iglesias siguieron consagradas al culto. Yo asistí en Santander todos los domingos a la misa en la Catedral que no dejó de celebrarse públicamente y en Barcelona se efectuaron entierros católicos que atravesaron públicamente las calles de la capital.

En la zona rebelde, además de ocultar en iglesias y conventos las armas desde mucho antes de la revolución, al comenzar la guerra, los obispos, excepto dos que se negaron, publicaron una carta colectiva dirigida a los prelados del extranjero, llena de falsedades, y las fuerzas franquistas encarcelaban o desterraban a centenares de sacerdotes que no aceptaban sumarse a la revolución, fusilando a 16 de ellos en el país vasco y a otros en otras provincias. El Obispo de Vitoria, Mr. Mujica protestó ante el Cardenal Primado de España, Mr. Gomá, de estos fusilamientos, a lo que el Cardenal contestó que "habían cometido una aberración que los llevó ante el pelotón de ejecución sucumbiendo por algo que no cabe consignar". Preguntado por el Obispo Mujica que cuál era la causa de la ejecución que no cabía consignar, el Cardenal Gomá contestó que "ordenándole absoluto secreto, le decía que el fusilamiento había sido por un abuso arbitrario de autoridad, desautorizado por el Jefe del Estado, que se lo había comunicado en la más estricta reserva". El Obispo Mujica contestó que su conciencia le prohibía el callar estas confesiones que rehabilitaban la memoria de los dignos sacerdotes fusilados, aunque esta actitud le resultase perjudicial "tejas abajo". En efecto, Mr. Mujica perdió su obispado y fue desterrado.

NUEVO PRESIDENTE DEL GOBIERNO DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Por renuncia del señor Don Félix Gordón Ordás, el Señor Presidente de la República Don Diego Martínez Barrio, ha encargado al General Don Emilio Herrera Linares la formación del Gabinete.

"CURRICULUM VITAE" DEL EXCELENTISIMO SR. D. EMILIO HERRERA LINARES

TITULOS TECNICOS

General de Ingenieros — Vice-Mariscal del Aire de la República Española.
Ingeniero Aeronáutico — Piloto militar y civil de globo libre, de dirigible, de avión y de hidroavión.
Observador y navegador aeronáutico.
Miembro de la Academia de Ciencias de España.
Laureado de la Academia de Ciencias de Francia.
Ex-Director General de Instrucción de Aviación.
Fundador y Ex-Director de la Escuela Superior Aerotécnica de España.
Fundador y Ex-Director del Laboratorio Aerodinámico de Cuatrovientos. (España)
Ex-Representante de España en la CINA.

TITULOS HONORARIOS

Caballero de la Legión de Honor de Francia.
Comendador de la Orden de Isabel de la Católica.
Comendador de la Orden de Cristo de Portugal.
Gentilhombre de Cámara con Ejercicio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

AÑOS

1879 Nacido en Granada (España).
1901 Oficial de Ingenieros Militares.
1905 Asistió a las Escuelas prácticas de la Compañía de Aerostación, en Guadalajara, efectuando como piloto y observador una ascensión libre para observar el eclipse de sol de 1905 a la altura de 5000 metros, desde Burgos, obteniendo el dibujo de la corona solar, y por la observación de las sombras volantes a esa altura, se descubrió la naturaleza de este fenómeno.
Efectuó 87 ascensiones en globo libre con participación en los concursos internacionales del Gran Prix del Aero-Club de Francia y la Copa Gordon Bennet. En una de estas ascensiones recorrió 1180 kms., en 14 horas, desde París a la frontera de Rusia con Moravia (por lo que le fué conferida la Cruz de la Legión de Honor) y en otra realizó la travesía de ida y vuelta del Golfo de Lyon con estabilizadores marítimos, recibiendo la Medalla del Mérito.
1909 Jefe de la primera Compañía de Aerostación, en la guerra de Marruecos.
1910 Piloto de Aeronave, en el Dirigible "España"
1911 Piloto de aeroplano, biplano Farman, en Cuatrovientos (Madrid).
1912 Piloto de aeroplano, en monoplano Nieuport, en Pau (Francia).
1913 Jefe de la primera escuadrilla de aviación, en la guerra de Marruecos.
1914 Hizo como piloto la primera travesía aérea sobre el estrecho de Gibraltar, desde Tetuán (Marruecos) a Sevilla (España) en monoplano Nieuport.
Nombrado Gentil-Hombre de Cámara del Rey de España.
1915 Piloto de Hidroplano Curtiss, en Hemondsport (EUA) y Toronto (Canadá).
1917 Agregado al Englist Royal Flying Corps, en el frente francés, durante la guerra europea.
1921 Director del Laboratorio Aerodinámico de España.
1928 Hizo, con el Dr. Eckner, la primera travesía del Atlántico a bordo del dirigible Graf Zeppelin, de Friedrichshasfen (Alemania) a Lakehurt (EUA).
1930 Hizo tres travesías del Atlántico, a bordo del Zeppelin, de Sevilla (España) a Río de Janeiro (Brasil), y a Lakeurst y Sevilla. Fundador y Director de la Escuela Superior de Aerotecnia, de Cuatrovientos (Madrid)
1931 Nombrado Experto Internacional en Aviación, por la Liga de Naciones.
1933 Académico de Ciencias (Madrid)
Delegado de España en la Liga de Las Naciones.
1934 Delegado de España en la CINA, (Bruselas y París (1935).
1936 Construcción de un estratostato, en Guadalajara (España).
Construcción de su escafandra estratosférica Cuatrovientos (Madrid).
Delegado de España en la CINA, en Varsovia (Polonia).
1938 Director de Instrucción de Aviación, Vice-Mariscal del Aire de las Fuerzas Aéreas de España.

TRABAJOS

"Navegación Aeronáutica"
(libro publicado)
"Aerotécnica" (libro publicado, dos ediciones).
Proyecto de un dirigible trasatlántico.
Proyecto de un poste telescópico de anclaje para dirigibles.
Proyecto y construcción del Laboratorio y Túnel Aerodinámico, Cuatrovientos.
Proyecto y construcción de un estratostato, el mayor globo libre construído en Europa, (32,000 metros cúbicos) de seda cauchada, destruído en la guerra civil española.
Proyecto y construcción de una escafandra estratosférica, ensayada por el mismo a la temperatura de 80 grados C. bajo cero y a la presión correspondiente a una altitud de 20,000 metros.
Cálculo hipergeométrico a hipermecánico del Universo (conferencia en la Universidad de Madrid).
Regla de cálculo para proyectiles y pilotos, de aviación, adoptada por las aviaciones militares de España y de Italia. ... ...
Dos aparatos para simplificar la navegación aérea por observación astronómica.
Un curvígrafo para trazar cálculos de cualquier diámetro y para resolver integrales elípticos (Patente francesa).

EN LAS BARRACAS "LENIN"

por george orwell de homenaje a cataluña (traducción de humberto arenal)

En las barracas Lenin, en Barcelona, un día antes de que me incorporara a las milicias, vi a un miliciano ítalo parado frente a la mesa de un oficial.

Era un joven fornido de unos veinte o veinticinco años, de un pelo rojizo amarillento y de hombros poderosos. Tenía la gorra ladeaba sobre un ojo. Desde donde yo estaba lo veía de perfil. La quijada la tenía enterrada en el pecho y miraba preocupado un mapa que uno de los oficiales había abierto sobre la mesa. Había algo en su cara que me impresionó. Era la cara de un hombre que podría asesinar a alguien y dar la vida por un amigo. La clase de rostro que uno imagina en un anarquista, aunque lo más probable es que fuera comunista. Había una mezcla de candor y ferocidad en su cara; y también esa especie de reverencia patética que los analfabetos sienten por aquellos que creen superiores. Sin duda el mapa era incomprensible para él; para el joven miliciano la lectura de un mapa era una tarea intelectual muy difícil. No sé por qué pero pocas veces he visto a nadie, es decir, a un hombre, que me haya impresionado de una manera tan vívida de primera intención. Mientras hablaban alrededor de la mesa alguien mencionó que yo era extranjero. El italiano levantó la cabeza y dijo enseguida:

—*¿Italiano?* *

Yo le contesté en mi castellano chapurreado:

—No, *inglés. ¿Y tú?*

—*Italiano.*

Cuando salíamos atravesó el salón para estrecharme con fuerza la mano. Es extraño el afecto que uno puede sentir por un extraño. Era como si su espíritu y el mío rompieran de pronto las barreras del idioma y de la tradición para encontrarse en un lugar de gran intimidad. Yo esperaba que le hubiera agradado tanto como él a mí. Pero también sabía que para retener esa primera impresión era necesario que no lo viera más nunca; y por supuesto que no lo vi nunca más. En España siempre uno se la pasaba conociendo gente de esa manera.

He mencionado a este miliciano porque se ha quedado grabado de una manera vívida en mi memoria. Su desgarbado uniforme y su cara patética son como un ejemplo típico de la extraña atmósfera de aquellos tiempos. Está ligado a todos mis recuerdos de esa época: las banderas rojas en Barcelona, los destartalados trenes llenos de soldados maltrechos camino del frente, los pueblos grises destruídos por la guerra en las líneas más avanzadas, las trincheras frías y fangosas de las montañas.

Esto pasó a fines de diciembre de 1936, a menos de siete meses de cuando escribo estas líneas, y en cambio es un período que se ha perdido muy lejos en el pasado. Eventos posteriores han borrado estos hechos mucho más que, digamos, los acaecidos en 1935 o en 1950. Yo había ido a España con la vaga idea de escribir una serie de artículos para un periódico, pero casi enseguida me incorporé a las milicias porque parecía lo único concebible en ese momento dado las circunstancias. Los anarquistas tenían virtualmente el control de Cataluña y la revolución estaba en plena efervescencia. Para alguien que hubiera estado allí desde el principio es probable que para diciembre o enero ya sintiera que la revolución estaba llegando a su fin; pero para uno que llegara directamente de Inglaterra el aspecto de Barcelona era sobrecogedor y dominante. Por primera vez en mi vida me encontraba en una ciudad dominada por los trabajadores. Prácticamente todos los edificios importantes habían sido ocupados por los obreros y estaban adornados con banderas rojas o con las banderas rojo y negro de los anarquistas; en todas las paredes aparecían pintados la hoz y el martillo y con las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todas las iglesias habían sido saqueadas y las imágenes habían sido quemadas. A menudo se encontraban grupos de obreros demoliendo una iglesia. Todas las tiendas y los cafés tenían anuncios en que se proclamaba que habían sido colectivizados; hasta los limpiabotas habían sido colectivizados y sus cajas habían sido pintadas de rojo y negro. Los camareros y los dependientes de tiendas lo miraban a uno a la cara con franqueza y lo trataban como a un igual.

Las formas serviles y hasta ceremoniosas de expresión habían desaparecido. Nadie decía *señor* o *don* o *usted,* sino lo llamaba *camarada* y lo tuteaba y en vez de decir *buenos días* decía *salud.* Desde los tiempos de Primo de Rivera la propina había sido abolida por ley; una de mis experiencias la tuve con el administrador de un hotel que me recriminó por haberle dado una propina a un muchacho que manejaba un ascensor. Todos los autos privados habían sido confiscados, y los tranvías y los taxis y la mayor parte de los vehículos estaban pintados de rojo y negro. Por todas partes se veían carteles revolucionarios pintados de un royo y azul brillante que hacían que todos los otros anuncios lucieran como manchas de fango.

Por la Rambla de las Flores, la arteria principal de Barcelona, por cuyo centro el pueblo caminaba febrilmente, los altoparlantes brindaban durante todo el día y parte de la noche cantos revolucionarios. El aspecto de la gente era lo más curioso de todo. Exteriormente parecía una ciudad en que las clases pudientes habían desaparecido. Excepto unas pocas mujeres y algunos extranjeros no había gente bien vestida en las calles. Casi todo el mundo usaba ropas de obreros o "monos" azules, o cualquier clase de uniforme de miliciano. Todo esto era extraño y emocionante. Muchas de estas cosas no las entedían, con otras ni estaban de acuerdo, pero enseguida me di cuenta que era una lucha por la cual valía la pena luchar. También cometí el error de creer que las cosas eran según aparecían, que en verdad este era un estado proletario, que la burguesía había huído, había sido liquidada o que se había unido de buen grado a los obreros; entonces no pude ver que un buen número de burgueses pudientes no estaba más que esperando y haciéndose pasar por proletarios hasta esperar el momento oportuno.

Además, había en parte esa atmósfera macabra que da la guerra. La ciudad lucía maltrecha y sucia; las calles y los edificios en malas condiciones, el alumbrado público durante las noches era muy bajo para resguardarse de los bombardeos aéreos, la mayoría de las tiendas estaban descuidadas y casi vacías. La carne escaseaba y la leche era casi imposible de obtener. Había escasez de carbón, azúcar y petróleo, y la escasez de pan era casi total. En las panaderías se veían largas filas de personas. Sin embargo, la gente parecía contenta y esperanzada. No había desempleados y el nivel de vida era muy bajo, se veían muy pocos vagabundos y no había pordioseros, excepto los gitanos. Más que nada, la gente creía en la revolución y tenía confianza en el futuro, parecía como si de pronto hubiera llegado una era de igualdad y libertad. Los seres humanos trataban de portarse como les y no como piezas dentro del engranaje del capitalismo. En las barberías había carteles anarquistas que proclamaban que los barberos (la mayor parte de ellos eran anarquistas) ya no eran esclavos. En las calles había carteles que pedían a las prostitutas que dejaran de serlo. Para alguien que viniera de una sociedad tan burlona y positivista como la inglesa, había algo paético en la forma tan literal como estos españoles tomaban las trilladas frases de la revolución. En las calles vendían por unos céntimos coplas revolucionarias, muy ingenuas, en que se cantaba a la hermandad de los proletarios y se denunciaba la vileza de Mussolini.

En muchas ocasiones vi a milicianos analfabetos comprar una de estas coplas, con gran trabajo aprenderse cada palabra y después empezar a cantarlas.

Se suponía que durante todo este tiempo que llevaba en las barracas Lenin me estaban preparando para mandarme al frente. Cuando me incorporé a las milicias me dijeron que al día siguiente partiría para el frente, pero tuve que esperar hasta que organizaran una *centuria.* Las milicias obreras, organizadas a toda prisa por los sindicatos al principio de la guerra, todavía no habían sido organizadas de una manera militar. Las unidades de comandos eran secciones de unos treinta hombres, las *centurias* de unos cien, y las columnas eran en la práctica cualquier grupo numeroso de hombres. Las barracas Lenin estaban instaladas en un estupendo edificio de piedra de una cuadra de largo, con una escuela de equitación y patios enormes de adoquines; antes habían sido barracas de caballería, capturadas durante la revolución de julio. Mi *centuria* dormía en uno de los establos, en los pesebres todavía estaban escritos los nombres de los caballericeros. Todos los caballos habían sido enviados al frente, pero el lugar todavía olía a orines y avena podrida. En las barracas había unos mil hombres y otras tantas mujeres, aparte de las mujeres de los milicianos que servían de cocineras. Todavía había algunas milicianas, pero no muchas. En las primeras batallas habían peleado junto a los hombres. En una revolución esto es algo que parece muy natural. Sin embargo, las ideas ya estaban cambiando. A los milicianos había que sacarlos del picadero mientras las mujeres estaban trabajando allí, porque se pasaban el tiempo riéndose de ellas y echándolas del local. Unos meses antes nadie se hubiera reído de una mujer que empuñara un revólver.

Las barracas estaban en un completo estado de suciedad y desorden, que era la consecuencia inevitable de la presencia de los milicianos en un edificio, y que parece ser una lógica consecuencia de todas las revoluciones. Había un gran desperdicio de alimentos, especialmente de pan. Solamente en la barraca donde yo estaba todos los días arrojaban una cesta llena de pan, mientras que la población civil carecía de este alimento. Comíamos en una gran mesa de unos pocillos de latón muy grasientos y tomábamos vino de un porrón.

Los uniformes los iban dando poco a poco y recordando que estabamos en España llegaban en pequeñísimas cantidades; así que nunca sabíamos cuándo íbamos a recibirlos; especialmente los cinturones y las cartucheras, que eran precisamente una de las cosas que más necesitabamos, no nos los entregaban hasta el mismo momento en que íbamos a tomar el tren para el frente. Yo he hablado del "uniforme" y posiblemente he dado una impresión errónea. No era exactamente un uniforme. Quizás mejor fuera llamarlo un "multiforme". En general los uniformes tenían un patrón común pero nunca se encontraban dos que fueran iguales. Casi todos los miembros del ejército usaban pantalones de pana; ahí cesaba toda la uniformidad. Algunos usaban botines de pana, otros alpargatas, otros polainas y unos pocos botas altas. Todos usábamos unas chaquetas con cremallera, algunas eran de cuero otras de lana y de una gran diversidad de colores. Las gorras nunca eran iguales. Por lo regular en las gorras usabamos el distintivo del Partido, y además casi todos llevábamos un pañuelo rojo o rojo y negro alrededor del cuello. Las milicias lucían de lo más curiosas. Pero esto se comprende, porque los uniformes eran sacados con gran premura de distintas fábricas y si se consideran las circunstancias no eran tan malos. Las camisas y los calcetines eran de algodón, pero bastante ineficaces para combatir el frío. Ya

*En español en el original inglés. Será siempre indicado en cursivas.

me imagino lo que sufrieron los milicianos en los primeros meses cuando se carecía en absoluto de organización. Me acuerdo que pasando la vista sobre uno de los periódicos publicados dos meses antes, uno de los dirigentes del P.O.U.M. (Partido Obrero de Unificación Marxista) después de una visita al frente, declaró que iba a tratar de que todos los milicianos tuvieran una frazada. Si alguna vez alguien ha dormido en una trinchera comprenderá mejor esta frase.

El segundo día que estuve en las barracas comenzó lo que humorísticamente llamaban "instrucción". Al principio aquello era un completo caos. La mayor parte de los reclutas eran jovencitos de 16 ó 17 años procedentes de los barrios pobres de Barcelona, llenos de fervor revolucionario, pero completamente ignorantes de las realidades de la guerra. Era casi imposible hasta hacerlos formar filas. La disciplina no existía; si a alguien le disgustaba una orden se salía de filas y discutía acaloradamente con el oficial. Nuestro instructor era un teniente fornido, de cara placentera, de agradables maneras que anteriormente había sido oficial del ejército regular, y todavía lucía como tal debido a su impecable uniforme. Aunque parezca extraño era un socialista sincero y convencido. Aun más que los miembros de su compañía, insistía en que en el ejército todos gozaran del mismo rango. Me acuerdo lo sorprendido que se mostró cuando un recluta lo llamó *señor*. "*¡Señor* de qué! ¿Por qué me llamas *señor*? ¿acaso no somos todos camaradas?" No creo que esto hiciera su labor más fácil. Mientras tanto los reclutas seguían sin recibir la clase de entrenamiento que pudiera serles útil en un futuro inmediato. Alguien me había notificado que los extranjeros no estaban obligados a recibir "instrucción" (los españoles, según pude notar creían de buena fe que todos los extranjeros sabían más de asuntos militares que ellos), pero por supuesto participé igual que el resto. Yo estaba ansioso por aprender a manejar una ametralladora; nunca tuve oportunidad de aprender a usarla. Para mi sorpresa me enteré que no íbamos a recibir ninguna instrucción de este tipo. La llamada instrucción no era más que marchas del tipo más anticuado y estúpido; flanco derecho, flanco izquierdo, marchen, atención, todo esto en columna de a tres, y toda esa parafernalia de estupideces inútiles que había aprendido cuando tenía 15 años. Era una manera muy original de preparar a un ejército de guerrillas. Es obvio que si alguien tiene pocos días para preparar a un soldado, debe enseñarle las cosas que sean más necesarias; cómo esconderse, cómo avanzar a través del campo, la manera de hacer guardia y de fabricar un parapeto, y más que nada a usar las armas. Sin embargo esta muchedumbre de ansiosos jovencitos que iban a ser lanzados al frente en unos pocos días, no eran enseñados ni siquiera a manejar un rifle ni a sacar la espoleta de una granada. Por entonces no me había dado cuenta que todo esto era así, simplemente porque no había armas para pelear. Las milicias del P.O.U.M. tenían tal carencia de rifles que cuando había un cambio de tropas tenían que tomar las armas de las que iban a descansar. En todas las barracas Lenin yo creo que no había más rifles que los que usaban los centinelas.

Después de unos días aunque no valíamos para nada, alguien creyó que estábamos listos para ser presentados en público, y por las mañanas marchábamos por los jardines cercanos a la *Plaza de España*. Este era el campo de entrenamiento de todas las milicias, además de los *Carabineros* y de los primeros contingentes del recién formado Ejército Popular. Aquel era un extraño espectáculo, a través de las aceras y de los caminos por entre los canteros de flores, incontables escuadrones y compañías marchaban marcialmente, con los pechos salientes tratando desesperadamente de lucir como soldados. Ninguno portaba armas ni llevaba un uniforme completo y la mayoría de los milicianos tenían los uniformes llenos de remiendos. El procedimiento casi siempre era igual. Durante tres horas marchábamos incansablemente (los españoles marchan con un paso muy corto y rápido), después hacíamos un alto, rompíamos filas y corríamos hacia una pequeña tienda que hacía un gran negocio vendiendo vinos de inferior calidad. Todos se mostraban muy amistosos conmigo. Por ser inglés despertaba una gran curiosidad y los oficiales de los *Carabineros* constantemente me invitaban a tomar. Mientras tanto cada vez que podía me llevaba al teniente para un rincón y le pedía desesperadamente que me enseñara a usar una ametralladora, y con la ayuda de mi diccionario de bolsillo comenzaba a hablarle en mi español chapurreado:

—Yo sé manejar fusil. No sé manejar ametralladora. Quiero aprender ametralladora. ¿Cuando vamos aprender ametralladora?

Siempre me contestaba sonriente que *mañana* conseguiría una ametralladora. Es innecesario decir que *mañana* nunca llegó. Varios días pasaron y los reclutas aprendieron a marchar correctamente y a pararse con gallardía, pero lo único que sabían era que la bala de un rifle salía por el cañón. Un día uno de los *Carabineros* se acercó a nosotros con un rifle y nos dejó examinarlo. Yo era el único de mi sección que sabía cómo cargarlo.

Durante todo este tiempo me lo pasaba luchando desesperadamente por aprender español. En nuestras barracas había sólo otro inglés y nadie ni siquiera los oficiales, hablaban francés. Además se me hacía más difícil todavía porque la mayor parte de mis compañeros hablaban entre sí en catalán. La única manera en que me hacía entender era con la ayuda de un diccionario que sacaba frenéticamente en momentos de crisis. Pero un extranjero puede vivir con más facilidad en España que en cualquier otro lugar. En unos pocos días la mayor parte de los milicianos me llamaban por mi nombre y me colmaban de amabilidades. No estoy escribiendo un libro de propaganda ni trato de idealizar las milicias del P.O.U.M. El sistema de las milicias cometía errores muy importantes, y los milicianos eran de muy distintas procedencias, porque debido a que la mayor parte de los mejores miembros estaban en el frente o habían muerto, hubo que ampliar el sistema de reclutamiento. Siempre había entre nosotros un buen número que era completamente ineficaz. Había niños de 15 años que eran traídos a la oficina de reclutamiento por sus padres sólo para recibir las diez pesetas al día que ganaban los milicianos; otros para coger parte del pan que se les distribuía a los milicianos generosamente, pero estoy seguro que cualquiera que hubiera vivido entre los trabajadores españoles —quizás mejor fuera decir trabajadores catalanes porque aparte de algunos aragoneses y andaluces la mayor parte de los que conocí eran catalanes— se hubiera percatado de la decencia de estas gentes; más que nada de su generosidad y rectitud. La generosidad de los españoles, en el sentido vulgar de la palabra, es casi embarazosa. Si uno pide un cigarrillo, es casi seguro que lo fuercen a tomar todo el paquete, y más que nada tienen ese tipo de generosidad en un sentido más profundo, según pude comprobar en repetidas ocasiones en las circunstancias más variadas. Algunos de los periodistas y los extranjeros que viajaron por España durante la guerra, han declarado que los españoles se sentían sumamente celosos de la ayuda prestada por los extranjeros. Por mi parte puedo afirmar que jamás observé un sentimiento así. Me acuerdo que unos días antes de dejar las barracas un grupo de hombres regresó del frente. Hablaban con gran entusiasmo de sus experiencias y se mostraban sumamente impresionados de la labor hecha por las tropas francesas que peleaban con ellos en Huesca. Según ellos los franceses *eran muy valientes*, y agregaban *"Más valientes que nosotros"*. Por supuestos yo pensaba que los franceses conocían mejor el arte de la guerra, que eran expertos en el manejo de bombas, ametralladoras y otras armas. Sin embargo el comentario era revelador. Un inglés primero se dejaría cortar una mano que hacer un comentario de este tipo.

Todos los extranjeros que sirvieron en las milicias pasaron sus primeras semanas aprendiendo a amar a los españoles y a exasperarse con algunas de sus características. En el frente, mi propia exasperación a veces alcanzaba el límite de la furia. Los españoles saben hacer muchas cosas, pero no saben hacer la guerra. Todos los extranjeros se quedan asombrados ante su ineficiencia y sobre todo ante su falta de puntualidad capaz de enloquecer a cualquiera. La única palabra en español que ningún extranjero puede dejar de aprender es *mañana*. Siempre que es posible, el asunto de hoy se deja para *mañana*. Esto es tan notorio que aun los propios españoles hacen chistes a costa de eso. Nada en España, desde una comida hasta una batalla, se hace a la hora señalada. En general, todo pasa demasiado tarde, pero algunas veces —para que nadie se confíe a esa idea—, suceden demasiado pronto. Si un tren tiene que salir a las ocho, sale normalmente en cualquier momento entre las nueve y las diez, pero una vez a la semana, quizás, por algún capricho del maquinista, se va a las siete y media. Todo eso puede llegar a causar. En teoría admiran a los españoles por sufrir nuestras nenrosis sajona de la esactitud pero desgraciadamente yo la sufro.

Después de rumores interminables, *mañana*, y demoras, se nos ordenó de pronto que partiéramos para el frente en dos horas, cuando casi todo nuestro equipo estaba sin pedir. Ocurrieron terribles tumultos en el almacén del cuartelmaestre, y muchos hombres tuvieron que salir sin el equipo completo. las barracas se llenaron de mujeres que parecían haber brotado de la tierra y ayudaban a sus hombres a enrollar las frazadas y hacer sus mochilas. Pasé por la humillación de que una muchacha, la esposa de Williams, tuviera que enseñarme a ponerme la canana nueva de cuero. Williams era el otro miliciano inglés. Era una española suave, de ojos negros, intensamente femenina, que parecía como si su vida estuviera dedicada a mecer una cuna, pero que había combatido con enorme valor en las calles en el mes de julio. Llevaba una criatura nacida diez meses después de que estallara la guerra y que posiblemente había concebido detrás de una barricada.

El tren debía salir a las ocho, y eran las ocho y diez cuando los oficiales, apresurados y sudando, pudieran llevarnos frente a las barracas. Recuerdo vivamente la escena a la luz de las antorchas, las filas apretadas de milicianos, con sus mochilas a la espalda y sus frazadas arrolladas y cruzadas sobre el hombro; los gritos y el golpetear de las botas y las cacerolas de metal, y luego un tremendo silbido, que logró imponer silencio, y un comisario político que de pie frente a una inmensa bandera roja nos hacía un discurso en catalán.

Por último, nos llevaron a la estación, por la ruta más larga, tres o cuatro millas, para que toda la ciudad nos viera. Nos detuvimos en las Ramblas para que alguna banda, prestada, tocara algún himno revolucionario. Otra vez las demostraciones a los héroes conquistadores —los gritos y el entusiasmo, banderas rojas, y banderas rojas y negras por todas partes, la muchedumbre amontonándose sobre el pavimento para vernos, las mujeres saludándonos desde las ventanas. Qué natural parecía todo entonces, y qué remoto e improbable parece hoy.

Había tanto soldados en el tren, que apenas dejaban espacio en el suelo. A última hora, vino la mujer de Williams corriendo por el andén y nos dió una botella de vino y una de esa salchichas que saben a jabón y dan diarreas. El tren salió arrastrándose de Cataluña, hacia la meseta de Aragón, a la velocidad normal de tiempos de guerra: es decir, menos de veinte kilómetros por hora.

"Homenaje a Cataluña" es uno de los documentos importantes de nuestra época", escribió Lionel Trilling, como prefacio a la edición norteamericana. "Es mucho más que un libro histórico. Es un testimonio a la naturaleza de la vida política moderna. Es una demostración, de parte de su autor, de una de las formas correctas de hacerle frente. Será, pues, una obra importante durante muchos años."

De "Homenaje a Cataluña" hemos elegido el primero y más hermoso de sus capítulos: el homenaje de un hombre honesto al coraje de un pueblo.

LA ILUSION LIRICA

por andré malraux de "la esperanza" (traducción de juan arcocha)

Un estruendo de camiones cargados de fusiles cubría Madrid, tenso en la noche de verano. Las organizaciones obreras anunciaban desde hacía varios días la inminencia del levantamiento fascista, la complicidad de los cuarteles, el transporte de las municiones. Ahora Marruecos había sido ocupado. A la una de la madrugada, el Gobierno había decidido por fin distribuir las armas al pueblo; a las tres, el carnet sindical daba derecho a dichas armas. Ya era tiempo: las llamadas telefónicas de las provincias, optimistas desde medianoche hasta las dos, comenzaban a dejar de serlo.

El centro telefónico de la estación del Norte llamaba a las distintas estaciones, una tras otra. El secretario del Sindicato Ferroviario, Ramos, y Manuel, designado para ayudarle aquella noche, hacía las llamadas. Con excepción de Navarra, con la cual las comunicaciones estaban interrumpidas, la respuesta había sido, o bien: "El Gobierno es dueño de la situación", o bien: "Las organizaciones obreras controlan la ciudad, esperando recibir instrucciones del Gobierno". Pero el diálogo había cambiado de repente:

—Alo, ¿Huesca?

—¿Quién habla?

—El Comité Obrero de Madrid.

—¡Ya eso se acabó, sinvergüenzas! ¡Arriba España!

Fijada a la pared con unas tachuelas, la edición especial (7 p.m.) de "Claridad". A seis columnas, se leía: "¡Camaradas, a las armas!"

—Aló, ¿Avila? ¿Cómo va eso por allá? Aquí, la estación.

—¡Ve a que te j..., cabrón! ¡Viva Cristo Rey!

—Hasta pronto. ¡Salud!

Habían llamado urgentemente a Ramos.

Las líneas del Norte convergían hacia Zaragoza, Burgos y Valladolid.

—Aló, ¿Zaragoza? ¿Es el Comité Obrero de la estación?

—Lo fusilamos. Y a ustedes les haremos lo mismo muy pronto. ¡Arriba España!

—Aló, ¿Tablada? Habla Madrid-Norte, el responsable del sindicato.

—¡Llama a la prisión, hijo de p...! Iremos a buscarte y te traeremos por las orejas.

—Muy bien; nos veremos en Alcalá, en el segundo bar a la izquierda.

Los del centro contemplaban el rostro jovial de gangster de Ramos.

—Aló, ¿Burgos?

—Habla el comandante.

Ya no había jefe de estación. Ramos colgó.

Sonó un teléfono:

—Aló, ¿Oviedo? ¿Quién habla?

—El Sindicato Ferroviario.

—Aquí, Miranda. La estación y la ciudad son nuestras. ¡Arriba España!

—Pero Madrid es de nosotros. ¡Salud!

No había, pues, que esperar socorro del Norte, excepto por Valladolid. Quedaban las Asturias.

—Alo, ¿Oviedo? ¿Quién habla?

Ramos se volvía prudente.

—El delegado de la estación.

—Habla Ramos, secretario del Sindicato. ¿Cómo va eso por allá?

—El coronel Aranda permanece leal al Gobierno. La cosa no anda bien por Valladolid: vamos a enviar tres mil mineros armados para reforzar a los nuestros.

Un martilleo de culatas de fusil alrededor de Ramos. No se oía.

—¿Cuándo?

—Enseguida.

—¡Salud!

"Sigue ese tren por el teléfono", dijo Ramos a Manuel. Llamó a Valladolid.

—Aló. Aquí, Segovia. ¿Quién habla?

—El delegado de la estación.

—¿Cómo va eso?

—Los nuestros defienden los cuarteles. Esperamos refuerzos de Oviedo: hagan lo que puedan por que lleguen lo más pronto posible. Aquí nos las arreglaremos. ¿Y por allá?

Un grupo cantaba frente a la estación. Ramos no oía su propia voz.

—¿Cómo? —preguntaba Valladolid.

—Por aquí, bien.

—Las tropas, ¿no se han sublevado?

—Todavía no.

Valladolid colgó.

Se podían desviar por allí todos los socorros del Norte.

En medio de enredos de combinaciones ferroviarias que comprendía mal y del olor a cartón de la oficina, a hierro y humo de la estación (la puerta estaba abierta sobre la noche, muy calurosa), Manuel anotaba las llamadas de las ciudades. Afuera, el ruido de los cantos y las culatas de fusiles; continuamente se veía obligado a repetir (los fascistas, por su parte, colgaban). Marcaba las posiciones sobre el mapa de la red ferroviaria: Navarra, incomunicada; todo el este del golfo de Vizcaya, Bilbao, Santander, San Sebastián, leal, pero incomunicado en Miranda. Por otra parte, las Asturias y Valladolid, leales. Los timbres sonaban sin parar.

Aló. Aquí, Segovia. ¿Quién hbala?

—El delegado del Sindicato —dijo Manuel, mirando a Ramos con aire interrogante—. ¿Qué cosa era él, de hecho?

—¡Pronto iremos a cortártelos!

—Eso pasará inadvertido. ¡Salud!

Ahora eran las estaciones fascistas las que llamaban: Sarracín, Lerma, Aranda del Duero, Sepúlveda, Burgos nuevamente. De Burgos a la Sierra, las amenazas descendían más rápido que los trenes de socorro.

—Habla el Ministerio del Interior. ¿El centro del Norte? Hagan saber a las estaciones que la Guardia Civil y la Guardia de Asalto están con el Gobierno.

—Aquí, Madrid Sur. ¿Qué tal va eso por allá, Ramos?

—Parece que se han apoderado de Miranda y de otros lugares más abajo. Tres mil mineros descienden sobre Valladolid: por ahí tendremos refuerzos. ¿Y por allá?

—Las estaciones de Sevilla y Granada cayeron en manos de ellos. El resto resiste.

—¿Córdoba?

—No sabemos: se pelea en los arrabales cuando las estaciones han caído. Revés serio en Triana. También en Peñarroya. Pero apenas puedo creer lo que me dices de Valladolid: ¿no había caído?

Ramos cogió otro teléfono y llamó:

—¿Valladolid? ¿Quién habla?

—El delegado de la estación.

—¿Ah, sí?... Nos habían dicho que los fascistas estaban ahí.

—Falso. Todo va bien. ¿Y por allá? Los soldados, ¿se han sublevado?

—No.

—Aló, ¿Madrid-Norte? ¿Quién habla?

—El responsable de los transportes.

—Aquí, Tablada. ¿No llamaste aquí?

—Nos dijeron que a ustedes los habían fusilado, o que estaban en la cárcel, no sé bien.

—Ya salimos. Ahora son los fascistas los que están encerrados. ¡Salud!

—Aquí, la Casa del Pueblo. Haced saber a todas las estaciones leales que el Gobierno, apoyado en las milicias populares, domina en Barcelona, en Murcia, en Valencia, en Málaga, en toda la Extremadura y en todo el Levante.

—¡Aló! Aquí, Tordesillas. ¿Quién habla?

—Consejo Obrero de Madrid.

—Los bandoleros de tu calaña están siendo fusilados. ¡Arriba España!

En Medina del Campo, el mismo diálogo. La línea de Valladolid quedaba como la única gran línea de comunicación con el Norte.

—Aló, ¿León? ¿Quién habla?

—Delegado del Sindicato. ¡Salud!

—Aquí, Madrid-Norte. El tren de mineros de Oviedo, ¿pasó ya por ahí?

—Sí.

—¿Sabes dónde se encuentra?

—Por Mayorga, supongo.

Afuera, en las calles de Madrid, los mismos cantos y ruidos de culatas.

—Aló, ¿Mayorga? Aquí, Madrid. ¿Quién habla?

—¿Quién es usted?

—Consejo Obrero de Madrid.

Colgaron. ¿Entonces? ¿Dónde estaba el tren?

—Aló, ¿Valladolid? ¿Estáis seguros de poder sosteneros hasta la llegada de los mineros?

—Absolutamente seguros.

—¡Mayorga no responde!

—No tiene importancia.

—Aló, ¿Madrid? Aquí, Oviedo. Aranda acaba de sublevarse; se está peleando.

—¿Dónde está el tren de mineros?

—Entre León y Mayorga.

—¡Mantened el contacto!

Manuel llamaba. Ramos esperaba.

—Aló, ¿Mayorga? Aquí, Madrid.

—¿Quién?

—Consejo Obrero. ¿Quién habla?

—Jefe de centuria de las falanges españolas. Vuestro tren pasó ya, idiotas. Tenemos todas las estaciones, hasta Valladolid. Valladolid es nuestra desde la medianoche. Vuestros mineros, los estamos esperando con ametralladoras. Ya limpiamos de ellos a Aranda. ¡Hasta pronto!

—¡Lo más pronto posible!

Una tras otra, Manuel llamó a todas las estaciones entre Mayorga y Valladolid.

—Aló, ¿Sepúlveda? Aquí, Madrid-Norte, Comité obrero.

—Vuestro tren pasó, imbéciles. Sois unos comemierdas e iremos a cortároslos esta misma semana.

—Estaremos esperando. ¡Salud!

Seguían las llamadas.

—Aló, ¿Madrid? ¡Aló, aló! ¿Madrid? Aquí, Navalperal de Pinares. La estación. Hemos recuperado el pueblo. Los fascistas, sí, desarmados, en la cárcel. Avisad. Los suyos telefonean cada cinco minutos para saber si aún se mantienen. ¡Aló! ¡Aló!

—Haría falta mandar noticias falsas a todas partes —dijo Ramos.

—Ellos se darán cuenta.

—De todas maneras, eso les hará formarse un lío.

—Aló, ¿Madrid-Norte? Aquí, la U.G.T. ¿Quién habla?

—Ramos.

—Nos dicen que un tren de fascistas llega con armamento perfeccionado. Parece que baja de Burgos. ¿Sabes algo?

—Lo sabríamos aquí; todas las estaciones son nuestras hasta la Sierra. De todas maneras, conviene asegurarse. Un momento.

"Llama a la Sierra, Manuel."

Manuel llamó a las estaciones, una tras otra. En su mano tenía una regla, y parecía como si estuviese marcando el compás. Toda la Sierra era leal. Llamó al centro de Correos: los mismos infomes. Del lado de acá de la Sierra, los fascistas no habían hecho intento alguno, o habían sido derrotados.

Sin embargo, eran dueños de medio Norte. En Navarra, Mola, el antiguo jefe de Seguridad de Madrid; contra el Gobierno, las tres cuartas partes del Ejército, como de costumbre. Del lado del Gobierno, la Guardia de Asalto y el pueblo, la Guardia Civil quizás.

—Aquí, la U.G.T. ¿Quién habla? ¿Ramos?

—Sí.

—¿Qué hubo con el tren?

Ramos resumió los informes.

—¿Y en general...? —preguntó a su vez.

—Bien. Muy bien. Salvo en el Ministerio de la Guerra. A las seis dijeron que todo se había ido al diablo. Les dijimos que no eran hombres; ellos pretenden que los milicianos no pelearán. Nos cagamos en sus cuentos: apenas puedo oírte, del ruido que hacen los tipos cantando en la calle...

Ramos oía por el teléfono los cantos, que venían a mezclarse con los de la estación.

Aunque el ataque había estallado a la misma hora en casi todas partes, parecía más bien que un ejército en marcha se aproximaba: las estaciones en poder de los fascistas estaban cada vez más próximas de Madrid; y sin embargo, la atmósfera había estado tan tensa en las últimas semanas, la multitud tan inquieta esperando un ataque que debería tal vez sufrir sin armas, que aquella noche de guerra parecía una inmensa liberación.

—El coche, ¿está ahí todavía? —preguntó Ramos a Manuel.

—Sí.

Confió el centro a uno de los responsables de la estación. Algunos meses antes, Manuel había comprado un pequeño coche de uso para ir a esquiar a la Sierra. Ramos lo usaba todos los domingos, para la propaganda. Esa noche, Manuel lo había puesto de nuevo a la disposición del partido comunista, y trabajaba una vez más con su camarada Ramos.

—¡Otra vez como en 1934! —dijo este último—. Coge hacia Tetuán de las Victorias.

—¿Dónde es?

—Cuatro Caminos.

Trescientos metros más lejos fueron detenidos por el primer puesto de control.

—Documentación.

La documentación era la carta sindical. Manuel llevaba raramente consigo su carnet del partido comunista. Como trabajaba en los estudios de cine (era ingeniero de sonido), un vago estilo montparnassiano le facilitaba la ilusión de escapar a la burguesía por la vestimenta. En aquel rostro muy moreno, regular y algo macizo, únicamente las cejas espesas podían reclamarse vagamente del proletariado. Pero apenas los milicianos les echaron un vistazo reconocieron la cara riente y los cabellos rizados de Ramos. Entre palmadas en la espalda, puños levantados y gritos de "¡Salud!", el auto siguió su marcha: la noche era toda fraternidad.

Y, sin embargo, la lucha entre socialistas de derecha y de izquierda, la oposición de Caballero a un posible Ministerio de Prieto, no habían sido flojas las últimas semanas... En el segundo puesto de control, hombres de la F.A.I., entregaron un sospechoso a obreros de la U.G.T., sus viejos adversarios. "Está bueno esò", pensó Ramos. La distribución de armas no estaba aún terminada: llegó un camión cargado de fusiles.

—¡Se diría que son suelas de zapatos!— dijo Ramos.

En efecto, de los fusiles no se veía más que la chapa metálica de la culata.

Algunas siluetas abrazaban los fusiles que acababan de recibir, bajo los insultos de otras que esperaban en la oscuridad, apretadas como fósforos en su caja. Algunas mujeres pasaban cargando jabas llenas de balas.

—Ya era hora —dijo una voz—. ¡Con el tiempo que hace que esperábamos a que se nos echaran encima!

—Casi creí que el Gobierno nos abandonaría.

—No te preocupes. Como están las cosas, esto

se va a acabar pronto. ¡Banda de cabrones!

—Es el pueblo el que hace de sereno en Madrid esta noche...

Cada quinientos metros, nuevo control: los autos fascistas recorrían la ciudad con ametralladoras. Y siempre los mismos puños levantados y la misma fraternidad. Y siempre el gesto extraño de los hombres que palpaban sin cesar sus fusiles: hacía un siglo que no tenían fusiles.

Al llegar, Ramos tiró su cigarrillo, aplastándolo con el pie.

—Deja tranquilo tu cigarrillo —dijo Ramos sereno—: es dinamita.

Los camaradas colocaron los paquetes, parte en el asiento delantero, el resto atrás, y entraron de nuevo en la casa. Manuel se había levantado para aplastar el cigarrillo con el pie, sin tirarlo. Levantó hacia Ramos un rostro consternado.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? —preguntó éste.

—Me molestas, Ramos.

—Bueno. Ahora, vámonos.

—¿No podríamos encontrar otro carro? Yo podría manejarlo.

—Estamos dinamitando los puentes, empezando por el de Avila. Aquí tenemos dinamita, y hay que llevarla inmediatamente a donde hace falta, a Peguerinos, etc. No vamos a perder dos horas, ¿no? Este carro, al menos, ya sabemos que camina.

—Sí —dijo Manuel, triste y conforme.

No era tanto el carro como los encantadores accesorios los que lo atraían. El auto partió nuevamente. Manuel delante, Ramos detrás, apretando contra su vientre un paquete de granadas. Y de pronto, Manuel se dio cuenta que aquel automóvil le era indiferente. Ya no había automóvil alguno; había aquella noche en que cada hombre tenía algo que hacer sobre la tierra. Ramos oía un tambor lejano, el latir de su corazón.

Cada cinco minutos eran detenidos por el control.

Los milicianos, muchos de los cuales no sabían leer, daban palmadas en la espalda a los ocupantes del coche en cuanto reconocían a Ramos, y apenas le oían gritar: "¡No fuméis!" y veían el coche atestado de paquetes, brincaban de alegría: la dinamita era la vieja arma romántica de Asturias.

El auto arrancó de nuevo.

En Alcalá, Manuel aceleró. A su derecha, un camión de la F.A.I. lleno de obreros armados dobló repentinamente hacia la izquierda. Esa noche, todos los coches iban a ochenta por hora. Manuel trató de evitar el camión, sintió que el coche liviano se levantaba del suelo y pensó: "¡Se acabó!".

Se encontró acostado boca abajo entre los paquetes de dinamita que rodaban como castañas —sobre la acera, por fortuna—. La sangre brillaba bajo su rostro, iluminada por una farola; apenas sentía dolor, sangraba de la nariz y oía gritar a Ramos: "¡No fuméis, camaradas!" Gritó también, se volvió y vio a su amigo, las piernas bien abiertas, los cabellos rizados cubriéndole el rostro, en la mano las granadas furiosamente apretadas contra el vientre, rodeado de hombres con fusiles que se agitaban alrededor de los paquetes sin atreverse a tocarlos. En el medio, una colilla de Ramos (quien había aprovechado que viajaba solo en el asiento trasero para fumar un cigarrillo más) se fumaba sola. Manuel la apagó con el pie. Ramos hizo que fueran amontonando los paquetes junto al muro.

Un altoparlante gritaba: "Las tropas amotinadas marchan sobre el centro de Barcelona. El Gobierno es dueño de la situación."

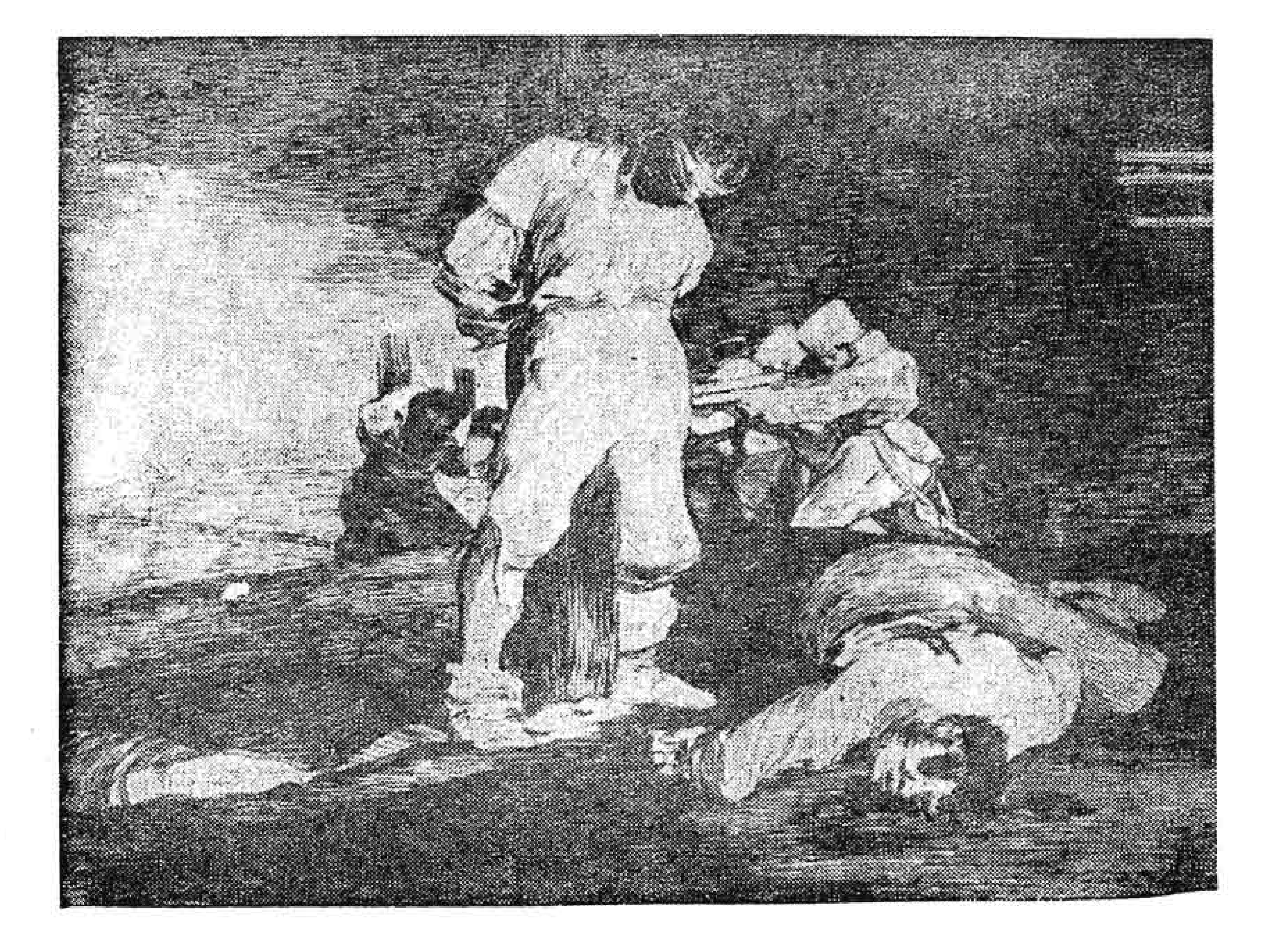
En cuanto al coche, mejor ni hablar.

Manuel ayudaba a amontonar los paquetes. Ramos, siempre tan activo, permanecía quieto.

—¿Qué esperas para ayudar?

"Las tropas amotinadas marchan sobre el centro de Barcelona."

—No puedo mover el brazo: la crispación fue demasiado fuerte. Tengo que esperar un rato. Detengamos el primer coche disponible y partamos.





Goya: "Los desastres de la guerra"

Aunque parezca mentira, André Malraux peleó en España por la República. El intelectual del neofascismo degaulliano, el malabarista pensante de la guerra de Argelia, capaz de justificar intelectualmente cualquier crimen de los colonos franceses contra los patriotas argelinos, peleó también en las barricadas de Cantón contra Chiang Kai-shek en 1927.

De su intervención en la guerra de España, salió "L'Espoir", un libro admirable que ya Malraux no puede negar, ni puede arrebatar al mundo, como de la revolución china nació "La Condición Humana", escrita cuando el general De Gaulle era un modesto especialista en tanques, en el ejército francés. Era la gran época de Malraux, la época de "Los Conquistadores", y de aquellos admirables diálogos entre Oriente y Occidente.

En homenaje a aquel Malraux que ya no existe, publicamos un fragmento de "La Esperanza", precisamente, en este número dedicado a España.

LOS ULTIMOS DIAS DE MALAGA

por arthur koestler (traducción de calvert casey)

El día 25 de Enero de 1937 las noticias del frente sur se hicieron alarmantes. Los rebeldes habían tomado Marbella, en la carretera de Gibraltar, y Alama, en la de Granada, dos posiciones claves. Málaga podía caer de un momento a otro.

El martes 26 de enero, salí de Valencia para el sur, viajando en automóvil con un novelista noruego, un periodista polaco y un chofer del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Española.

Atravesamos Alicante la noche del 27 y llegamos a Almería el día 28. Aquí comienza mi diario sobre los últimos días de Málaga.

Estas notas, que consistían en veinte páginas escritas a máquina, fueron confiscadas cuando me arrestaron en Málaga, pero en la cárcel de Sevilla pude, con las fechas aún frescas en la memoria, reconstruirlas lo más exactamente posible y sacar a escondidas de la prisión esta versión que aquí se da.

No he alterado estas notas sobre la agonía de una ciudad condenada, y la extraña conducta de los que allí vivieron y murieron.

JUEVES, 28 de Enero, Almería.

Me levanté, deprimido aún por la conversación que sostuve ayer con K.S.Y. (un oficial voluntario de la Brigada Internacional), en Murcia. Me dijo que durante el ataque de los tanques italianos al frente del Prado, cuarenta y dos voluntarios republicanos alemanes (algunos de ellos amigos comunes) habían sido masacrados en las trincheras porque no se les ordenó retirarse a tiempo. Holocausto inútil y sin sentido. Papeleo y negligencia por todas partes.

10 de la mañana. Ví a Campbell, el cónsul inglés en Almería. No me ofreció una silla, pero estuvo atento y deseoso de ayudarme. Dice que en Málaga ocurrirá una carnicería terrible. Se cree que la ciudad podrá defenderse hasta el último momento; dice que todos los cónsules extranjeros se han marchado por los constantes bombardeos aéreos y navales. Pero los barcos de guerra ingleses siguen en la bahía; algunos esperan escapar si ven cortada la retirada.

La conversación nos hizo bien. Estos cónsules ingleses en las ciudades españolas abandonadas son como columnas secas y sólidas en la inundación apocalíptica.

A las 12 del día salí para Málaga. Las carreteras empeoran por momentos. Están inundadas en varios puntos por las corrientes que bajan de la Sierra. Me pregunto cómo pueden pasar los camiones con tropas y municiones. En realidad, no pasan; la carretera, la única que conecta a Málaga con la República Española está absolutamente vacía. ¿Es que ya abandonaron la ciudad? Pero, tampoco encontramos refugiados. Qué extraño.

Motril, 3 de la tarde.

Una aldea de pescadores poco limpia. Nadie sabe donde está el Estado Mayor. Por fin logramos localizarlo en la escuela municipal.

Me pongo a buscar al Comandante. Lo encuentro una hora después, es un joven con aspecto de agotamiento y una barba de cinco días, antiguo administrador de correos y miembro del Partido Socialista de Indalecio Prieto.

Se encoge de hombros ante nuestras preguntas sobre la falta de tropas y armas en la carretera. "Hace tres días, me dice, llegaron veinte camiones con municiones a Almería. Pidieron al sindicato que llevara el cargamento a Málaga porque tenían que regresar. Los de Almería se negaron, diciendo que necesitaban sus camiones para transportar comida, e insistiendo que los camiones de Valencia llevaran el cargamento a Málaga. Los veinte camiones regresaron a Valencia y las municiones se quedaron en Almería. Los franquistas no necesitan pelear para tomar la ciudad. Quizás se los encuentre cuando llegue".

G. G. toma notas, y las rompe cada cinco minutos. Los corresponsales de guerra no pueden enviar esas noticias.

"Imposible seguir a Málaga", dice el Comandante, "el puente está roto más allá de Motril. La carretera está inundada. Tendrán que esperar hasta que escampe".

¿"De modo que Málaga está cortada del exterior?".

"Mientras siga lloviendo, sí".

"¿Cuántos días hace que llueve?".

"Cuatro días, y antes de esto llovió diez días seguidos".

"¿Cuándo se cayó el puente?".

"Hace cuatro o cinco meses".

"¿Pero porqué no lo reparan?".

Vuelve a encogerse de hombros. "No nos llega material ni especialistas de Valencia".

La apatía del hombre me exaspera.

"Pero ¿no se da cuenta que Málaga es un punto estratégico, la llave quizás de la guerra en el Sur, y que su suerte depende de ese puente? Esto es negligencia criminal".

El antiguo administrador de correos me dirige una mirada larga y tranquila.

"Ustedes los extranjeros son muy nerviosos", me dice paternal. "Perderemos Málaga, y quizás Madrid y la mitad de Cataluña, pero ganaremos la guerra".

Hay mucho fatalismo oriental en la forma en que los españoles hacen la guerra —de ambas partes; por eso parece ser tan irregular, rapsódica y brutal. Otras guerras consisten en una sucesión de batallas, esta es una sucesión de tragedias.

Una hora después vamos hacia Málaga, a pesar del puente caído. Hay que hacer un desvío de diez millas sobre trillos casi impracticables, y la última milla en el lecho de un arroyo de diez pulgadas de profundidad. Nuestro ligero vehículo pasa por donde otro se atascaría para siempre.

Ultima parada antes de Málaga: Almuñécar. Aquí hay un hotel que una vez fuera famoso. El Conde Reventlow nos lo recomendó en Valencia. El propietario, un hombre gordo de Zurich, se excusa en alemán".

"Son los primeros huéspedes en dos meses", nos dice. "El hotel no estará tan limpio. Pero hay guerra en España".

Llegamos a Málaga al ponerse el sol.

La primera impresión es la de una ciudad después de un terremoto. Obscuridad, calles enteras en ruinas, pavimentos desiertos, regados de granadas, y un olor que conozco desde Madrid, olor a polvo fino de yeso suspendido en el aire con pólvora de las granadas, y el vaho penetrante de la carne quemada.

Las luces fronteras del auto alumbran montones de escombros y más escombros. Después del gran bombardeo aéreo y de la artillería, Madrid era un balneario comparado a esta ciudad en los estertores de la agonía.

En el Hotel Regina, milicianos que conservan su buen carácter escupen sobre el piso de mármol y comen lo único que se encuentra: pescado frito. Somos los únicos huéspedes del hotel. El camarero nos dice que esta misma tarde una casa vecina fue destruída por una bomba de mil libras, que mató cincuenta y dos personas.

Me voy a dar una vuelta con G.G. Pero la obscuridad es tan amenazante que nos volvemos temblando de frío e intranquilos. El portero mira a la estrella, y dice que el tiempo está bueno para los bombardeos. La hija perdió ayer las dos piernas y nos pregunta si el novio la querrá ahora, sin piernas.

VIERNES, 29 de Enero.

No hay pan para el desayuno, café solamente. Los abastecimientos de comida, como los de municiones, no existen, por culpa de una negligencia criminal. El puente caído en Motril ha rendido frutos, y la ciudad de 200,000 habitantes casi se muere de hambre.

Pasamos la mañana visitando oficinas: Departamento de Propaganda y residencia del Gobernador Civil. Buena voluntad por todas partes, pero papeleo y falta de organización sin remedio.

Imposible enviar despachos al exterior; no hay censores para los periodistas extranjeros. Después de gestiones sin fin, conseguimos que nombren censor a un oficil joven que sabe un poco de francés.

Unos cuantos hombres y mujeres vienen corriendo del puerto, mirando al cielo a cada dos pasos. Un momento después las campanas comienzan a repicar: una alarma aérea. Ni siquiera hay sirenas. Todo el mundo corre de aquí para allá en gran confusión. El pánico es peor que en ningún momento en Madrid. La ciudad es más pequeña y los objetivos se dibujan mejor contra el mar. La población está desmoralizada. La alarma es falsa.

Me entrevisto con el coronel Villalba, al mando de las tropas de Málaga. Admite con franqueza que las cosas van mal, pero que hace días cuando tomó el mando iban peor.

"Inspeccioné primero el frente más expuesto; la carretera Málaga-Marbella-Gibraltar, que viene por la costa. No vi trincheras, ni posiciones fortificadas, ni nada más que dos milicianos que fumaban cigarrillos sentados, a una milla de las posiciones del enemigo. Me dijeron que sus tropas estaban en los cuarteles, que si los rebeldes atacaban los verían y ya tendrían tiempo de avisar a nuestros hombres. ¿Para qué iban a estar a la intemperie?".

Me voy a la cama lleno de presagios fúnebres; trato de convencerme de que todo es imaginación mía.

DOMINGO, 13 de Enero.

El coronel Alfredo debe venir a buscarnos a las 11 para llevarnos al sector de Antequera. Lo esperamos en vano. Por fin llega un sustituto. Salimos al campo, nos equivocamos de carretera, estamos en la de Alfernate, no en la de Antequera. La próxima aldea está a siete millas, y se llama Colmenar.

Pregunta en manos de quién está. "En las nuestras", nos dice un miliciano.

"No, es de los rebeldes", lo desmiente otro.

En Colmenar no hay ningún personal militar, ni de unos ni de otros. Seguimos, y media hora después llegamos al frente en Alfernate. Parece más seguro que el sector que visitamos ayer. Hay refugios de concreto a ambos lados de la carretera. Pero la carretera está abierta. Va derecho hacia las posiciones enemigas, situadas a tres millas.

Pregunté al capitán al mando del sector por qué no la han volado. Me dice que pueden necesitarla para una posible ofensi-

va. Los refugios bastarían para detener un avance de la infantería enemiga.

"Pero ¿y los tanques?".

El Capitán se encoge de hombros. "Contra ellos nada vale".

"¿Y qué van a hacer si vienen?".

"Nos iremos a las montañas".

(Cinco días después, por este mismo sector, los tanques franquistas rompieron el frente, para llegar a Málaga sin que nada los detuviera).

LUNES, 1º de Febrero.

Ayer visitamos el frente en Antequera. No hay tal frente. A tres mil pies de altura hay un hombre, el capitán Pizarro, con un teléfono para avisar el avance de los rebeldes. Esta es la primera vez que llega un periodista, español o extranjero, a este puesto aislado de la guerra civil. Para celebrarlo, sacrifican un cordero.

Pizarro me enseña sus tesoros. Una ametralladora, sus caballos y un baúl lleno de granadas de mano.

Obsesionado con mi idea fija, le pregunto a Pizarro qué se propone hacer si los tanques atacan.

"Que vengan", dice. "Los destruiremos con las manos".

MARTES, 2 de Febrero.

A mediodía, hago una visita a Sir Chalmers-Mitchell, un gran viejo, conocido por todos en Málaga, que ha luchado mucho por la República. En 1932 compró una casa aquí, para terminar sus días en un pacífico retiro, después de treinta años de cazar fieras en el Africa para un jardín zoológico en Inglaterra.

Acaba de terminar sus memorias. La casa, muy bien cuidada, mitad española y mitad victoriana, y el jardín, son como una isla encantda en esta ciudad de espectros.

El anciano me invita a refugiarme en su casa si la situación se pone crítica. Está dispuesto a quedarse, pase lo que pase. Tengo un presentimiento de que yo también me quedaré. Esta ciudad y su destino ejercen una extraña fascinación sobre uno; siento que no podré escapar.

Cuando pienso en todo lo que he visto en los frentes, me parece que eno hay esperanzas. Pero lo extraño de todo es la paz absoluta en todos ellos. La ciudad es bombardeada diariamente, a la luz del sol, pero de noche no se oye un solo tiro. Hace diez días que atacaron la carretera de Gibraltar-Granada. Parece que por algún milagro Málaga se salvará, que se repetirá el milagro de Madrid en los días que siguieron al 6 de noviembre, cuando el Gobierno de Largo Caballero se trasladó a Valencia y Franco hubiera podido entrar a su antojo por la Puerta del Sol. Pero el 10 de noviembre la defensa se había organizado y Franco había desperdiciado su gran oportunidad.

Comunico mis impresiones a mi periódico.

MIERCOLES, 3 de Febrero.

Visité al Gobernador Civil anduve por la ciudad. La mitad de ella está destruída. Pompeya. La mayoría de los bancos, oficinas, tiendas, están cerrados. La gente en la calle se ve hambrienta, miserable, vestida con andrajos. Nos mudamos al Hotel de la Gaceta, más protegido contra los ataques aéreos. Los huéspedes son en su mayoría pilotos. A mi vecino de los altos le mataron el observador ayer. Le oigo sollozar toda la noche; los camaradas van y vienen, tratando de calmarlo.

Por la noche me entero en el Estado Mayor de que Queipo de Llano ha iniciado una formidable ofensiva contra el sector noroeste. No se ven más que rostros serios, los hombres cuchichean entre sí, hay nerviosismo. Tengo el presentimiento de que el último acto de la tragedia va a comenzar.

Que tonto fuí en mandar el telegrama optimista de ayer.

JUEVES, 4 de Febrero.

La ofensiva ha comenzado por el sector Ardales-El Burgo, y lo que más me sorprende, fue rechazada. Desde una elevación contemplo los combates. Hablé con un desertor, Antonio Pedro Jiménez, del pueblo de Dos Hermanos, cerca de Sevilla. Me dice que hay una fábrica de municiones nueva, construída y dirigida por los italianos; que de diez a veinte camiones estuvieron transportando infantería italiana al frente toda la noche.

Visito el Estado Mayor al anochecer, y le pregunto al Coronel Alfredo como van las cosas. "Muy mal", contesta. "El enemigo está atacando simultáneamente en todos los secores". Le pregunto cuánto tiempo podrá resistir la ciudad. Tres días a lo sumo. La censura no me deja pasar los despachos.

VIERNES, 5 de Febrero.

Los cruceros rebeldes "Canarias", "Baleares" y "Almirante Cerveza", y tres buques de guerra pequeños, están bombardeando la costa al norte y al sur de Málaga. ¿Dónde está la flota republicana? Los rebeldes son amos únicos del aire y el mar. No hay alimentos ni municiones. Aparecen los primeros síntomas del pánico. Me dicen que el Gobernador Civil se ha ido a Valencia. La última línea telegráfica fue destruída cerca de Motril. Trato de pasar u ncable por Gibraltar, pero no sé si mi mensaje llegará a Londres

G.G. y yo decidimos irnos en automóvil por la costa, a buscar noticias del frente. Somos los únicos periodistas que quedamos en Málaga, los demás se fueron ayer. Llegamos a Torre Molinos sin percances. Un oficial nos aconseja no seguir. La flota de Queipo de Llano está anclada en Fuengirola y bombardea nuestro frente. Los artilleros navales se divierten tirándoles a los automóviles. Uno desapareció con un sargento y tres guardias civiles.

Sigo yo con el chofer. Pasamos por Fuengirola; más allá hay una bahía. En la había están el "Baleares" y el "Cervera", apenas a una milla de la costa, haciendo salvas, anclados en perfecta línea recta. Ni una batería que les conteste. Una ametralladora ladra impotente desde la costa.

Escondemos el auto trás unos arbustos y seguimos a pie. Más allá de la curva hay una columna entera de camiones con provisiones y armas. Los choferes se niegan a seguir. La miserable barricada de piedras que vimos hace una semana no recibe provisiones desde hace veinticuatro horas. Da risa pensar que Queipo haya traído cinco buques de guerra para cañonear estas míseras posiciones. Sin duda, sobreestima la defensa.

Por encima de nuestras cabezas pasan las granadas que bombardean el frente, a una milla. En realidad están haciendo prácticas de tiro. Nadie les responde.

Diez minutos después la flota comienza a moverse hacia Málaga. Las granadas caen más cerca: 500, 200, 100 yardas. Es un verdadero infierno. Nos apretamos contra la tierra. No nos atrevemos ni a murmurar, como si pudieran oírnos desde los barcos. El último cañonazo nos cubre de tierra. Entonces se hacen menos frecuentes y la flota pasa de largo.

Ya el frente no existe. Lógicamente la infantería franquista debería avanzar. Pero a los españoles no les gusta pelear de noche. No atacarán hasta por la mañana.

Por la noche el Coronel Alfredo me dicen que han perdido Alfernate y Ventas de Zefareya. Eso es el fin. G.G. me dice, preocupada, que saldrá mañana. Parece que voy a ser el último de los mohicanos.

SABADO, 6 de Febrero.

Varios ataques aéreos durante la mañana. No hay noticias de Londres. Evidentemente mis despachos no llegan. Un oficial se lleva a G.G. en su carro hasta Valencia. Tengo el tiempo justo de escribir unas palabras en una tira de papel: "Málaga perdida. Koestler se queda. Trate de que nombren cónsul honorario a Sir Peter Chalmers para que trate de disminuir la matanza".

A las 2 de la tarde comienza el exódo. La carretera de Valencia está llena de camiones, carros, mulos, gente asustada.

Esta inundación se lo lleva todo: civiles, milicianos desertores, oficiales, el gobernador civil, el Estado Mayor. Se lleva las fuerzas de resistencia, la fe, la moral de la ciudad. Nada puede resistir su fuerza magnética. La carretera se mueve en un solo sentido. Nada llega de la capital, ni municiones, ni comida, ni organizadores, ni salvadores aunque aúln no es demasiado tarde.

Se dice que Vélez ha caído, el pueblo más próximo en la carretera a Valencia y que los refugiados marchan a la muerte. A las 4 decido ir a confirmar la suerte de Vélez. El chofer trata de convencerme para que siga de allí hasta Valencia y no regresemos. Para calmarlo le digo que decidiremos al llegar. Cuando salimos, me doy cuenta de que mi equipaje está en el auto, aunque no he dado órdenes de ponerlo allí.

Llegamos a Vélez y confirmamos que no ha sido tomado, pero el caos y la anarquía son totales. El chofer insiste en marcharse. Le pido que me lleve el equipaje a casa de Sir Peter; el momento crítico parece llegado. Veinte minutos después, auto y chofer desaparecen por la carretera de Valencia, y con ellos la última posibilidad de salir.

Es de madrugada. Me siento solo y abandonado. El coronel Alfredo viene y se sienta en la escalera del edificio del Estado Mayor. Tras un momento me dice: "Esta quizás sea nuestra última noche. Cortarán la carretera en pocas horas. Estamos en una trampa".

"¿Qué va a hacer si vienen?".

"Tengo cinco balas en el revólver. Cuatro para los facistas, una para mí".

Tengo la absurda idea de que Alfredo y todos los demás, incluso yo, son niños que juegan a los héroes, y que no podemos ver la realidad desnuda de la muerte.

Se ha hecho de noche completamente; los cañones protestan y las ametralladoras tosen detrás de las lomas.

Alfredo me lleva al comedor de los oficiales. Me lleno los bolsillos con pan negro y dos botellas de coñac. Luego me voy tropezando por laciudad, obscura como boca de lobo, a casa de Sir Peter, que ha desplegado la bandera inglesa.

DOMINGO, 7 de Febrero.

Por desayuno, un ataque aéreo a las 8. El ruido de la artillería y de las ametralladoras no cesa ahora. Más tarde, otro ataque. Uno de losaeroplanos, un monoplano blanco, pasa a menos de cien pies de la casa. Lola, la sirviente de Sir Peter, tiene un ataque de histeria.

Después de almorzar —si eso fue almuerzo— me voy a a ciudad. Desde ayer ha cambiado completamente su fisonomía. No hay tranvías, todo está cerrado, grupos en las esquinas, los rostros grises por el temor. El sol brilla, y el cielo es de un azul deslumbrador, pero las alas de la muerte están abiertas y envuelven la ciudad. Cuando atravieso el Puente de la Caleta, pasa un escuadrón de seis aeroplanos rebeldes sembrando la muerte. Me refugio más allá del puente; dos milicianos beben coñac, uno canta la Internacional, el otro, con una sonrisa estúpida, el himno de la Falange. Siento el contagio del miedo.

Llego al Cuartel General, que parece un refugio nocturno. Hombres de aspecto inhumano duermen sobre escritorios y pisos. Mientras espero a que el Coronel Villalba me reciba, llega un sargento de aspecto agotado y es conducido sin esperar hasta el Coronel. Entro con él.

Subimos a la elevación frente al cuartel para poder ver mejor. Sentimos más claramente los bombardeos, aquí y allá se ven nubes de humo blanco, pero es imposible lograr una visión clara de la situación estratégica.

Al regresar vemos una nube de humo negro y espeso salir de la casa vecina. La casa, situada en medio de un gran jardín, pertenece a un español rico, que huyó al extranjero al estallar la guerra civil. Ahora se utiliza como hospital militar. Después de un rato, el humo se hace menos denso y luego se detiene. Es evidente que el edificio no se ha incendiado por una bomba, sino por accidente. Pensar que eso aún es posible...

"¿Tiene noticias?", pregunta Villalba.

"Vienen por Colmenar con quince tanques".

"¿A qué distancia están?".

"Hace una hora estaban a cinco millas".

"¿Qué resistencia?".

"Ninguna. Nuestra gente arrojó los fusiles y se fue a las montañas".

"Gracias".

El sargento se tumba debajo de una mesa y se queda dormido inmediatamente. Villalba sostiene una conversación en voz baja con algunos de sus oficiales. Dan una orden a un edecán, que abandona la habitación de prisa.

Detengo a Villalba. "¿Qué quiere?", me pregunta nervioso. "¿No ve que estoy apurado? Puedo decirle esto: la situación es crítica, pero Málaga resistirá".

"¿Adónde va?", le pregunto. Pero ya se ha ido.

Me asomo a una ventana. Villalba se va en un automóvil con su estado mayor.

"¿Adónde va?", le pregunto a un oficial que conozco.

"Ha desertado", me dice con calma.

"Tenía el deber de marcharse", dice otro. "Nos cortarán la retirada dentro de una hora, y él manda todo el sector del Sur".

"¿Cómo puede mandar si nos cortan la retirada?".

"Ha desertado", repite el primero.

"¿Quién manda ahora?", pregunto.

La pregunta sorprende a todos. Nadie sabe.

Entro en otra oficina. El Coronel Alfredo está escribiendo a máquina. Todo parece una pesadilla. Lo que escribe dice: "A quien pueda interesar. El Coronel Alfredo G. viaja hacia Valencia en una misión importante. Se ruega a las autoridades que lo dejen pasar".

"¿Tú también, Alfredo?", pregunto.

Se sonroja. "Y hasta tú. Te llevaré en mi auto. Todo ha terminado". Walter Scott acaba. Comienza James Joyce.

En el patio nos tropezamos a X, amigo de ambos. Está enfermo, tiene fiebre alta, cose y escupe.

"Vamos", le dice Alfredo, "todo ha terminado".

"Véte al infierno. Yo me quedo", responde X.

"Villalba también se ha ido. Te sacaremos a la fuerza", insiste Alfredo, con lágrimas en los ojos.

"Idos al infierno", dice X. (Ha muerto. El ochenta por ciento de los mencionados en este relato han muerto).

Subimos al automóvil de Alfredo. Allí está la madre, una hermana y varias mujeres. Todas sollozan.

Cuando el auto arranca me acuerdo de Sir Peter; lo he olvidado completamente.

"Tenemos que llevarnos a mi amigo inglés", le digo a Alfredo.

"Imposible", grita el chofer, "los fascistas vienen por la carretera nueva, ha quedado aislado".

"¡Pero lo vi hace una hora!".

¡Ya entraron en la ciudad! ¿No oye las ametralladoras?".

Vacilo. Llegamos a las puertas de la ciudad. Los refugiados nos miran con envidia y odio, porque tenemos el privilegio de un auto.

De pronto me invade un sentimiento de asco; tengo los nervios hecho pedazos.

"¡Para!", grito al chofer. "¡Voy a regresar!".

"No te detengas", manda Alfredo.

Salto del automóvil. Alfredo gesticula como un loco. El auto desaparece entre la muchedumbre.

Otra vez es de noche. Voy andando lentamente hasta la casa de Sir Peter. Los rebeldes no han llegado todavía.

Llegaron al otro día.

La caída de Málaga pertenece a los días trágicos de 1936 y 1937, antes de que los frentes se consolidaran y la República pudiera detener el avance franquista. Los cálculos oficiales dados por el régimen de Franco fijaron en ciento cincuenta mil el número de personas tomadas como rehenes y ejecutadas a la caída de Málaga.

"El testamento español", de Arthur Koestler se publicó en Londres en 1937 —de ahí hemos tomado este fragmento, "Los últimos días de Málaga". Después de su captura en Málaga, el autor pasó varios meses en una cárcel de Sevilla, donde condenado a muerte presenció noche a noche la ejecución de centenares de compañeros de prisión, mientras esperaba la suya.

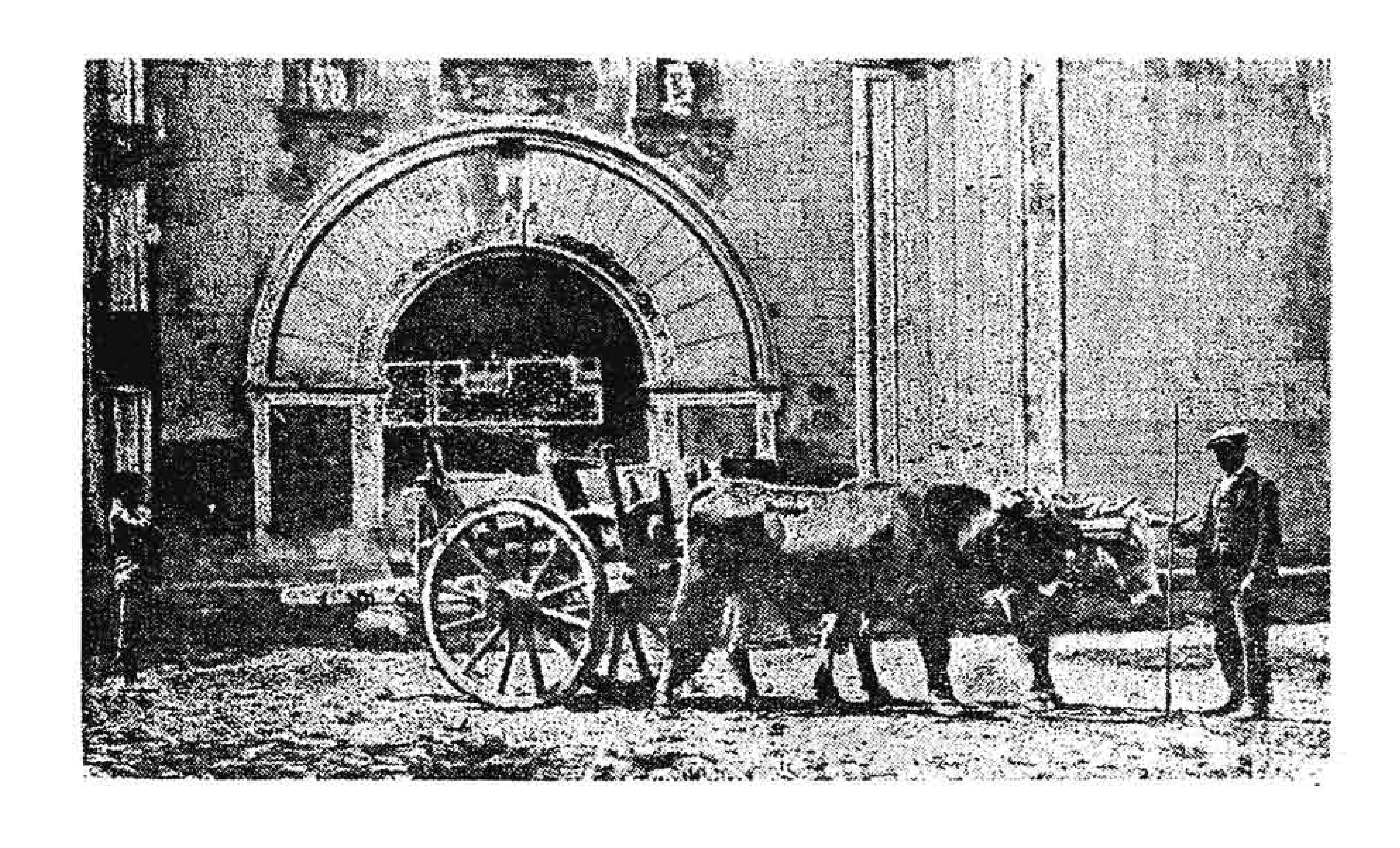
Milagrosamente Koestler, que había ido a España como corresponsal de prensa de dos periódicos ingleses, y desde los primeros días de la guerra se había ganado la violenta antipatía de Queipo de Llano, no fue ejecutado en los primeros días de su prisión. En mayo de 1937, como resultado de la intensa presión ejercida a su favor por la prensa europea, Koestler fue devuelto a Gibraltar.

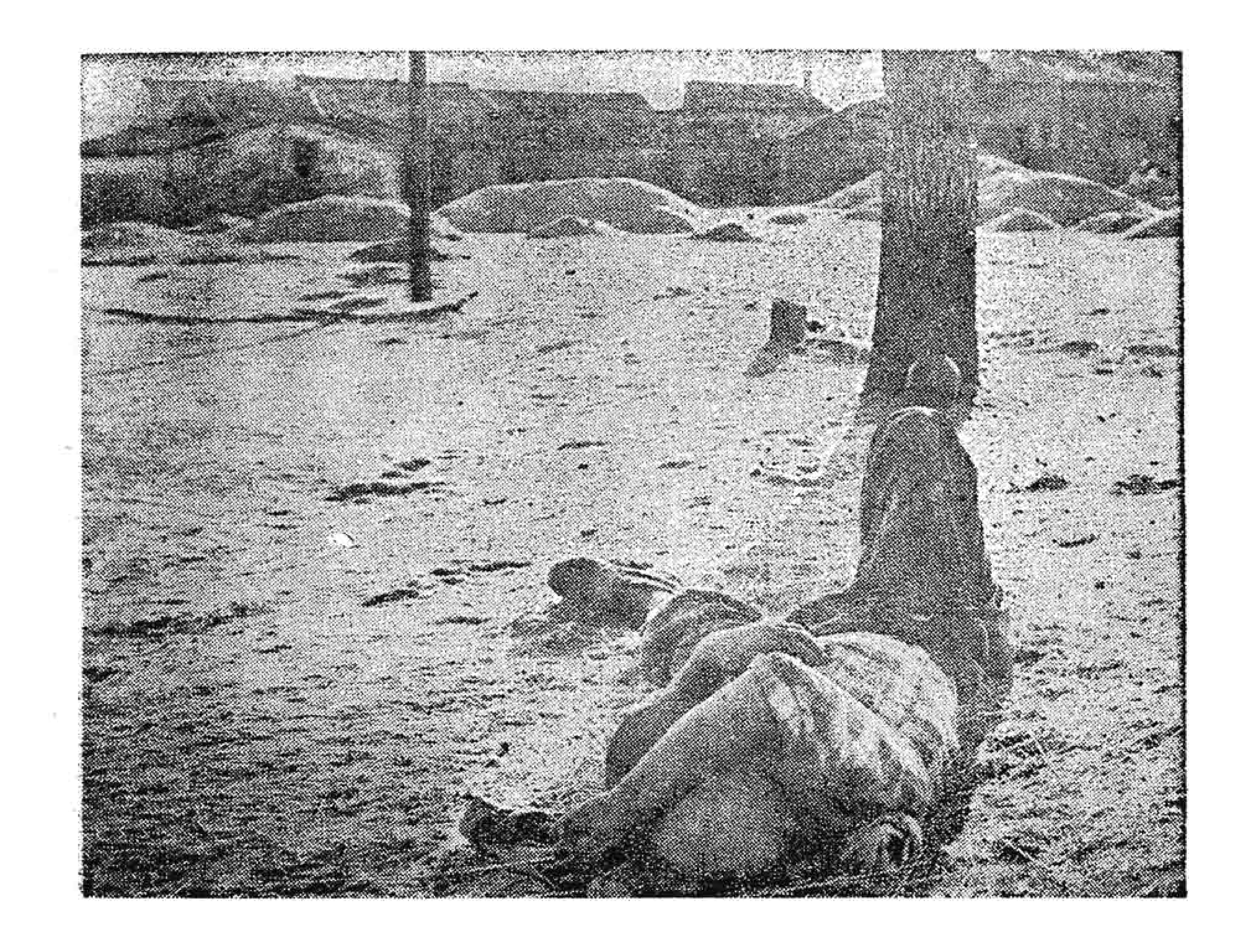
La posición de Koestler hoy es más que conocida. El valeroso ex combatiente de la causa española, es figura mimada por el Departamento de Estado americano. Ha llegado a afirmar que la "democracia" al estilo de los Estados Unidos es, con todos sus errores, el sistema de gobierno que más conviene al mundo. Como Malraux, un tránsfuga, también como Malraux, su literatura de tiempos de combate es todavía poderosa, útil.

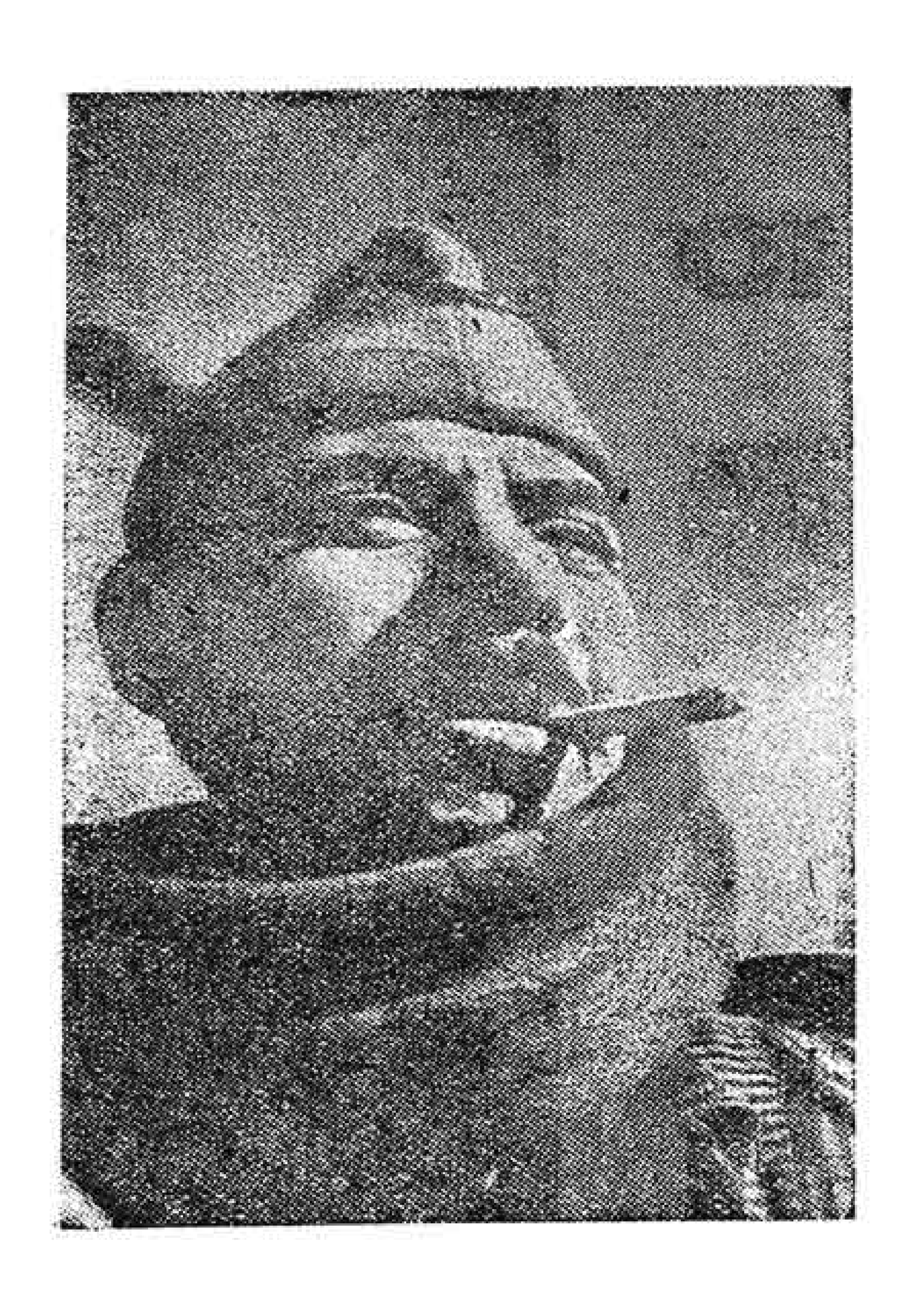


A ESTE PUEBLO...







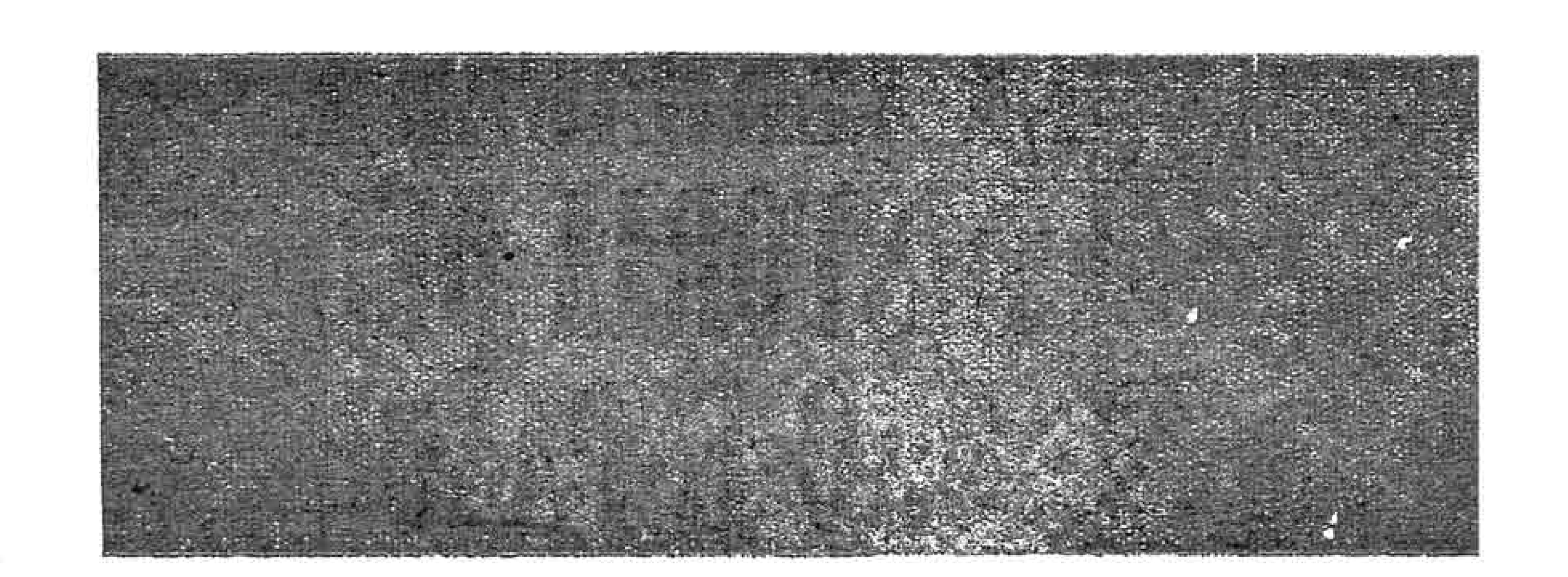








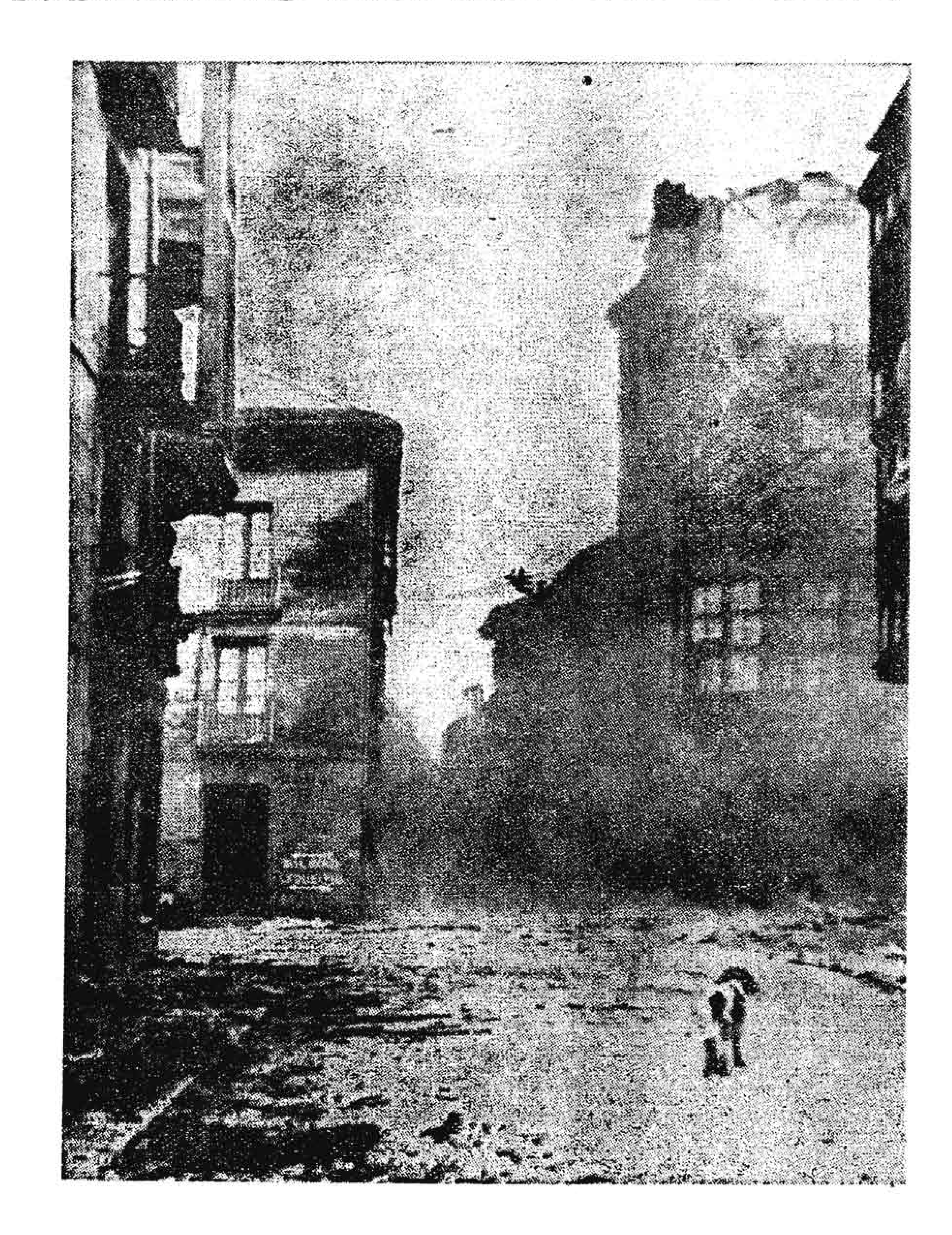






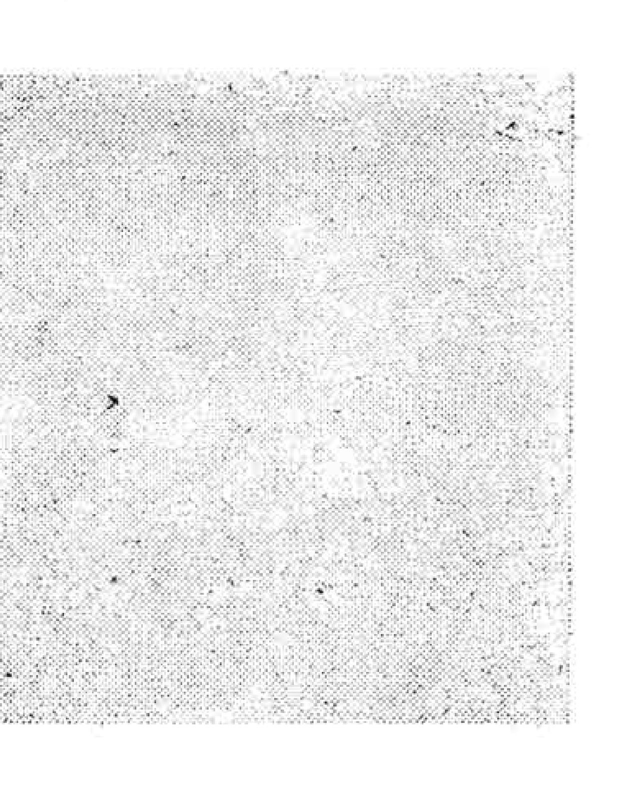
LO ASESINO ASI EL FASCISMO

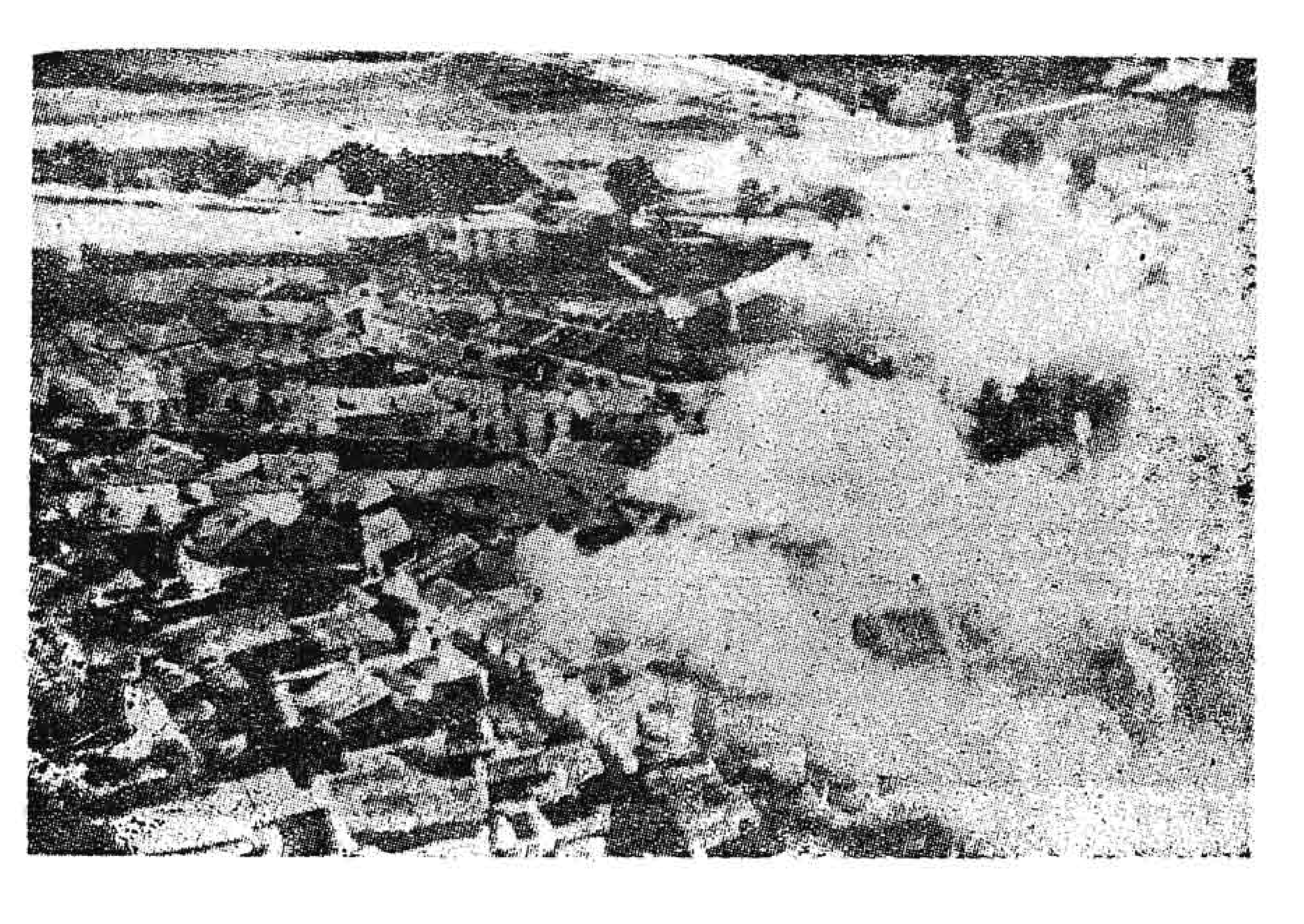












LA VERDADERA HISTORIA DEL ORO ESPAÑOL

por julio alvarez del vayo de "el último optimista" (traducción de oscar hurtado)

Muchos años han pasado y las circunstancias que exigían discreción sobre ciertos asuntos han desaparecido. Así, por primera vez, voy a narrar toda la historia referente a algunos aspectos vitales de la guerra de España. Sobre estas cuestiones, dado mi carácter de ministro de Relaciones Extranjeras y Comisario General de Guerra, que me situaba como cercano colaborador al primer ministro Negrín, estoy en posición de hablar con autoridad.

Empecemos con el asunto del oro español, sobre el cual se han tejido fantásticas historias debido a las indiscreciones y mentiras de algunos líderes republicanos y sus asociados, que han rodeado este asunto de una atmósfera malsana de escándalo y misterio...

Se dijo, y generalmente se cree, que todo el oro perteneciente a la República fue mandado a Rusia. Esto no es cierto, a pesar de la gran confianza que inspiraba la decisión de la Unión Soviética de mantener relaciones normales con España de acuerdo a las leyes internacionales, el Gobierno español tuvo que prever todas las contingencias. No podíamos concentrar en un solo lugar nuestros principales recursos para financiar la guerra. Por lo tanto, consignaciones de oro fueron remitidas a varios países, dividiendo así los riesgos.

Más falso aún, y estúpido de parte de aquellos que propagaron la historia, es la acusación de que las remesas mandadas a Rusia lo fueron bajo la presión del Soviet, o bajo la presión de los comunistas españoles, y en contra del deseo del Presidente de la República. Aquellos líderes republicanos y periodistas que desde el fin de la guerra española han propagado esta leyenda, han pretendido ignorar la verdad y torcido los hechos a sabiendas. La primera verdad es que no todo el oro fue remitido a Rusia y de que parte lo fue a Francia en la última fase de la guerra; y que, aun después de marzo de 1939, cuando la Junta de Madrid entregó la República y el pueblo español a la venganza falangista, aún permanecía en los bancos de España cierta cantidad de oro que no había sido evacuado.

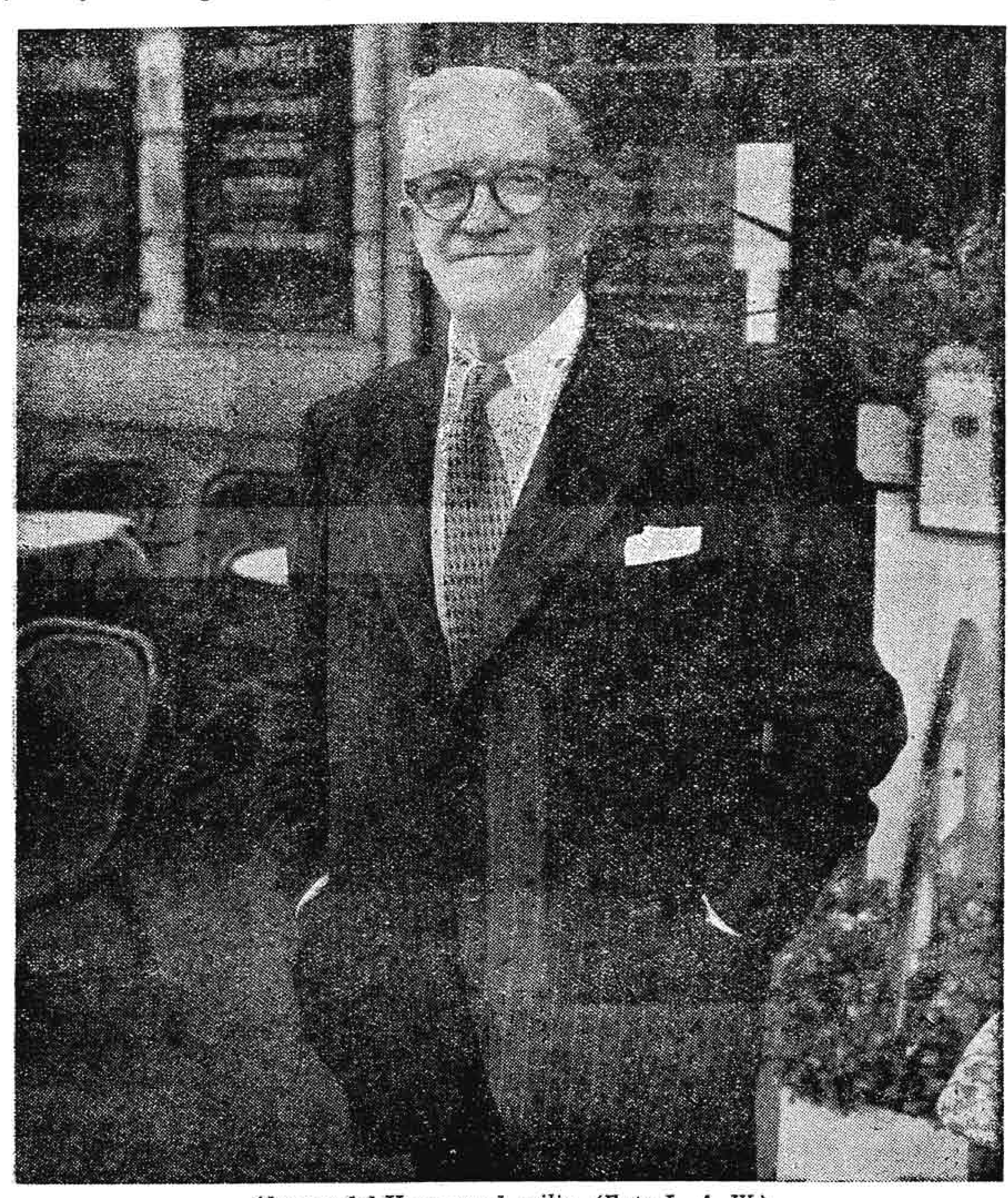
Las principales razones para el envío del oro a otros países fueron: 1) el miedo de que Madrid, en cuyo Banco de España se guardaba el oro español, fuera incomunicado por los rebeldes dejando al Gobierno sin medios de continuar la guerra; y 2) temor a un golpe de estado provocado por elementos de nuestro bando. Tanto el Gobierno como su presidente habían recibido información de que algunas milicias de naturaleza más o menos autónoma en el mando, las que vinieron a Madrid con el pretexto de defender la capital, pensaban más en el oro que en la ciudad. Entre ellas se encontraban genuinos elementos revolucionarios que, por motivos erróneos, se creían en el deber de suplantar a nuestro Gobierno. Estaban convencidos de que con el dinero necesario equiparían sus milicias con el armamento necesario y en un par de semanas terminaban con Franco.

Como el avance del ejército rebelde continuaba hacia Madrid el oro del Banco de España fue transferido a Cartagena y escondido en el sótano de una de las viejas fortalezas de esta famosa base naval. El ministro de Marina y Aviación, señor Indalecio Prieto, lo dejó a la disposición del ministro de Finanzas. El oro quedó guardado des de carabineros bajo la jurisdicción ministro de Finanzas y del Banco Central de Emisión, y así uno de los principales temas de preocupación del Gobierno fue resuelto. Esta iniciativa fue tomada en septiembre de 1936 por Negrín, tres meses después de ocupar el ministerio de Finanzas.

En las primeras semanas de la guerra el Gobierno afrontó grandes dificultades para llevar a cabo estas operaciones, primero, debido a los obstáculos creados por ciertos bancos extranjeros y, segundo, debido a demandas judiciales iniciadas por los representantes de Franco, el llamado "Banco de Burgos". No lograron su cometido, pero sus trucos legales trajeron consigo embargos que obstaculizaron el uso de los fondos por nuestro Gobierno, sobre todo aquellos transferidos desde 1936 a otros países que fueron congelados hasta el final de la guerra y devueltos a Franco ...

En octubre de 1936 Negrín tuvo conocimiento de que el transporte del oro a Cartagena fue descubierto por ciertas milicias a las cuales me referí anteriormente. Una de ellas, conocida como la "Columna de Hierro" estaba sobre la marcha en dirección a Cartagena.

Esta "Columna de Hierro" era uno de nuestros mayores dolores de cabeza. Corrí personalmente a interceptarla un mes más tarde, cuando el Gobierno decidió trasladarse a Valencia. Miembros de esta columna se situaron en el cruce del camino que va de Madrid a Valencia y apresaron dos carros ocupados por hombres de los ministerios. Trataron de que regresásemos a Madrid con la esperanza de que pudiéramos ser capturados por los fascistas. Era un grupo de indeseables que se denominaban a sí mismos "anarquistas", y que eran muy valientes cuando se trataba de robar a los campesinos, pero no lo eran tanto en el campo de batalla. Era un grupo numeroso; nosotros unos pocos armados con revólveres. Sin embargo, nos enfrentamos a ellos. Después de una hora



Alvarez del Vayo en el exilio. (Foto L. A. W.).

de parlamentar con los líderes donde se alternaron amenazas y razonamientos, nos dejaron continuar la marcha. Al día siguiente, en la primera reunión del Gabinete en Valencia, se planteó una inmediata solución de este asunto. Largo Caballero, entonces ministro de Guerra, mandó algunos camiones cargados de milicianos hacia donde estaba la "Columna de Hierro" disolviéndola sin disparar un tiro. Tales cosas se encontraban dentro del inevitable fenómeno de la primera fase de la guerra, cuando muchos grupos indisciplinados se tornaban en ejércitos autónomos. En pocos meses, sin embargo, la República marchó adelante organizando un nuevo Ejército y una fuerza de policía dispuesta a imponer su autoridad, después de lo cual nadie se sintió inclinado a improvisar "Columnas de Hierro".

Pero en octubre de 1936, al conocerse que el oro estaba en Cartagena el peligro de que alguien tratara de enajenarlo era real. Por lo tanto, había que encontrar un medio de protegerlo y que nos permitiera al mismo tiempo disponer de él sin temor a embargo judicial.

Ni Wall Street ni los bancos de Londres pudieron utilizarse. Desde el principio de la guerra española ambos centros financieros se habían manifestado hostiles de manera abierta a la República, a pesar de haber cumplido ésta rigurosamente con sus obligaciones internacionales...

En aquel momento y aún hasta el final de la guerra la República pagó su interés en la deuda exterior. Pero todo esto fue inútil, porque Inglaterra y Wall Street habían declarado la guerra a la República.

No quedó otra alternativa que hacer uso del único banco estatal, el de la Unión Soviética, dispuesto a otorgar todas las facilidades y garantías necesarias. Las primeras negociaciones con el Gosbank fueron hechas a través del attaché comercial soviético en Winzer. Más tarde las negociaciones fueron llevadas por el embajador, que por aquella época era Rosenberg. Una vez que el primer ministro, Largo Caballero, aceptó emplear los servicios del Gosbank, llevó adelante las negociaciones directamente con el Gobierno soviético que en turno debía autorizar al banco. Los acuerdos entre los dos gobiernos fueron firmados por Largo Caballero y Rosengolz, comisario de Finanzas del Soviet. Largo Caballero, celoso por temperamento, y siempre conciente de sus responsabilidades, sintió que la conclusión de este Tratado comercial estaba dentro de su jurisdición ya que afectaba varios ministerios: Finanza, Asuntos Exteriores, dirigido por mí en esa época, más las otras autoridades implicadas en estas operaciones.

El tratado fue hecho por triplicado. La Unión Soviética guardó una copia y otra permaneció en posesión de Largo Caballero. Cuando Negrín fue primer ministro en mayo de 1937 no pudo encontrar esta copia en los archivos del Gabinete ni obtener información alguna de los que le precedieron. Una investigación descubrió que la tercera copia se encontraba en los archivos de la embajada española de Moscú. Negrín, a través de los canales oficiales, dio instrucciones para que el documento fuese enviado a su oficina. Este documento consta en su poder...

Para completar las formalidades de envío se escogieron varios funcionarios con las instrucciones necesarias...

El desembarco del oro tuvo lugar en un puerto del Mar Negro y fue enviado inmediatamente al Gosbank bajo la supervisión de oficiales. Los documentos envueltos en estas operaciones constan en los archivos republicanos.

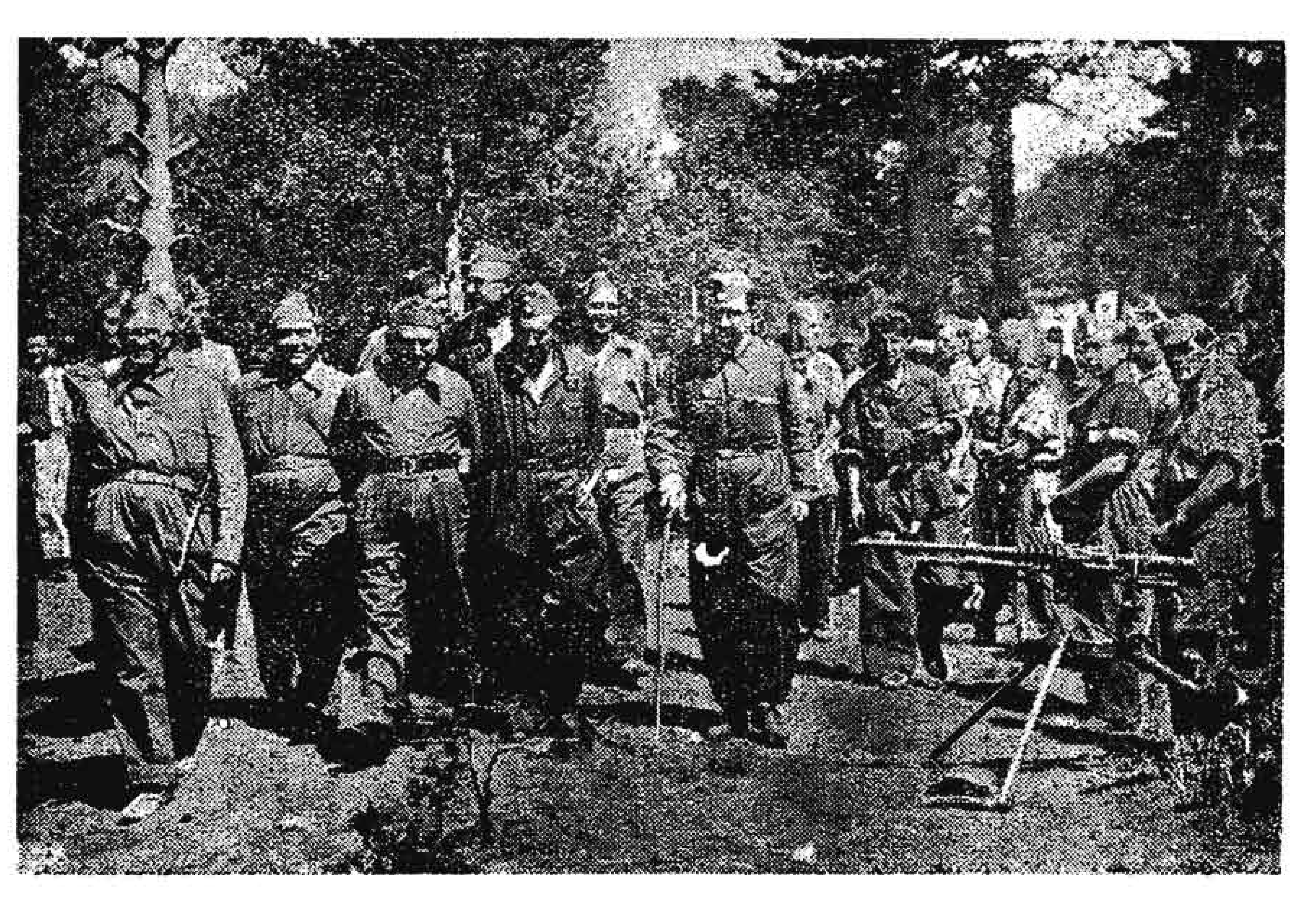
Los fondos situados en el Gosbank fueron utilizados de la siguiente manera: el banco sería notificado de que en tal o más cual mercado extranjero una cierta cantidad debía de ser enviada en una fecha dada, haciéndose estas operaciones con la ayuda del Banco Comercial de la Europa del Norte. De tratarse de operaciones comerciales con alguna de las agencias soviéticas, como la adquisición de trigos, cereales o materiales de guerra, el pago era directo.

Puedo decir, que en el curso del año 1937, el ministro de Finanzas se sentía angustiado, porque una guerra como la nuestra podía muy bien agotar los recursos de la Tesorería y dejar a España exhausta. Por otra parte tenía que abandonar la idea de un préstamo exterior, porque para ello la Constitución exigía la aprobación de una ley especial por el Parlamento, y las condiciones políticas tanto en España como en el extranjero lo disuadieron de ello. Por otra parte un préstamo extranjero durante una guerra que, para muchos países, era erróneamente mirada como guerra civil sería sólo obtenido bajo condiciones intolerables en los intereses que vendrían a afectar la independencia económica de España. La experiencia del siglo XIX, cuando el país estuvo sujeto a frecuentes guerras, estuvo esta vez presente en la mente de aquellos que administraban la Tesorería.

La posibilidad de arreglar créditos comerciales se consideró riesgosa. Algún tiempo antes de la Guerra de España una considerable cantidad de oro español había sido depositada en Mont-de-Marsan en Francia, el cual fue congelado durante la guerra y devuelto más tarde a Franco.

Después de largas negociaciones, el Gobierno Soviético indicó su voluntad de abrir créditos comerciales para adquisiciones hechas en la Unión Soviética, o a través de ella con nuestro oro como garantía. Los últimos depósitos de oro en la Unión Soviética fueron hechos algunas semanas antes de la evacuación de Cataluña, es decir, unos dos meses antes de que la guerra terminara. Para precisar: después que el gobierno republicano abandonó el territorio nacional no dispuso jamás o trató de disponer, de los fondos o recursos enviados a la Unión Soviética.

Esta es la verídica historia de la famosa "entrega" del oro español a Rusia alrededor del cual políticos y periodistas con poca estima de la verdad construyeron una novela de aventuras al estilo de Alejandro Dumas, pero sin sus agradables cualidades.



El autor (el primero a la izquierda) en los días de la guerra.

J. Alvarez del Vayo

Estudió en Inglaterra con Beatrice Sydney; en Alemania, poco antes de la Primera Guerra Mundial, fue miembro activo del movimiento Socialista Revolucionario, el cual trabajaba para derribar al Kaiser. Conoció a varios líderes revolucionarios de distintos países, Nehru, Lenin y Litvinov, Karl Liebknech y Rosa Luxemburgo, de la cual pintó un fascinante retrato. Fue uno de los más importantes periodistas en Europa en la década después de la Conferencia de Versalles. Del Vayo fue el primer y más joven Embajador de la República española, en México. Más tarde pasó a Bolivia y Paraguay para investigar la Guerra del Chaco para la Liga de las Naciones. Durante la guerra fue Ministro de R. Exteriores, comisario general de Guerra, y el primer delegado de España ante la Liga de las Naciones. Hemos traducido estos fragmentos de su libro "El Ultimo Optimista", publicado en Nueva York en 1950 por la casa editora The Viking Press. El absurdo último de traducir del inglés al español algo que antes fue traducido del español al inglés no es imputable a nosotros, sino a la ausencia de una verdadera comunión intelectual entre los pueblos que hablan y escriben español: "El último optimista" es un libro imposible de conseguir, en español, en La Habana.

ESPAÑA, AÑO 24 DEL FRANQUISMO

por francisco mota

Veinticuatro años justos se cumplen ahora de la fecha en que, el Ejército español, alzándose contra la República democrática que gobernaba el país desde 1931, inició la etapa de tiranía que todavía domina al sufrido pueblo español. La génesis y desarrollo de este típico golpe de estado o "pronunciamiento" a la española ha sido más que estudiado y criticado. No es ocasión ésta de volver sobre este acontecimiento, ni éste es el motivo que fundamenta este trabajo.

Sin embargo, hay en aquellos ya lejanos hechos una lección que, no por repetida, debiera ser olvidada en esta hora crucial que vive la Revolución cubana. Más que como ejemplo como elogio para ésta. La reacción franquista sobrevino por causas que, aprendiendo en la experiencia que ofrece la historia, la Revolución cubana ha sabido aprioristicamente eliminar: la persistencia de la burocracia y ejército del régimen derrocado; la debilidad en el castigo hacia los contrarrevolucionarios; la precipitación en el retorno al libre juego electoral-democrático; la excesiva libertad de crítica, etc., etc.

De todos es sabido que la República española se implantó originada en una consulta electoral, y su advenimiento fue alegre e incruento. Tomado el poder por una coalición republicano-socialista, ésta encauzó la vida republicana sobre suaves caminos de juridicidad, respeto democrático, amplio liberalismo, etc. Todo ello vino a cristalizar, de momento en el gobierno de una serie de prohombres de izquierda encaramados sobre una maquinaria burocrático-judicial derechista y defendidos por una policía, una guardia civil y un ejército reaccionarios.

Cuesta hoy trabajo comprender cómo un gobierno, en aquellas circunstancias, pudo llegar a durar los cinco años que duró la República en España. Basta imaginarse qué hubiese durado la Revolución cubana con Pilar García de jefe de la Policía, Tabernilla de jefe del Ejército, Camus de jefe del Tribunal de Cuentas, Rodríguez Calderón de jefe de la Marina, etc. Pues así vivió cinco años la República española a la que la historia, lejos de calificar como sinónimo de democracia habrá sin duda de considerar como sinónimo de comebolería...

EL LARGO REINADO DE FRANCO...

Veinticuatro años lleva Francisco Franco sentado sobre el trono real de España. Repasando la historia de aquel país, se encuentran pocos monarcas que hayan logrado tan largo reinado. Todos saben que él no es más que regente de un reino hipotético por él mismo creado, pero nadie ignora tampoco que, si a él le hubiese dado la gana, las Cortes españolas por él nombradas, de acuerdo con el Consejo de Ministros por él nombrado, basándose en la Legislación actual por él dictada, y bendecido por las altas jerarquías del clero español por él designadas, a estas horas estaría encaramado de hecho y de derecho sobre el trono de todos los Fernandos, Felipes, Alfonsos, Carlos e Isabeles habidos y por haber.

No interesa tampoco la forma en que Franco detenta el poder, el caso es que por ahora lo detenta. Lo que sí interesa analizar en este trabajo son los resultados tangibles y materiales de esa larga detentación de poder, de esos veinticuatro años de tiranía sin par, probablemente, en la historia de los pueblos modernos.

Cuando Franco se hizo cargo del poder, España era un país que renacía a la vida económica moderna, después de la secular siesta dormida a lo largo de todo el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

En manos de la acuciosa generación española del Treinta, la más impulsiva y de mayor amplitud de miras que tuvo nunca el país, España podía haber llegado lejos. No llegó a más porque, frenada como lo fue por aquella administración reaccionaria que la República había heredado de la Monarquía, cada impulso hacia adelante era frenado por un manotazo contencioso legalista de la reacción.

Esta fue la fórmula utilizada por las fuerzas reaccionarias españolas para anular los deseos creadores de la juventud revolucionaria española. Sólo cuando, por medio del triunfo frentepopulista de 1936, la revolución española encontró el verdadero camino del triunfo, la reacción vió que no le quedaba otro camino que el de la violencia.

Y de esa violencia de las fuerzas armadas de un país contra el ingenuo país en ellas confiadas, surgió el régimen franquista que, tras veinticuatro años de "reinado", aún esclaviza al pueblo español.

LOS TANGIBLES RESULTADOS

En nuestro tiempo, los datos estadísticos convencen más que los razonamientos, por lógicos que éstos sean. Ya se sabe que las estadísticas no siempre son exactas, pero generalmente las inexactitudes de casi todas ellas tiene su lado beneficioso u optimista de la parte del que las maneja. Teniendo en cuenta este hecho ya en sí favorable al franquismo, se van a exponer seguidamente algunos datos demasiado explícitos para que haya necesidad de redondearlos con explicaciones ni comentarios.

Los datos que se ofrecen, provienen todos de fuentes tan favorables para el régimen de Franco, como su propio Instituto Nacional de Estadística o los datos suministrados por el mismo gobierno español al Boletín de Estadísticas de la ONU.

En primer lugar interesa conocer en qué condiciones económicas se halla en la actualidad el pobre ciudadano que vive bajo la férula del franquismo. Los datos los ofrece el Boletín de la ONU. En él se consigna que el Ingreso Nacional español en 1959 fue de 360,000 millones de pesetas. Traducidas éstas a pesos (el cambio oficial es de sesenta pesetas por peso cubano) esta cifra decae a seis mil millones de pesos. Estos seis mil millones de pesos, divididos por los treinta millones de españoles que en la actualidad viven en la Península, quedan reducidos a doscientos pesos por individuo y año. Es decir a dieciséis pesos y medio al mes por persona.

Otro hecho no menos interesante es el que su capítulo de jornales y sueldos nos ofrece. En Madrid, capital de España, y por tanto lugar de mayor standard vital, el sueldo de un funcionario público promedio, de la categoría que aquí devenga ciento ochenta pesos, percibe mil ochocientas pesetas. Traducidas a pesos vienen a ser treinta en números redondos. Un oficial de carpintero alcanza un jornal promedio de setenta pesetas. En pesos, uno con doce centavos. El mismo ejército que sostiene a Franco es pagado con sueldos irrisorios. Un teniente no cobra más que dos mil pesetas, unos treinta y seis pesos. Los mismos soldados, de leva forzosa, deben servir a Franco durante dos años, por una mala comida, una peor ropa, y algo así como tres centavos de peso cada día para sus gastos y vicios...

EL DESTRUCTOR DE LA RIQUEZA NACIONAL

Alardea Franco de haber reconstruido el país que, en su insaciable afán de dominio, él mismo destruyó en larga y feroz guerra. Y la réplica que, en este sentido, se le puede dar, se logra con la simple comparación de los Anuarios Estadísticos españoles de 1936 y de 1958.

España, tradicionalmente, era uno de los más ricos países agropecuarios de Europa, La agricultura española constituía base de sustentación suficiente para su pueblo, y aún, en algunos aspectos, como el aceitero, vinatero o naranjero, venía a ser fuente voluminosa de divisas. Pues bien, he aquí en qué extremos ha quedado en manos de la larga administración franquista.

El cultivo del trigo, que en 1936 se efectuaba sobre 4.461,000 hectáreas, en 1958 había quedado reducido a sólo 4.200,000 hectáreas. Es decir que, a lo largo de veinticuatro años, lejos de aumentar, había quedado reducido en más de un cinco por ciento.

Otro tanto ocurrió con el cultivo de la cebada y de las leguminosas. En este último caso, la disminución ha sido mucho más ostentosa. Ya que de 365,000 hectáreas en 1936 se ha descendido hasta un área de cultivo de sólo 230,000 hectáreas ahora, con un descenso de más del 36 por ciento. Hasta el extremo de que, exportadora ayer, España hoy debe importar una gran parte de las leguminosas que su mal abastecido mercado pone a disposición de su peor alimentada clientela.

Las dos exportaciones esenciales españolas, en el campo agrícola, como ya se ha dicho, son las naranjas y el aceite. Los campos cultivados de la primera han descendido de 80,000 hectáreas en 1936 a sólo 76,000 en la actualidad. Mayor ha sido la disminución observada en la cosecha naranjera, que de diez millones y medio de quintales métricos en 1936 ha descendido a sólo siete millones de quintales en el año último. Aunque la zona del cultivo olivarero ha aumentado, desde 1,935 hectáreas en 1936 a 2,008 en 1958, su producción, debido al abandono general existente, ha descendido desde los 2.850,000 quintales de aceitunas obtenidas en 1936 a los 1.750,000 quintales logrados solamente en 1958.

ANIQUILADOR DE LA GANADERIA

Si daño ha hecho Franco en la agricultura, mayor es el que ha infringido a la ganadería, otra de las bases tradicionales de la riqueza económica española.

El número de reses vacunas, que en 1936 ascendía a 3.800,000 cabezas, ahora se eleva solamente al número de 3.200,000. El descenso, como se ve, ha alcanzado más del quince por ciento. Aunque en el capítulo de los toros de lidia, diversión por excelencia del sádico señorito franquista, el aumento casi ha sido del ciento por ciento.

Mayor descenso ha habido aún en el caso de la típica y españolísima ganadería lanar, que tan famoso hiciera el nombre de los merinos españoles a través de todos los ámbitos del planeta. El número de estas reses sumaba en 1936 la cifra de 24 millones. En 1958 había quedado reducido a catorce millones. Es decir que, en estos veinticuatro años de "grandeza" franquista, la ganadería lanar ha descendido nada menos que en un 42 por ciento.

Mayor aún ha sido la destrucción de la no menos famosa ganadería porcina española. De cinco millones y medio de reses de esta clase que existían en 1936, en la actualidad difícilmente se acerca su número a los dos millones y medio. El descenso ha sido, como se ve, de más del 55 por ciento. Esta es la razón de que el célebre jamón español, sea manjar casi inalcanzable para los propios españoles, ya que un kilogramo del mismo se vende al detalle por ciento setenta y hasta doscientas pesetas. El jornal de tres días de un trabajador urbano, y el de cinco días de un trabajador agrícola.

PARALIZADOR DE LA INDUSTRIA

Los escoliastas y botafumeiros del franquismo justifican estos descensos en el orden agropecuario, significando que han tenido que ser sacrificados en pro de la industrialización del país promovida por el Régimen.

Esta industrialización nació durante el período de prueba en que el bloqueo económico decretado por la ONU en 1945, que duró hasta 1950 ó 51. En estos años se predicó la autarquía económica y, contra viento y marea, se industrializaron algunos sectores hasta entonces ocupados solamente por fáciles importaciones.

Naturalmente, de estas industrias creadas en régimen de urgencia, bajo la égida del todopoderoso Instituto Nacional de Industria (el INI) que llegó

ESPAÑA — ESTADO I

CUADRO ESTADISTICO COMPARATIVO DE LAS CIFRAS DE ESPAÑA (AÑOS 1935 Y 1958) DATOS ECONOMICOS

Capítulo	Cifras de 1935	Cifras de 1958	% de Aumento o Disminución
Población	25.100.000 Hts.	29.900.000 Hts.	19.10 %
Extensión Colonial	354.100 Km².	326.900 Km²	— 9.10 %
Población Colonial	1.136.000 Hts.	508.000 Hts.	—151.00 %
Extranjeros en España	75.000 Hts.	56.000 Hts.	— 25.35 %
Población en zona rural	51.10 %	35.50 %	— 15.60 %
Cultivo de trigo	4.461.000 Ha.	4.200.000 Ha.	— 5.10 %
Cultivo cebada	1.554.000 Ha.	1.578.000 Ha.	— 3.00 %
Cultivo centeno	613.000 Ha.	230.000 Ha.	1.50 %
Cultivo leguminosas	365.000 Ha.	230.000 Ha.	— 36.95 %
Cultivo naranja	80.000 Ha.	78.000 Ha.	— 3.00 %
Producción naranja	10.500.000 Qm.	7.100.000 Qm.	— 32.00 %
Cultivo olivo	1.935 Ha.	2.008 Ha.	3.60 %
Producción aceitera	2.850.000 Qm.	1.750.000 Qm.	— 38.50 %
Producción de vino	20.800.000 Hl.	14.600.000 Hl.	— 29.90 %
Ganadería vacuna	3.800.000 Rs.	3.200.000 Rs.	— 15.75 %
Ganadería caballar	600.000 Rs.	570.000 Rs.	— 5.00 %
Ganadería mular	1.150.000 Rs.	1.080.000 Rs.	— 6.00 %
Ganadería asnal	1.010.000 Rs.	690.000 Rs.	— 31.75 %
Ganadería lanar	24.000.000 Rs.	14.000.000 Rs.	— 41.60 %
Ganadería cabría	4.600.000 Rs.	4.200.000 Rs.	— 8.80 %
Ganadería porcina	5.400.000 Rs.	2.400.000 Rs.	— 55.55 %
Producción cemento	1.830.000 Tm.	3.700.000 Tm.	51.00 %
Producción acero	928.000 Tm.	1.207.000 Tm.	29.90 %
Producción plomo	123.000 Tm.	61.000 Tm.	— 50.50 %
Producción superfosfatos	999.000 Tm.	695.000 Tm.	— 30.60 %
Carreteras y caminos	103.000 Km.	119.000 Km.	15.00 %
Ferrocarriles	10.770 Km.	17.300 Km.	23.10 %
Vehículos de motor	359.000	410.000	12.50 %
Marina Mercante	1.376,000 Tm.	1.240.000 Tm.	— 10.10 %

a ser un estado dentro del Estado, algunas, las verdaderamente necesarias, persistieron. La mayor parte de ellas sobreviven de una manera artificial, sólo a base de las inyecciones de persistencia económica, que las finanzas nacionales le colocan de tiempo en tiempo para que su existencia sirva de propaganda "nodesca" en el exterior y de "tupimiento" patriotérico en el interior.

Un ejemplo, para no pecar de excesivos, basta para comprender esta política industrializadora "a fortiori". En España se ha llegado a construir, desde 1940 hasta la fecha algo así como docena y media de marcas de automóviles distintas. Para vender estos automóviles se han recargado arancelariamente cuantos del exterior se han importado en cifras verdaderamente astronómicas. Un Ford, por citar cualquier marca, que en Estados Unidos pudiera haber costado tres mil dólares, en España importaba diez mil, es decir más de medio millón de pesetas.

En estas condiciones sobrevivía la fabricación de automóviles españoles. Fuera de los SEAT (filial española de la fábrica FIAT de Italia), todas las demás marcas resultaron soberanos fracasos. Hubo autos españoles que, vendidos a doscientas mil pesetas, aún tenían necesidad de percibir un subsidio estatal de cerca de cien mil por unidad, para cubrir gastos...

No se hable de los célebres "Pegaso". Esos autos, fabricados pieza a pieza, o poco menos —con la firma de Franco cada una y la correspondiente bendición episcopal, según los choteadores de por allí—, llegaron a costar millón y medio cada uno. Algo así como 28 mil pesos. Claro está que, el sistema económico español, al igual que el que sufrió Cuba en los tiempos de "economía alegre", permite que unos cuantos potentados alcancen la posibilidad de rodar sobre estos capitales de cuatro ruedas...

DESPILFARRADOR DE LA HACIENDA

El presupuesto español de 1936 ascendía a 4,958 millones de pesetas en cuanto a los ingresos, y a 4,980 millones respecto a los gastos. En la actualidad, el último presupuesto nacional aprobado por las franconombradas Cortes españolas se eleva a 37 mil cuatrocientos millones de pesetas en cuanto a los ingresos y a 48 mil novecientos millones de pesetas en lo que respecta a los gastos. El déficit presupuestario, como puede verse, es de nada menos que once mil quinientos millones.

La persistencia de una presupuestación deficitaria hace que la Deuda Pública haya alcanzado en la actualidad la cifra ya casi astronómica de doscientos diez mil millones de pesetas. Es decir, traducida a nuestra moneda, de tres mil quinientos millones de pesos.

No es de extrañar que, bajo esta administración hacendística, el Estado español viva en una permanente situación inflacionaria. Se calcula que, en la hora presente, el monto de la moneda circulante se acerca a los cien mil millones de pesetas, es decir a cerca de mil setecientos millones de pesos.

El valor de la moneda ha descendido desde la cotización de seis pesetas por dólar que era la de 1936 hasta las sesenta y dos que oficialmente se señalan hoy. Aunque si un español desea comprar dólares en Madrid le cuestan por lo menos setenta o setenta y cinco pesetas cada uno.

Los depósitos de oro del Banco de España, que en 1936 ascendían a 2,543 millones, hoy no alcanzan ni siquiera la quinta parte. Franco alude en este sentido al oro sacado por los republicanos españoles y el depositado en pago de pertrechos bélicos y alimentos durante la Guerra Civil, en Moscú y México, pero evita señalar, quizás temeroso todavía de alguna investigación, los numerosos aportes que los nazis y fascistas huidos y refugiados en España después de la derrota de 1945 hicieron en joyas, barras de metales, y otros tesoros. Que la España franquista fue el natural refugio de cuanto criminal de guerra pudo pagarlo. Es decir de aquellos que, con botín suficiente, pudieron lograr el "natural acuerdo" con los organismos policiales y aduaneros del franquismo.

España era un país libre de Deuda Exterior al iniciarse la Guerra Civil de 1936, más bien era país acreedor. Pues bien, en la actualidad, la buena gestión administrativa del franquismo hace que España tenga una deuda exterior de más de mil ochocientos millones de dólares. Sin sumar en esta cifra las dádivas que para arreglar implementos militares ha venido recibiendo a lo largo del último decenio por parte de los Estados Unidos. Cifra que no baja actualmente de los dos mil millones de dólares.

LA ALEGRE RULETA DE LA FORTUNA

Nunca se ha visto mayor tergiversación en economía de un país que la que, en la actualidad, se puede observar en la España franquista. Ni aún en los tiempos casi gangsteriles del trustismo americano, única etapa económico-social a la que se puede afiliar la actualidad económica española. Ricos de la noche a la mañana, se encuentran en España en cada esquina. Y también pobres de la mañana a la noche. No hay sino lograr alguna connivencia con los organismos oficiales que despachan los permisos de importación, de comercio, de transporte, etc., para lograr fortunas considerables de un día para otro. Sobre todo si se es amigo de la familia Franco, o de alguno de los jerarcas que mangonean en el campo de la economía. Generalmente estos detentadores de los beneficios económicos-financieros suelen ser militares, compinches y compadres de Franco en la francachela de sangre que fue el Movimiento Nacional.

Juan March, el último pirata del Mediterráneo, como ya fue llamado antes de la Guerra Civil, ahora, a la vejez, quiere borrar con premios cuantiosos, a la manera de un Nobel, el gran daño que infringió a la economía nacional, reinando como un autócrata sobre diferentes monopolios que hacían de la riqueza nacional su beneficio particular.

Más rico, pero menos ostentoso que March, es Julio Muñoz Ramonet, un casi homosexual que, todavía joven, alcanzó a sumar la mayor fortuna nunca poseída en España sirviendo tejidos, primero a los alemanes, luego a los franceses libres y más tarde al Ejército de ocupación americano.

Claro está que la familia más beneficiada en la gran tómbola española de la fortuna ha sido la de Franco. El casi no ha hecho sino pequeños negocios. Los suficientes para poseer tierras abundantes en la Argentina, y depósitos por millones de dólares y francos suizos en bancos de Berna. Pero, doña Carmen, y la hija, la marquesa de Villaverde, esas no se han quedado cortas. Bien aconsejadas, excelentemente asesoradas, han organizado sociedades, sindicatos, compañías, anónimas todas, cuyos beneficios se calculan hoy por encima de los cincuenta millones de dólares. No menos audaz financieramente hablando ha sido el hermano mayor de Franco, Nicolás, que, durante muchos años, ostentó el puesto de embajador de su hermano ante la corte de Oliveira Salazar en Lisboa, y en ese tiempo sumó comisiones comerciales de tal exorbitancia que, hasta su propio hermano, asustado, no tuvo más remedio que destituirlo...

Y, MIENTRAS, EL POBRE PUEBLO ESPAÑOL

Y el pobre pueblo español, mientras tanto, aguantando sobre sus anchas espaldas el peso de tanto latrocinio, de tanto vejamen, de tanta desvergüenza. Soportando, con su natural entereza y su tradicional austeridad, una época más de malos tiempos, de tantas y tantas como le ha tocado vivir a lo largo de su historia.

Con jornales de sesenta centavos, con sueldos de veintitantos dólares al mes, con ingresos que no sirven ni para cubrir sus más elementales necesidades, el pobre pueblo español espera y espera...

El sabe, con el buen refranero de Sancho, que no hay mal que cien años dure, y que a la vejez todos calvos, y con eso se consuela.

No olvida a la hora de buscar otros caminos para cura de sus males y desdichas, que al norte limita con la dictadura degaullista, que al oeste limita con la dictadura oliveirasalazarista, que al sur limita con la oligarquía anglosajona, y que en su corazón tiene clavadas, como veinticuatro puñales, las veinticuatro bases aéreas y navales con que Franco vendió las libertades del pueblo español a los yanquis, para asegurar para sí y para los suyos, una supervivencia que, como se están poniendo los tiempos, quizás no le dure tanto como se figura...

Hasta tanto suena la hora de su liberación, el pobre español busca como puede la manera de encontrar el dinero suficiente para acercarse siquiera aproximadamente a su no muy elevado presupuesto doméstico. No hay español que no tenga dos o tres trabajos —mal retribuidos todos ellos, eso es la verdad— para conseguir esa suspirada aspiración de mal alimentarse, mal vestirse y mal calzarse.

Tampoco pretende el español de hoy vivir elegantes apartamentos. Vivir en una casa por encima de lo mediano significa desembolsar solamente en alquiler la mitad o más de sus ingresos totales. Una prueba del malestar reinante en la Península es el auge y proliferación que han tenido los prestamistas y casas de empeño. Recientemente, en un resonado juicio criminal por la muerte de unos prestamistas, se descorrieron cortinas de silencio que sirvieron de alarma hasta para el propio Gobierno franquista.

VICIO S. A.

Sin esperanzas próximas, lleno de necesidades insalvables, completamente abandonado a una abulia sin metas, el pueblo español ha caído como en ninguna época en brazos del vicio. Todo lo domina.

El juego asciende en todos sus matices y escalas desde el limpiabotas hasta el banquero. Basta decir que, oficialmente, se pregonan en las calles de España tres clases de loterías: la llamada Nacional, la de los Ciegos y las Quinielas Deportivas.

Las Quinielas y el Deporte tienen adormecido al pueblo hispano de semana en semana. Una prueba de la utilidad maquiavélica que Franco le está sacando al fútbol es la de que en la actualidad posee España, país casi muerto de hambre, los mejores y más altamente pagados futbolistas del mundo. El periódico del deporte "Marca", es el diario que tiene mayor circulación en todo el país, y le sigue otro diario, también de sports, el "Mundo Deportivo" de Barcelona. Ambos con tiradas que se acercan al medio millón de ejemplares.

Otro aspecto de la degeneración en que ha caído el pueblo es el auge cada vez mayor de la prostitución. Aunque prohibida oficialmente, el número de busconas es tal que, en reciente trabajo de acción católica, se señalaba la existencia de más de treinta mil mujeres y—¡asómbrese!—"hombres" dedicados, solamente en Madrid, "a la prostitución".

Las drogas se hallan en cualquier sitio. Chicote, ese popular barman, debe su popularidad a ser el proxeneta mejor pagado del país y a que en su establecimiento no falta nunca cualquier tipo de drogas heroicas. La marihuana, que allí le llaman "grifa", constituye ya un consumo de tipo popular, casi habitual entre los "gamberros" y "mangantes", gente de mal vivir...

Y, para qué seguir...

Estos aspectos, aunque no lo parezcan, tienen algo que ver con la economía nacional de un país. En el caso de España, vienen a ser el resultado directo del malestar que el pueblo sufre bajo el yugo y la flecha franquista... Algún día, felizmente no lejano ya, el país recuperará su ritmo dentro de la economía mundial, y mirará estos años pasados bajo la triste bota del clerical-fascismo de Franco como un mal sueño, como una torturante pesadilla...

ESPAÑA — ESTADO II

LAS CIFRAS DE LA CULTURA ENTRE LA ESPAÑA DE 1935 Y LA ESPAÑA DE 1958

Capítulo	Cifras de 1935	Cifras de 1958	% de Aumento o Disminución
Población escolar	4.720.000 Hts.	5.850.000 Hts.	23.60 %
Alumnos matriculados	2.660.000 Hts.	2.800.000 Hts.	35.50 %
Proporción alumnos matriculados	56.70 %	47.50 %	— 9.20 %
Número de escuelas	44.700	57.300	28.50 %
Número de maestros	55.900	62.300	12.00 %
Asistencia escolar	1.772.000 Hts.	1.469.000 Hts.	—17.70 %
Número de universidades	12	13	8.80 %
Número de profesores universitarios	2.282	2.254	— 1.50 %
Número de alumnos universitarios	37.700	43.000	13.80 %
Títulos expedidos	3.400	3.900	15.50 %
Ingenieros graduados	239	231	— 3.10 %
Institutos de Segunda Enseñanza	167	119	—28.80 %
Alumnos de segunda enseñanza	145.200	247.000	68.80 W
Número de obras publicadas	2.214	2.910	31.10 %

ESPAÑA — ESTADO III

DATOS COMPARATIVOS DEL ESTADO FINANCIERO ENTRE LAS ESPAÑAS DE 1935 Y 1958

Capítulos	Datos de 1935	Datos de 1958	% de Aumento o Disminución
Presupuesto Nacional:			
Ingresos	4.958 mill.	37.400 mill.	750 %
Gastos	4.980 mill.	48.900 mill.	950 %
Déficit	22 mill.	11.500 mill.	
Deuda Pública	16.700 mill.	189.000 mill.	1.150 %
Pesetas por dólar	6	62	1.005 %
Depósitos oro en Banco Nacional	2.543 mill.	600 mill.	— 250 %
Deuda Exterior	0	1,600.000.000 dólares	

CUERPO PRESENTE

fragmento



LA VOZ
ESPERANZADA

Una canción alegre flota en la lejanía...
¡Ardiendo, España, estás! Ardiendo
con largas uñas rojas encendidas;
a balas matricidas
pecho, bronce oponiendo,
y en ojos, boca, carne de traidores hundiendo
las rojas uñas largas encendidas.
Alta, de abajo vienes,
a raíces volcánicas sujeta;
lentos, azules cables con que tu voz sostienes,
tu voz de abajo, fuerte, de pastor y poeta.

Tus ráfagas, tus truenos, tus violentas
gargantas se aglomeran en la oreja del mundo;
con pétreo músculo violentas
el candado que cierra las cosechas del mundo.
Sales de ti; levantas
la voz, y te levantas
sangrienta, desangrada, enloquecida,
y sobre la extensión enloquecida
más pura te levantas, te levantas!
Viéndote estoy las venas
vaciarse, España, y siempre volver a quedar llenas;
tus heridos risueños;
tus muertos, sepultados en parcelas de sueños;
tus duros batallones,
hechos de cantineros, muleros y peones.

Yo,
hijo de América;
hijo de ti y de Africa;
esclavo ayer de mayorales blancos dueños de
látigos sangrientos;
hoy, esclavo de rojos yanquis azucareros y voraces;
yo, chapoteando en la oscura sangre en que se
mojan mis Antillas;
ahogado en el humo agriverde de los cañaverales;
sepultado en el fango de las cárceles;
cercado día y noche por insaciables bayonetas;
perdido en las forestas ululantes de las islas
crucificadas en la cruz del Trópico;
yo, hijo de América,
corro hacia ti, muero por ti.

Yo, que amo la libertad con sencillez,
como se ama a un niño, al sol o al árbol plantado
frente a nuestra casa;
que tengo la voz coronada de ásperas selvas
milenarias,
y el corazón trepidante de tambores,
y los ojos perdidos en el horizonte,
y los dientes blancos, fuertes y sencillos para
tronchar raíces
y morder ávidamente frutos elementales;
y los labios carnosos y ardorosos
para beber el agua de los ríos que me vieron nacer;
y húmedo el torso por el mismo sudor salado y
fuerte
de los jadeantes cargadores en los muelles,
los picapedreros en las carreteras,
los plantadores de café y los presos que trabajan
desoladamente,
inútilmente sólo porque han querido dejar de ser
fantasmas;
yo os grito con grito de hombre libre que os
acompañaré, camaradas;
que iré marcando el paso con vosotros,
simple y alegre,
puro, tranquilo y fuerte,
con mi cabeza crespa y mi pecho moreno,
para cambiar unidos las cintas trepidantes de
vuestras ametralladoras,
y para arrastrarme, con el aliento suspendido,
allí, junto a vosotros,
allí, donde ahora estáis, donde estaremos,
fabricando bajo un cielo ardoroso agujereado por
la metralla,
otra vida sencilla y ancha,
limpia, sencilla y ancha,
alta, limpia, sencilla y ancha,
sonora de nuestra voz inevitable!

Con vosotros, brazos conquistadores
ayer, y hoy ímpetu para desbaratar fronteras;
manos para agarrar estrellas resplandecientes y
remotas;
para rasgar cielos estremecidos y profundos;
para unir en un mazo las islas del mar del Sur
y las islas del mar Caribe;
para mezclar en una sola pasta hirviente la roca
y el agua de todos los océanos;
para pasear en alto, dorada por el sol de todos
los amaneceres,
para pasear en alto, alimentada por el sol de todos
los meridianos;
para pasear en alto, goteando sangre del ecuador
y de los polos;
para pasear en alto, como una lengua que no calla,
que nunca callará,
para pasear en alto la bárbara, severa, roja,
inmisericorde,
calurosa, tempestuosa, ruidosa,
para pasear en alto la llama niveladora y segadora
de la Revolución!

nicolás guillén

PATRIA ENTRE ALAMBRADAS

CARTAS Y POEMAS A NAZIM HIKMET
(1958...)

BLAS DE OTERO

PUESTO QUE tú me has conmovido,
en este tiempo en que es tan difícil la ternura,
y tu palabra se abre como la puerta de tu celda
frente al Mármara,
rasgo el papel y, de hermano a hermano, hablo contigo
(acaban de sonar las nueve de la noche)
de cosas que no existen: Dios
está escuchando detrás de la puerta
de tu celda, cedida por amor al hombre: Nazim Hikmet
quédate con nosotros.
Que tu palabra entre entre las rejas de esta vieja
cárcel
alzada sobre el Cantábrico,
que golpee en España
como una espada en el campo de Dumlupinar,
que los ríos la rueden hacia Levante y por Andalucía se
extienda
como un mantel de tela pobre y cálida,
sobre la mesa de la miseria madre.
Te ruego te quedes con nosotros,
es todo lo que podemos ofrecerte: diecinueve años
perdidos,
peor que perdidos, gastados,
más que gastados, rotos
dentro del alma:
ten
misericordia de mi espuria España.
Nunca oíste mi nombre ni lo has de oír, acaso,
estamos separados por mares, por montañas, por mi
maldito encierro
voluntario a fuerza de amor,
soy sólo poeta, pero en serio,
sufrí como cualquiera, menos
que muchos que no escriben porque no saben, otros
que no hablan porque no pueden, muertos
de miedo o de hambre
(aquí decimos A falta de pan, buenas son tortas, se
cumplió),
pero habla, escribe tú, Nazim Hikmet,
cuenta por ahí lo que te he dicho, háblanos
del viento del Este y la verdad del día,
aquí entre sombras te suplico, escúchanos.

poemas

PALABRAS REUNIDAS PARA ANTONIO MACHADO

SI ME atreviera
a hablarte, a responderte,
pero no soy,
solo,
nadie.
Entonces,
cierro las manos, llamo a tus raíces,
estoy oyendo el lento ayer:
el romancero
y el cancionero popular; el recio
son de Gómez Manrique;
la palabra cabal
de fray Luis; el chasquido
de Quevedo;
de pronto,
toco la tierra que borró tus brazos,
el mar
donde amarró la nave que pronto ha de volver.
Ahora,
removidos los surcos (el primero
es llamado Gonzalo de Berceo),
pronuncio
unas pocas palabras verdaderas.
Aquéllas
con que pedí la paz y la palabra:
Árboles abolidos,
volveréis a brillar
al sol. Olmos sonoros; altos
álamos, lentas encinas,
olivo
en paz,
árboles de una patria árida y triste,
entrad
a pie desnudo en el arroyo claro,
fuente serena de la libertad.
Silencio.
Sevilla está llorando. Soria
se puso seria. Baeza
alza al cielo las hoces (los olivos
recuerdan una brisa granadamente triste).
El mar se derrama hacia Francia, te reclama
quiere, queremos
tenerte, convivirte,
compartirte
como el pan.

blas de otero

LA ESPAÑA SUBTERRANEA

por josé a. baragaño

La cólera española es la más contagiosa de las enfermedades. Para el turista favorecido por la devaluación de la peseta que visita España, resulta agradable pasar quince días en la península. Ese tiempo en que todavía el viajero no puede entrar en contacto con la realidad. Madrid, Barcelona, San Sebastián parecen ciudades modernas, acogedoras donde se han inventado y se conservan seducciones para el visitante. Pero si nuestro hombre permanece unos días más de lo previsto o sabe hacer transparente una situación, y comienza a rascar esa película de alegría o amabilidad, sentirá los vapores de la rabia sangrando de todos los rincones, asaltándole, abofeteándole, aplastándole. La irritabilidad española, la náusea de los españoles lo inundará. Se sentirá en la náusea y la irritación. Una sensación material de estar en un lugar donde pueden ocurrir atrocidades inunda al que se acerca a España: contra eso no pueden hacer nada los frescos románico-catalanes, el Greco y el Museo del Prado; *eso* viene desde las chavolas y los barrios pobres de la España acogotada por el fascismo.

Esa cólera es la conciencia de quienes saben que le han hecho algo tremendo, de hombres que se sienten mutilados. La mutilación del hombre español produce rebeldía como todas las mutilaciones, y el pueblo sabe donde están los instrumentos carniceros que le muelen los huesos y lo desgarran. Recuerdo cómo me miró una pasajera de un tren cuando entraron dos guardias civiles con sus metralletas; había un gesto de miedo, pero también de burla. Aquella mujer sabía quiénes eran los *vencidos*, quiénes eran los *vencedores*. Ella era del pueblo, del pueblo español —ese término que ha venido a ser una definición heroica: ese pueblo que ha sido sistemáticamente denunciado, clasificado como salvaje y asesino por el gobierno, por la iglesia y el ejército. Los obreros y campesinos españoles son presentados por el régimen de Franco como saqueadores, violadores, asesinos, ladrones y enemigos de la humanidad. Es el caso de locura histórica más increíble, la más total degradación de los valores.

No sé quién decía que si Dios hubiera sido tuerto hubiera escogido a España como ojo. Es una imagen un poco torpe y que deja notar su deseo de ser una frase exacta, lo que en literatura suele ser funesto. Si interpretamos al escritor que se nos escapa podemos comprender que España es todo lo humano y todo lo material, a pesar de ese esfuerzo por salirse de lo terreno que la visitó en una época como una aparición un castillo. Quien atraviese la tierra de Castilla podrá pensar que está en un sitio del espacio, en una parte de este planeta donde ocurren cosas tremendas y severas.

Hay una España exilada que representa el espíritu revolucionario como hay una España interna que juega un papel de freno y de rejuego político. Allí está el *Opus Dei*, organización obscurantista e inquisitorial, que tiende a desparramarse sobre América y que es uno de los enemigos más temibles dentro de las naciones latinoamericanas, con el padre Escribá como manejador de los hilos. El omnipotente obispo de Málaga, Herrera Oria, antiguo periodista reaccionario y una de las figuras nefastas de la actual política española. José María Gil Robles, supuesto personaje político que presenta caracteres dramáticos. El poderoso paralítico Fernando Martín Sánchez Juliá que influye sobre el régimen, y los neoliberales y demócratas que tienen como jefe al ex falangista Dionisio Ridruejo. Un ex ministro de relaciones exteriores de Franco, Martín Artajo juega entre los caballos de la guerra de la "oposición" reaccionaria al régimen. Todos ellos mandando o esperando pescar en río revuelto en una España cuadriculada por los representantes del Pentágono y entregada de pies y manos al imperialismo norteamericano.

Entre los oposicionistas de izquierda se encuentra el Partido Comunista Español que aumentando considerablemente sus fuerzas en los últimos años, y la C.N.T., organización anarquista bien conocida, junto con los socialistas. Todo eso puede ser un cuadro político más o menos exacto. La realidad total es el desamparo y miseria en que se encuentra el pueblo español, cogido entre las redes de la dialéctica de *vencidos y vencedores* que ha establecido como filosofía oficial el régimen franquista. Los desfiles del 5 de mayo, "día de la victoria son el máximo exponente de esa atmósfera de odio civil, de espíritu de venganza histórica que quiere mantener en España a toda costa la atmósfera de odio producida por una Guerra Civil particularmente sangrienta.

El franquismo quiere hacer creer a los españoles que allí se venció al comunismo internacional. Recuerdo que me encontraba en la Castellana observando el desfile cuando vi volar sobre mí una escuadrilla de aviones prehistóricos. Automáticamente le pregunté a uno de los jóvenes que estaba allí:

—¿Qué aviones son esos?

Me contestó:

—Son Heinkel.

Murmuré:

—Verdaderas reliquias.

El joven indignado, después de mirarme de pies a cabeza, gritó:

—Esos aviones han hecho lo que nadie: echar a los comunistas de España.

Pronto comenzaron a desfilar los aviones yanquis de reacción, los cañones atómicos entregados a España; la artillería de largo alcance, los tanques pesados de fabricación norteamericana. Era un verdadero ejército de ocupación poderosamente armado por los extranjeros. Detrás de todo aquello se tendía Madrid, hambreada hasta el límite y disfrazada bajo los cuellos duros y los trajes relucientes de señoritos y gamberros. Una ciudad digna de Kafka donde se producen las más totales contradicciones. En esos días en q. nuestro joven hablaba de las tropas que habían echado a los comunistas de España faltaban las patatas: el Ministro de Economía había adelantado una extraña explicación, ningún madrileño la creyó, y todos se fueron a ver una obra de teatro francesa titulada: "Patata".

España entonces se encontraba al borde del derrumbe económico. Quien miraba la Gran Vía o Alcalá con sus rascacielos con estatuas gigantescas en el techo: algo que sólo se ve en Madrid, podría haber pensado en una película de Fritz Lang. Era el delirio de un imperio que se habían hundido para siempre en la Bahía de Santiago de Cuba para fortalecer a otro imperio que ahora lo sojuzgaba. Las puertas de acero cromado de algunos bancos disimulaban con dificultad la profunda crisis económica de ese país subdesarrollado, adosado al mundo europeo. Ese día o al día siguiente me encontraba en casa de un amigo revolucionario que por sus relaciones personales conoce a todo Madrid, me dijo:

—Quédate que ahora viene el presidente de uno de los bancos más grandes de España; verás cómo se encuentra este país.

Unos minutos después entró un hombre vestido como un londinense, un hombre mayor que no era muy revolucionario, comenzó diciendo que en España todo estaba en crisis, que la bancarrota era inminente.

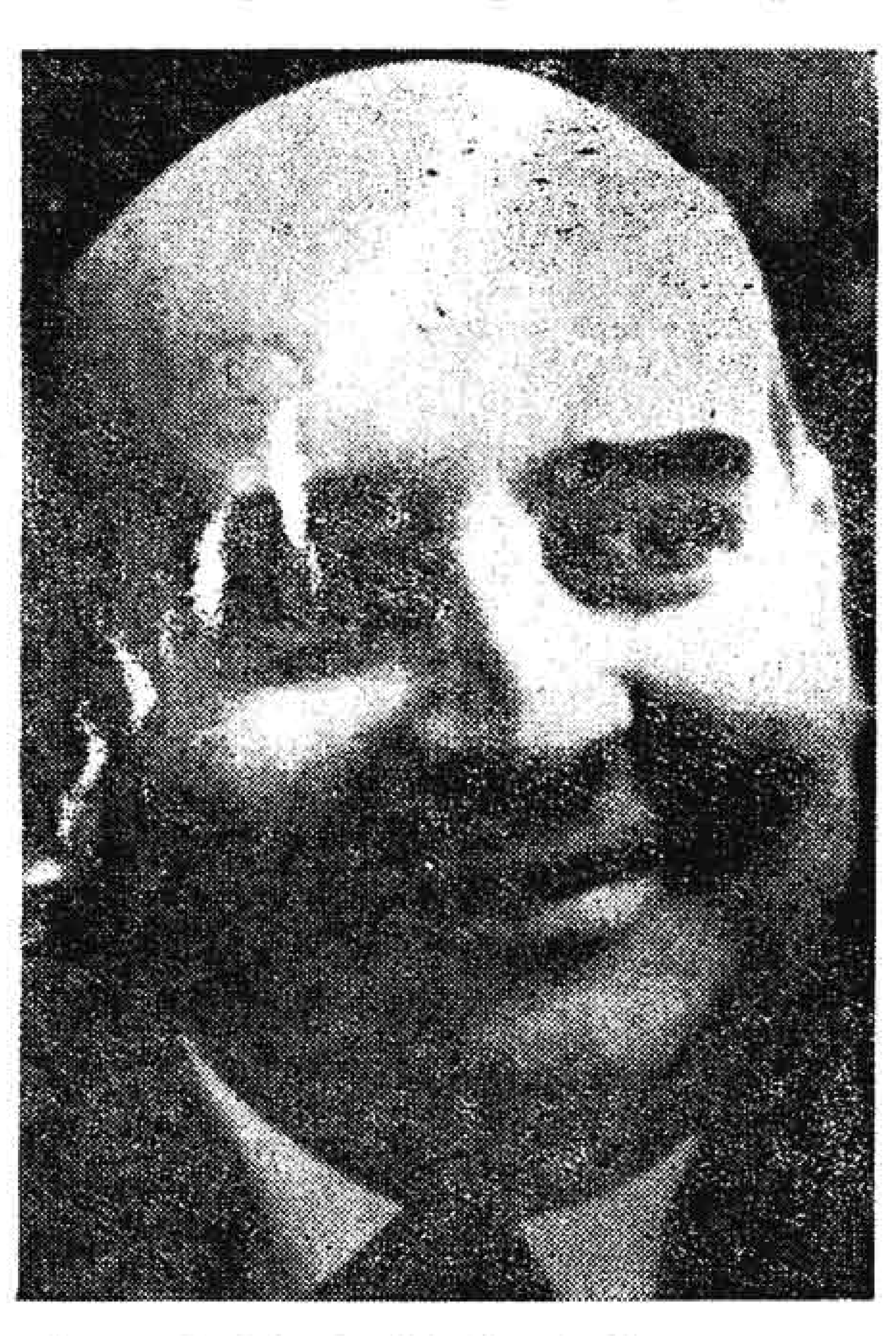
PERO...

Al día siguiente leyendo los periódicos nos encontramos con que Estados Unidos había hecho a Franco un préstamo de no sé cuántosmillones: había enviado barcos cargados de aceite y patatas, de sobrantes de la agricultura norteamericana, que envenenarían un poco a los españoles, pero que les

El padre Escribá: jefe del oscurantismo español



El ex falangista Ridruejo: astilla arrancada al franquismo



Fernando Martín Sánchez Julia, un poderoso paralítico

permitirían seguir tirando. Así el cadáver del franquismo recibiría una nueva inyección de dólares que le permitiría continuar esclavizando a España.

A ese ritmo España se va deteriorando. La primera vez que estuve en España había poetas, pintores, jóvenes novelistas. Era el año cincuenta. Me acuerdo, en las noches iba a los cafés y podía hablar con jóvenes informados, que gracias a un esfuerzo gigantesco estaban al tanto de lo que pasaba en el mundo. Estaban acorralados. En las noches después de hablar de poesía, de filosofía, de política pasábamos por la Puerta del Sol, donde está el Ministerio de Policía. Me señalaban hacia el sótano: "ahí hay presos políticos". Lo decían con miedo y náusea.

Me contaban historia como ésta: "un grupo de obreros se reunían en una placita de las afueras de Madrid: allí discutían, hablaban de lo que hablan los obreros; discutían, y, como es natural, acusaban al régimen. Un día apareció un camión del ejército. Los cogió prisioneros, pocos días después todos habían sido fusilados. No había pasado nada".

Aquello se va deteriorando: la última vez que estuve en España no quedaba nada; los poetas habían abandonado el país junto con los pintores y los filósofos. Sólo quedaba la escoria de los escritores oficiales u oficiosos. Unos estaban en París o en América. Allí no había nada que hacer. Los que quedaban se encerraban en su pequeña actividad o perdían sus noches en los bares de estilo americano donde se puede beber ginebra con tónico o ron con Coca Cola, al ritmo de la música cubana o norteamericana. La disipación al estilo del último instante del imperialismo. España ha sido invadida por todos los demonios de la degradación; el mundo de Goya se hizo realidad, los monstruos andan por las calles y leen las órdenes del día del jefe del ejército español.

En España han ocurrido muchas cosas. Los jóvenes recuerdan mal (si la recuerdan) la guerra civil; los viejos no quieren recordarla. De ahí que muchos suelen equivocarse sobre los medios a emplear. Aquel cataclismo fue muy severo y todos tienen en el subconsciente la voluntad de olvidarlo. El gobierno español se empeña en la dialéctica de *vencidos y vencedores*. Agita el fastasma del revanchismo por parte de los vencidos contra los vencedores para hacer conscientes a las derechas. No se puede hablar de un regreso, plantear el combate como una sustitución mo una suplantación dialéctica por la reconciliación nacional, por el reconocimiento de todos los españoles como españoles en la lucha contra el imperialismo y el franquismo: Estados Unidos ha llenado a España de bases militares. Esa dialéctica de vencidos y vencedores llega al delirio: Franco se construye su Escorial en el Valle de los Caídos, pero la reacción no se hace esperar: un excombatiente franquista propuso elevar un monumento a los alféreces caídos durante la guerra civil; un grupo de alféreces patriotas envío una carta en favor de la reconciliación nacional.

He aquí un fragmento:

"En vez de aquellas diversas españas que cada uno traímos de nuestros orígenes ideológicos, políticos y hasta familiares, sólo nos vemos que fuimos instrumentos más para instaurar un sistema político de inmovilismo autoritario, de tal dureza y arbitrariedad como para mantener el absurdo de que una misma persona lleve más de veinte años considerándose vitalicio enviado de Dios, Jefe del Estado, del Gobierno, del único partido autorizado, incluso fuente del poder legislativo. Un sistema que no permite oposición alguna, que es la negación más lesiva a todos los Derechos Humanos, que ahoga en sangre cualquier idea contraria a las del Régimen, que lleva una política económica desastrosa para los hogares de nuestro pueblo y que nos sojuzga en una paz de pantallo, esquilmados, saqueados y envilecidos".

Franco se sostiene sobre el alto capital: sobre los enriquecidos del régimen y y sobre los capitalistas; el ejército y la iglesia. Falange no cuenta demasiado: es un partido nostálgico sin fuerza verdadera. Pero detrás de él están todas las derechas europeas y americanas, y, sobre todo, la ayuda norteamerica q. lo arrancó muchas veces del abismo financiero. Sin embargo, todas esas fuerzas tienen miedo. Romper el equilibrio primero y eliminarlas después es cosa fácil. Pero esa facilidad es la que se convierte en dificultad política en un país esclavizado, cuyos amos cuentan con el apoyo de una poderosa potencia: Los Estados Unidos. No hay más que recordar el abrazo de Eisenhower y Franco.

Cuando se quiera hablar de soledad, de desesperación, de náusea, de tristeza, de aplastamiento y desgarrón en el ser de un pueblo hay que volver la mirada hacia España. Yo he visto a esos pobres de las calles de Cádiz de una miseria incomparable; he recorrido los bajos barrios de Barcelona exudando asco; he hablado con los pescadores de Mallorca. Allí no hay esperanza, aquellos hombres no conocen más que la cólera, que la ira administrada con sus ojos que no pueden fijarse en nada, enloquecidos por el estómago vacío. Son hombres que no son más que estómago, porque no son nada más que hambre. Y el brazo es ira, el brazo es asco, es náusea. El habitante de España es una fuerza de la naturaleza disparada por el hambre que cuando se desencadene hará temblar y derrumbará para siempre el edificio europeo del hambre y las aventuras de lo sórdido y lo opaco. Y esos cuerpos hambrientos están circulados por una sangre ardiente dispuesta a inflamarse después de cualquier movimiento de masas. En España no hay término medio: la Revolución española tendrá que ser la más profunda de la historia, la sacudida más tremenda a un pasado de miseria y terror.

Unamuno habla en un poema de un viento francés que sopla sobre España, y se pregunta: ¿hará escuela? Lo cierto es que quien desciende de Europa a España lo primero que encuentra en la estación de ferrocarril es la guardia civil y los curas, tirados sobre los bancos, liando sus cigarrillos y mirando con el aire de los perros del amo. Es cierto que el aire francés no hizo escuela y que, por el contrario, el aire español hizo escuela el trece de mayo en Francia. Pero hay un viento del pueblo que tiene que derrumbar las guardias civiles y los sacerdotes convertidos en guardianes del capitalismo.

En San Sebastián, después del triunfo de la Revolución un camarero me preguntó:

—"¿Y ese Batista traicionó la democracia?" Mirando hacia unos burgueses que estaban sentados a mi lado, continuó; "Aquí hay muchos que han hecho lo mismo, aquí hace falta un Fidel Castro para que los fusile a todos".

Esa es la España subterránea. No me interesa de qué partido era aquel hombre que venía de la contienda de la Guerra Civil y tendría unos cincuenta años. Pero en España entre los campesinos feroces y duros que conozco; entre los obreros que no ganan lo suficiente para comprarse un abrigo para pasar el invierno; entre los estudiantes que ante mi se han batido a pedradas contra la policía, corre una sangre violenta y caliente que nadie puede detener. Ese es el subsuelo popular de España, la España subterránea.

La fuerza para destruir las estructuras del clericalismo, el ejército, el alto capitalismo y el imperialismo están dadas en España. Las condiciones para la Revolución son las más favorables del mundo. La ayuda norteamericana no ha hecho más que sostener miserablemente al gobierno, aumentando el costo de la vida y haciendo crecer la ira popular: esas son las posibilidades con que tienen que trabajar los partidos políticos si están en una posición capaz de desencadenar la Revolución Española. A pesar de los esfuerzos por distraer la opinión nacional con el fútbol, los toros y la propaganda de la dialéctica de *vencidos* y *vencedores*, el pueblo español está maduro para la Revolución: esta vez con experiencia y con un proletariado que ha aumentado en número y que se ha fortalecido en la conciencia de sí mismo.

España es pueblo: todo lo que en el habla quiere decir pueblo se expresa en España con toda su potencia. Ese mineral, esa tremenda fuerza telúrica podrá ser aplicada por cualquiera que rompa los esquematismos a que son dados los partidos españoles y sepa interpretar dialécticamente la realidad. No hay que llevar a España esquemas aplicados en otras regiones: el pueblo español es verdadero pueblo y como tal de una singularidad sin límites, sus problemas sólo admiten ser encarados desde España. Una Revolución en España, como en cualquier parte del mundo, no podrá ser hecha nada más que por el proletariado, aunque los partidos políticos deben buscar la cooperación de otras clases que están tan acogotadas como los obreros: clase media (completamente sangrada por el régimen), intelectuales, profesionales, etc.

El día que el pueblo de España crezca, se desborde, será como uno de esos ríos que en una noche cambian un paisaje: el paisaje político de Europa entera será cambiado. La tierra española no soporta ya sus contradicciones, las de antaño han sido absorbidas por el mundo monstruoso del franquismo, se han hecho abisales. Pronto el actual paisaje de arzobispos omnipotentes, de militarotes orgullosos de haber masacreado al pueblo, de capitalistas que pasean sus coches norteamericanos por las calles de Madrid, de hombres de negocios yanquis que estudian cómo meter la península en el saco, pasarán a mejor vida. Pronto quiere decir ahora o después. España es muy vieja, y su fuerza subterránea se ha fortalecido durante siglos, porque quiere cambiar la vida y el mundo.

Martín Artajo. indigno personaje de la



José María Gil Robles a la sombra del poder se "opone"

TODOS LOS POETAS MUERTOS

por pablo armando fernández

"Imagen de la vida: un grupo de poetas, casi el núcleo central de una generación, atravesaba el río". Hay ese relato nocturno, de agua obscura del Guadalquivir, de miedo... de presentimientos, que Dámaso Alonso recoge y narra con pavor. Fue durante la visita que hicieran a Sevilla, invitados por el Ateneo de esa ciudad y "debido al cariño de Ignacio Sánchez Mejías".

El grupo que asistió a esa excursión representaba la generación de poetas que señalaran un renacimiento de la gran poesía española y que se formaron y desarrollaron entre los años de 1920 a 1936. Federico García Lorca en la barca "no disimulaba su miedo". Y hay el otro relato, aquel que haría Federico de su sueño cuando al salir al campo de noche se aterró al ver cómo una jauría de lobos devoraba un cordero.

Ambos relatos no son otra cosa que una premonición de la larga, negra noche de España. Y es a partir de 1936, de la hora aciaga del 18 de Julio de ese año, que España cae, que la poesía agoniza y los poetas mueren.

Pasarán veinte años antes que otras voces se alcen para testimoniar y expresar su cólera, su angustia, su pasión, su agonía. Veinte años antes que se echen a rodar por el mundo nuevas voces que denuncien la brutalidad y la violencia, la infamia y el horror, y expongan ante los ojos enceguecidos por la ira de otros pueblos, el crimen que perpetraron los enemigos del pueblo contra España.

En esos veinte años perderán la poesía de nuestra raza y la poesía universal sus voces más auténticas, más firmes, más valientes.

Con la caída de España desaparecen: asesinado por un pelotón de soldados fascistas en una obscura cañada, la expresión de lo español: Federico García Lorca; en un calabozo falangista, tuberculoso, la sangre incorruptible de España: Miguel Hernández; y muerto del dolor de España, en el exilio, el cuerpo mismo de España: Antonio Machado. Después, y siempre dentro de esos veinte años de pasión y muerte española, mueren Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez: "dos poderosas generaciones en actividad" que las fuerzas de la barbarie y el odio matan.

Tras muchos siglos de muerte lenta, el pueblo español, que ha defendido sus derechos y ha alcanzado su liberación, se verá amenazado de exterminio. No olvidarán lo que esto conjuran dar primero el golpe de gracia a los rebeldes. Matarán a sus poetas.

—Yo nunca seré político. Soy revolucionario, porque no hay un verdadero poeta que no sea revolucionario. ¿No lo crees tú así? —dice Federico a Dámaso, antes de partir para Granada.

—Pero político no lo seré nunca, ¡nunca! Es por revolucionario que se le asesina y no por político. No se puede ser la expresión de un pueblo, no se puede ser andaluz y gallego, asturiano y aragonés y no ser revolucionario. Tampoco se puede pretender liquidar a un pueblo que se alza para sacudir el yugo que lo esclaviza, sin que se quiera eliminar la expresión popular.



Miguel Hernández

Federico no era un político. No hay que exigirle a un poeta que lo sea, como tampoco habrá que exigirle, al decir de Sartre, un compromiso poético: "Indudablemente, la emoción, la pasión misma —y ¿por qué no la cólera, la indignación social o el odio político?—, participan en el origen del poema". Y era a la emoción, a la pasión que encarnan el pueblo de España a la que había que asesinar. Y había que asesinarla porque esa cólera, esa indignación social, ese odio político, son una amenaza y un peligro para los esclavizadores.

Lorca es el poeta que se ha apoderado del secreto entrañable de lo español. Su poesía puede ser agria y cerrada, trágica como España. Su poesía bebe del pueblo y al pueblo vuelve a reverterse. Por sus versos andan la gracia y la alegría y el fervor del pueblo.

Lorca no gitanea, no populachea, es gitano y pueblo. Y en sus versos andan Juan Breva, que canta, y Antoñito el Camborio y toda la imaginería popular y la tradición católica. Y su identificación con sus héroes y la comunicación con sus semejantes lo hacen peligroso. Un verdadero poeta, revolucionario, es lo primero que debe suprimirse y Franco y sus engendros lo harán para privar al pueblo de su expresión.

Mucho se ha hablado, tal vez con cierta ligereza, de que toda la obra teatral de Lorca está inspirada en la frustración en el amor, en la maternidad, en la realización personal. Mucho me temo que todas estas consideraciones exigen una imperiosa revisión. Lorca era un poeta culto, pero de hondas intuiciones. El mundo de sus mujeres: Marianita Pineda, Yerma, La Novia de "Bodas de Sangre", Rosita, La Zapatera, es un mundo eminentemente español; obsesionante, apretado, amargo; y ellas, simbólicamente, son España. Tal vez sea en Yerma, su más alto logro en el sentido ético y dramático, donde esté expuesto más vivamente el drama de su país traicionado, envejecido, seco. Yerma podría, más que ninguna otra figura de la literatura española de esos años, representar la tragedia de un país semi-feudal en lo económico y "pre romántico" en lo social, donde a la mujer se le confiere un rol funcional y no sentimental, que determina en la práctica el establecimiento de un matriarcado. La madre es la encargada de mantener la unión familiar, de preservar la sociedad. Si Yerma se opone a la tierra que Juan, tan vehemente, trabaja, es por ser ella misma la tierra en busca de una respuesta a sus males: frustración, esterilidad. Respuesta que sólo hallará en la violencia, en el homicidio, en el suicidio. Yerma comete ambos. Ninguna otra respuesta estará a la altura de su integridad personal. No la que Juan le ofrece, que es el silencio. Tampoco la de la vieja Pagana que la empuja a la traición. Su solución constituye un acto de liberación creadora y una última censura a la ética estoica española.

El drama lorquiano es en su totalidad un acto de crítica social, una crítica al sistema social dominante, donde el ceremonial que por siglos ha deificado prototipos feudales: la dueña, el señor, ha perdido vigencia. Las mujeres lorquianas sintetizan el espíritu español, la tradición. España es católica, pero el español es devoto de la Virgen María y no del Hijo. Toda la literatura española está cargada del sacrificio de sus mujeres, del martirologio de sus heroínas. La mujer española como antes dije organiza y preserva la sociedad. Y esa sociedad matriarcal ha fracasado y los personajes de poetas fracasarán: Mariana Pineda como mujer y revolucionaria, Bernarda Alba como dueña y señora, Adela en su fertilidad. Yerma en su esterilidad y todas, Mariana, Adela y Yerma se destruyen. Cuando se revise el teatro lorquiano en su contenido social veremos como al condenar Lorca a sus mujeres al crimen y a la muerte, condenaba a la sociedad española retrógrada y funesta.

Lorca es un revolucionario. En Nueva York el poeta no se deja ganar por la fascinación que ejerce la gran ciudad sobre sus visitantes. Mira la ciudad con espanto. Vió sus pústulas supurantes: la vida mecanizada, el hombre-cifra, el hombre-cero, la enorme maquinaria capitalista engendrando criaturas de



Federico García Lorca



Antonio Machado

locura, fácil presa del vicio y la corrupción. Nueva York es una pesadilla sonámbula. Allí nadie duerme y el cáncer se pasea acechante. Nada hay que pueda parecerse tanto al Infierno.

Poeta en Nueva York es el libro de un revolucionario. Lorca es la expresión revolucionaria, Miguel Hernández es la sangre revolucionaria. A Federico se le mata para insultar al pueblo, para provocarlo. A Miguel se le mata para vencer al pueblo, para quebrantarlo. Miguel es un poeta agreste, pastor, hombre natural de finísimo instinto, barro duro, seco, incorruptible.

Pablo de la Torriente Brau, cubano que va a morir por España, descubre en su batallón un poeta "considerado como uno de los mejores poetas españoles que estaba en el cuerpo de zapadores". Lo nombra Jefe del Departamento de Cultura. Pablo Neruda habla" del material de su sangre, de su alma de barro", esa sangre que se obstina en ser derramada por la causa de España.

Miguel es el poeta de filiación política, comunista. Es el poeta que llama al hombre hermano, camarada, amigo; es el revolucionario entero, fiel a su partido, comprometido con éste hasta la muerte. Por eso, cuando un grupo de jóvenes falangistas le ofrecen la libertad a cambio de la traición a su partido, Miguel, lleno del asco que aquellas sabandijas provocan, les lanza a la cara su desprecio. Y Miguel Hernández es condenado a treinta años de presidio. El tiene su mujer que lo espera, tiene su poesía, tiene su vida, su paisaje, tiene a España que habrá que defender, pero Miguel Hernández es un poeta de convicciones y su convicción lo pone del lado de los que aman la libertad y el decoro humano. Miguel se mantiene fiel a la República, fiel a su filiación. Porque Hernández es un poeta lleno de amor y ternura, escribe sus sonetos místicos, su poesía religiosa. Eran los años en que buscaba la verdad y en que extraería lo mejor de la tradición de su raza. Hernández es poeta de tierra, pero también de cielo. Ciñe a la tierra su pasión por el hombre, por la vida, pero por el cielo echa a volar su incontenible búsqueda de otras regiones del espíritu. A Miguel no lo matan como a un hombre cualquiera del pueblo, como a miles de hombres que Franco y la reacción y los consorcios internacionales del crimen fusilaron. Miguel muere a golpes, a lentos, penosos, ensangrentados golpes. Si Miguel hubiese sido católico, o mahometano, o budista, o protestante, como decía Vallejo de sí mismo, hubiera muerto igual. Lo hubieran matado igualmente. Porque Miguel era un poeta revolucionario y no era una cuestión de fé o creencia o filiación la que se ponía en juego, sino una cuestión de tierra, de enormes latifundios explotados por las clases dominantes eclesiásticas españolas. La herejía cometida había sido reclamar la tierra para que comieran los que la podían trabajar porque en España los campesinos sufren el hambre y la miseria más abyecta.

Y fue contra la Reforma Agraria española que se levantó todo el aparato reaccionario internacional y español, y no contra el Comunismo. Si Miguel no hubiera sido comunista hubiera muerto de la misma forma, por las mismas gentes. Si Miguel hubiese seguido escribiendo su poesía religiosa y no sus ensangrentados cantos al hombre, hubiera muerto igual, porque su voz se habría alzado contra esos intereses explotadores del hombre. Cuando Miguel cae, cae la sangre de España. Sólo queda la tierra y contra esa tierra que exigen los humildes, los desesperados por el hambre y la explotación, lanzará Franco su último zarpazo.

Dijimos que Federico era la expresión, ya sepultada; que Miguel era la sangre, ya derramada. Falta la tierra, que es Antonio Machado, falta cegar el paisaje, la naturaleza que el español reclamará para sí. Pero para este hombre bronco, ceñudo, apacible y tremendo no basta una cañada turbia. Aún muerto permanecería en el paisaje. No basta un calabozo frío y sucio, porque cañada y calabozo están en el corazón de España, afeándola como una llaga siempre abierta, siempre supurante, y de espaldas a esa llaga está la naturaleza española, sus campos, sus encinas, sus ríos, sus huertos, sus villorios enjabelgados como huesos relampagueantes. A Antonio Machado había que sacarlo de la entraña del país. Había que confinarlo a otros parajes. Unicamente en Francia, solo, Machado, el viejo Machado que no puede ingresar en las filas del ejército republicano, desaparecerá sin que la tierra española, abierta, arroje de su seno ~~a tanta~~ bestia abominable que la pisotea.

Con la muerte de Federico, Miguel y Antonio Machado y la dispersión de los poetas republicanos por los caminos de las Américas, Franco y la Falange han impedido, —y aunque parezca ingenua esta observación no creo que sea del todo aventurada— que la lucha del pueblo español, pese a su continuidad, sea victoriosa, máxime cuando la impresión y la difusión de gran parte de la obra de estos poetas estuvo prohibida.

Cuando a un pueblo se le somete, se le rebaja del modo más ignominioso y se le sustituyen sus valores, para separarlos de su esencia más absoluta que los diferencia y los caracteriza.

Dijimos también que años después muere en Boston Pedro Salinas y en Puerto Rico Juan Ramón Jiménez. Dudo de la vivencia de los demás. Uno de ellos, de los que han renunciado a la obra y a la lucha me dijo una vez en Nueva York, que estar fuera de esa lucha era como estar muerto.

Cuídese Franco de sus muertos. Cuídese de los poetas que abrazaron el partido de los mejores, de los que en caso de guerra no la habrían provocado, como sentenció Machado. Cuídese de la libertad para la que Miguel Hernández, sangra, lucha, pervive. Y cuídese del amor, "que está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre" y del grito de las muchedumbres que quieren "el pan nuestro de cada día", y de todos los días, y para todos los hombres, como gritaba desde la torre del Chrysler Building Federico García Lorca. Y cuídense los que confeccionan el Plan Marshall y todos los planes miserables del puñal y la horca.

Porque a un poeta —a un poeta verdadero— se le puede matar, se le puede desterrar, se le puede hacer abandonar la lucha, pero contra la poesía nada podrán los Bancos, ni los Latifundistas, ni los mercaderes del templo. Nada podrán, porque la poesía los rechazará siempre.



Pedro Salinas



Juan Ramón Jiménez

LOS AMIGOS

por juan de goytisolo

DESDE hacía seis días, no había tenido un momento de reposo. El ritmo de la vida de la ciudad se había alterado bruscamente y en el rostro de los hombres y mujeres que cubrían sus aceras, se leía una resolución firme, llena de esperanza. Una solidaridad muda nos unía a todos. Habíamos descubierto que no estábamos solos y, después de tantos años de vergüenza, el descubrimiento nos asombraba. Nuestras miradas se cruzaban y eran miradas de complicidad. Los gestos más insignificantes de la vida diaria—el simple hecho de caminar— revestían un carácter insólito y milagroso. La gente cubría su trayecto habitual en silencio y este silencio, de centenares, de miles de personas, era más elocuente que todas las palabras.

Ni mis amigos ni yo habíamos visto nada parecido y nos sentíamos como borrachos. Al cabo de muchos días de trabajo y espera, disponíamos libremente de la jornada. El espectáculo de las calles invadidas nos atraía y nos mezclábamos a la gente como unos transeúntes más, en silencio, buscando con avidez en cada rostro, el apoyo y sostén de la mirada. Lo habíamos recorrido todo, el centro y las afueras, de la mañana a la noche, incansablemente. Hacía largo tiempo que esperábamos este día y nos costaba convencernos de que había llegado. Después de la cena, nos reuníamos a discutir en el piso de Julia y no nos íbamos a acostar hasta que amanecía.

Luego, la atmósfera se ensombreció y los periódicos se poblaron de amenazas. Había que vigilar y orar, el enemigo de insinuaba por todas partes. Una silueta familiar se recortaba sobre un fondo de aviones, tanques, cañones y navíos. El que tantas veces nos había llevado a la victoria, tenía conciencia de su deber y no desertaría jamás de su puesto de honor, de mando y de combate...

Todas las mañanas, al despertarme, leía los editoriales y telefoneaba a Julia, a Antonio o a Máximo para oír su voz y asegurarme de que nana había ocurrido. En la Universidad decían que Fulanito no había ido a dormir a su casa; que desde el martes, no se tenían noticias de Menganito, algunos se asombraban de verme allí y me aconsejaban cambiar de aires.

Un hombre que no tenía pinta de homosexual seguía a Enrique como una sombra y, el mismo

día, decidimos suprimir nuestra reuniones y esperar los acontecimientos en casa. Pero la soledad nos resultaba insoportable y, al cabo de unas horas, no resitíamos a la tentación de oirnos y, desde cualquier cabina pública, nos telefoneábamos con voz falsamente despreocupada, para preguntar si la madre de Zutano seguía bien o pedirnos prestado algún libro.

Desde mi cuarto percibía el ruido del ascensor y mi corazón latía más aprisa cada vez que el timbre sonaba. Era el lechero con sus botellas, o la chica de la tintorería, o el inspector del gas. Una tarde fuí a ver a Amadeo y su madre, al abrir la puerta, me dijo, elevando la voz: "No. No queremos más. Las latas que nos vendió la última vez no eran buenas y tuvimos que echarlas". Dentro, se oía un rumor de pasos y un hombre con gafas ahumadas se asomó a mirar, desde el pasillo. Incliné la cabeza y salí.

Ninguno de mis amigos sabía nada. Encontré a Máximo en la Biblioteca y me conminó a salir. Puesto que tenía el pasaporte en regla, lo mejor que podía hacer era largarme y aguardar al otro lado de la frontera a que la tormenta amainase. Tras unos instantes de vacilación, acepté. Aunque me angustiaba dejar a los otros, me daba cuenta de que mi presencia era inútil. La gente seguía caminando por la calle y temía no soportar más el sonido del timbre.

—Preferiría que hubieran subido ya, ¿comprendes?... Lo peor es la espera.

El tren salía al día siguiente y tenía mucho que hacer. Mientras devolvíamos los libros al empleado quedamos en reunirnos con los demás, después de la cena.

—Diles que vayan al Ranchito. Como en los buenos tiempos...

—Se lo diré— prometió Máximo.

—Tengo ganas de distraerme y no pensar.

—Yo también.

—Adviérteselo a ellos.

—No te preocupes... Todos están hartos como tú.

—Beberemos...

—Sí —dijo él—. Beberemos.

Cuando llegué, Antonio me aguardaba ya. Leía el periódico, acodado en la barra y me mostró un editorial encuadrado en rojo.

—¿Has visto?

—No —repuse—. Pero me lo imagino.

—Nos llaman gamberros ideológicos.

—Por una vez, tienen razón... Es la pura verdad.

—Eso es lo que digo yo —rió—. Zascandiles, gamberros y resentidos.

El tocadiscos trasmitía una musiquilla de acordeón. Una mujer bailaba sola en el centro del bar y las parejas sentadas en las mesas charlaban en la penumbra. Encarna apareció por la puerta de la trastienda y, al vernos, se acercó a estrecharnos la mano.

—Hola queridos. —Estaba espléndida, con un traje amarillo descotado, que dejaba la desnudo su hombros de matrona y sus brazos robustos y carnosos—. Hacia tiempo que no os dejabais caer por aquí...

—Sí —dije yo—. Hacía tiempo.

—Me preguntaba si os había pasado algo...

—¿A nosotros? —exclamó Antonio—. ¿Por qué nos iba a ocurrir nada? ¿No ves que somos muy buenos?

—No sé —dijo Encarna—. En este país pasan cosas tan raras...

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Misterios... A la gente le da de pronto, por caminar... Mi criada, que vive en Horta, se tira cada día varios kilómetros...

—Los médicos dicen que es bueno para la salud.

—Sí —dije yo—. Es un ejercicio magnífico.

Encarna puso un player en su boquilla de ámbar y arrimé el encendedor.

—Me parece que vosotros andáis algo lunáticos, esta noche.

—¿Lunáticos? ¿Por qué?

—No sé.. Sicalípticos... Si fuese vuestra mamá, os hubiera mandado a la cama...

—No tenemos sueño —dijo Antonio.

Valiente par de pájaros estáis hechos los dos...

—Todos es obra de un puñado de agitadores, a sueldo del enemigo —expliqué—. ¿No has leído la prensa?

—No.

Pues haces muy mal —le reprendí—. Todo español que se respete, tiene el deber de leerla.

—Hala, callaos —dijo Encarna—. Estáis de mucha broma por lo que veo y me vais a poner de mala uva.

—¿De mala uva? ¿Tú?...

—Cosas que pasan... —Se acarició el pelo, gravemente—. ¿No os enterasteis de la jugada que me hicieron?

—No.

—Me han cerrado el bar durante un mes y, encima, me clavan una multa.

—No fastidies...

—Como os lo digo. —Encarna bajó la voz y miró atrás, asegurándose de que nadie la escuchaba—. Fue el día de la Concepción... Uno de esos inspectores sin sotana, entró a beber un vasito de leche y, al salir, va y me denuncia a los grises.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé!... Por lo visto, parece que, en el bar, vió muchas pros-ti-tu-tas...

—¿Llevaba gafas?

—Dijo que estaba lleno. —Volvió la cabeza y contempló a las mujeres sentadas al fondo—. Yo, no sé si debo ser idiota a qué, jamás he visto ninguna...

—Nosotros tampoco —afirmó Antonio.

—Si llevaran un número en la espalda o les colgaran un cartelito... Algo que las distinguiera, qué caray... Podría decirles: No, lo siento, en mi establecimiento no admito pros-ti-tu-tas (¿se dice así?). Pero, de otra forma ¿cómo puedo saberlo?

—No hay manera, claro.

—Es lo que le expliqué al Señor Comisario (que mal rayo le parta)... Las chicas que vienen a mi establecimiento tiene una cara y dos ojos como las otras y hablan el español tan bien como usted y como yo... Yo no puedo saber si, cuando salen, en lugar de irse a dormir con la mamá, se ponen a hacer otra cosa...

Le llamaba un cliente, al otro lado de la barra y se alejó contoneándose. Su ropa era increiblemente voluminosa, pero sabía moverla con gracia.

—¿Qué debes?

—Lo que tú quieras. A mí, me da igual...

Antonio pidió una botella de Moriles. El bar tenía la puerta entreabierta y, acodado en la barra, espié el movimiento de la calle. Vi un grupo de norteamericanos borrachos, y a uno de la vigilancia, acompañado de dos policías. Otros iban del brazo con mujeres y entraron en el "meuble" de al lado. Después de tantos días de agitación, me sentía hueco como una esponja y absorbía la manzanilla sin darme cuenta.

Antonio había desdoblado el periódico y leía de nuevo el recuadro. Varios norteamericanos charlaban en una mesa del fondo y uno se levantó e introdujo varias monedas en la ranura del tocadisco. La musiquilla de acordeón cesó, reemplazada por un solo de clarinete. Alguien me tiró de la manga y me volví. Era Julia.

—Hola gamberros —saludó. Llevaba el periódico en la mano.

—Hola, resentida.

Máximo se había parado junto a la puerta y se acercó, del brazo de Encarna.

—Les estaba contando a tus amigos la faena que me han hecho...

Julia quiso saber de qué se trataba, y repitió la historia. Habíamos acabado la botella y pedí una nueva y un par de vasos.

...—Total que no me valieron coplas, y tuve que pagar la multa.

—Cuánto, si se puede saber...

—Diez mil, hija, diez mil. Aparte de lo que perdí durante el cierre. —Señaló a los norteamericanos con la boquilla—. Si no llega a ser porque tengo todo el día a esos benditos...

Como si hubieran advinado que hablaban de ellos, los marinos reclamaron su presencia. Encarna gritó: "Ya voy, preciosos", e hizo una mueca de disculpa.

—El de los lentes se ha enamorado de mí —susurró mientras se iba.

Al quedarnos solos, nos sentamos en la única mesa libre. Teníamos tantas cosas que decirnos, que no sabíamos por dónde empezar y permanecimos callados, cada uno absorto en su vaso de manzanilla. Esperábamos que el alcohol nos desatara la lengua y bebíamos rápidamente, con gran aplicación. Acabada la segunda botella, pedó otras dos. La música cubría el rumor, de las conversaciones, varias parejas bailaban. Julia se tiraba del flequillo con ademanes nerviosos y, cuando veía un vaso vacío, se apresuraba a llenarlo. Bebimos la tercera botella (el espacio de tiempo de tres discos) y, al atacar la cuarta, los ojos de mis amigos brillaban y sus miradas estaban como empañadas de ternura. Antonio dijo: "¡Qué gamberros somos!" y respondimos a coro: "¡Y zascandiles, y resentidos!" Habíamos perdido, de golpe, el deseo de hablar y no deseábamos más que continuar así, unos al lado de otros, como si ya no hubiéramos de vernos nunca...

Luego, nuestra atención se fijó en un hombre enjuto, vestido con una guerrera de legionario, que había abierto la puerta de rondón y se había plantado en medio del bar, en una actitud agresiva. De mediana edad, llevaba el pelo cortado al rape y un bigote cuadrado, lacio y caído. Por espacio de unos segundos, su mirada recorrió el público desafiante. Finalmente se dirigió a un hueco de la barra y pidió un vaso de manzanilla.

—Bebida nacional española —proclamó.

La muchacha del bar cambió una mirada con Encarna y llenó un vaso hasta el borde. El hombre se aupaba los pantalones y escupió en el suelo. Sus ojos escudriñaban el cuerpo de la chica. Con un ademán brusco, agarró al vaso y lo vació de un tirón.

—Ponme otro, nena —dijo.

Visiblemente inquieta, Encarna vino a sentarse con nosotros. El norteamericano de las gafas la había invitado a uisqui y se llevó el vaso a los labios, dando un suspiro.

—Los tipos esos tienen muy mala folla —susurró.

—¿Mala? ¿Por qué?

—¿No lo habéis visto?

—Es uno de nuestros gloriosos soldados —dije yo.

—De nuestros gloriosos salvadores —corrigió Julia.

—Hala, cerradla —dijo Encarna—. Como volváis a empezar, o echo fuera.

—Estamos en un país libre —protestó Antonio.

—En una democracia orgánica —dijo Julia.

—Eso se lo contáis a vuestra abuelita. —Encarna vigilaba al hombre con el rabillo del ojo—. ¿Sabéis lo que me dijo el Comisario, cuando llamó?

—No —contestamos todos, a coro.

—Que si me cerraba el establecimiento, lo hacía por mi bien y, que encima, debía darle las gracias por la multa.

—Magnífico —exclamó Máximo—. El tipo tenía toda la razón. A Dios no le gustan las prostitutas.

Encarna amagó arrearle con la mano.

—¿Dios, dices?

—Sí.

—Valiente punto filipino está hecho tu Dios —se cruzó desdeñosamente de brazos e hizo una vedija de humo con el cigarrillo:— Volando por las nubes, sin enterarse de lo que pasa... "Ay, que bajo, que bajo". Pues que baje! Ya se las cantaré bien claras, si lo agarro algún día.

La boquilla en la boca, el pelo recogido detrás de las orejas, nos observaba a nosotros —y a los demás clientes del bar— con viva reprobación. En mi vida la había visto tan imponente. Todo el furor de la humanidad ofendida parecía concentrarse en el intenso azul de sus jos y, al coger el vaso de uisqui y vaciarlo de un trago, comprendí que era alguien a quien los agravios de la existencia llenaban de ira y que, en lugar de resignarse y olvidar como el común de los mortales, acreedora implacable, los anotaba cuidadosamente en su lista.

Habíamos acabado la manzanilla y la muchacha vino, con otras dos botellas. Durante varios minutos escuchamos la música. La presencia indignada de Encarna nos dispensaba de hablar y, aunque sin confesarlo abiertamente, se lo agradecíamos. Era nuestra última reunión y, cada palabra, cada gesto contaban. Desesperadamente, luchábamos contra la solemnidad. Antonio tabaleaba sobre la mesa, Julia se acariciaba el pelo. Nos mirábamos en silencio y sonreíamos.

Empezaba a sentirme borracho y cerré los ojos. Las conversaciones se enmarañaban como serpientes en torno mío. Recuerdo vagamente que Antonio cambió unas palabras con Máximo. Después, Julia me tiró de la manga y me sacudió. El legionario discutía con la muchacha y Encarna se había interpuesto y señalaba la puerta con la mano. La música impedía oir lo que decían. El hombre se desabotonó la camisa para mostrar el pecho. Mientras ella hablaba, había mirado hacia las mesas, como aguardando una reacción favorable, pero nadie se movió. Le oí gritar algo ininteligible y se marchó dando un portazo.

Encarna volvió con nosotros. Había tentado el respaldo de la silla al sentarse y se acomodaba nerviosamente el pelo.

—¿Lo habéis oído?

Máximo dijo que no.

—Quería cantar el Cara al Sol. Muy chulo el... Lo he mandado a hacer...

—¿Qué te ha dicho?

—Que venía de Ifni. Ifni de Africa. Y ¿sabéis lo que le he contestado?

Encarna puso los brazos en jarra: —Pues figúrese usted, aquí donde me ve, yo vengo de Nueva York y, cuando tengo ganas de cantar me aguanto. De modo que, si quiere usted armar jaleo, lárguese a otro sitio.

—¿Y la camisa? ¿Para qué la abrió?

—Para enseñarme sus heridas. El pobrecito fue heridos dos veces por los rojos... Quería impresionarme.

Como si hubiera divinado que hablaban de él, el hombre empujó la puerta y se plantó en el umbral. Había comprado una botella de Moriles en el colmado de la esquina e hizo ademán de empinar el codo para beber, pero cambió de idea a la mitad y, con una voz áspera, cascada, empezó a cantar el Himno.

Fue algo extraordinario. Hacía más de doce años que no lo escuchaba (sentado en las rodillas de mi padre, cuando había desfile) y, timidamente primero y, con decisión y de una manera festiva después, los clientes del bar lo corearon. Parecía hecho de propósito, como una prolongación de nuestras bromas de zascandiles, gamberros y resentidos. Al oirlo, Julia había comenzado a reír y sus ojos se llenaron de lágrimas. Adiós camisas, boinas; adiós escudos, mártires, luceros y caídos. La angustia almacenada durante tantos días de espera se evaporaba a cada estrofa. Milagrosamente dejamos de pensar en Amadeo, olvidamos la proximidad de mi partida...

Absorto en la parodia de la canción no me dí cuenta de que unos matones agarraban al legionario por los hombros, ni de que lo echaban a la calle. Cuando me recobré (la borrachera me había pasado de pronto) los clientes habían vuelto a sus mesas y, más bella y majestuosa que nunca, Encarna estaba, de nuevo, entre nosotros.

—Los españoles son de órdago —decía—. Porque han hecho la guerra, se creen que lo han hecho todo.

Juan de Goytisolo vive actualmente en París. Pertenece a esa generación de escritores españoles formados en el exilio. Hay en sus cuentos —éste es un buen ejemplo— cierta nostalgia amarga de su tierra, de la cruel experiencia vivida, característica de los hombres de su generación. De esos hombres que tuvieron que salir de España al terminar la guerra civil y entronizarse Franco y el fascismo.

FIN DE LA ESPERANZA

por juan hermanos

Obrábamos con más prudencia que al principio, pues la alerta había sido alarmante. La distribución de propaganda quedó interrumpida por cierto tiempo y el empleo de nuestras granadas fue postergado. Aunque la situación mundial parecía desesperada, estábamos convencidos de la victoria final de los Aliados. Para creer esto no teníamos razón alguna lógica. Si había razones para tener esperanza —aislados del mundo democrático, salvo por el enlace de las emisiones clandestinas—, la presión ejercida sobre el país nos las ocultaba. El gobierno jugaba ostensiblemente la carta alemana. No sólo se reclutaban, hasta en los cuarteles, voluntarios para Rusia, sino que las vacantes se completaban dando órdenes tan imperiosas a los recalcitrantes que por no aparecer como sospechosos se veían obligados a alistarse. En cuanto a los aviadores y a los técnicos militares de toda clase se les enviaba a los acantonamientos alemanes tan fácilmente como a una guarnición española, con el pretexto de una invitación del gobierno del Reich. El puerto de El Ferrol, que se denomina ahora Ferrol del Caudillo, por ser la ciudad natal de Franco, había sido transformado en una base de submarinos alemanes. Allí se estacionaban permanentemente barcos-cisternas, y los piratas del Atlántico venían a abastecerse en ellos. Para ser justo hay que decir que, dado el carácter susceptible de todos los marinos del mundo, no eran raras las riñas entre marineros españoles y alemanes. El gobierno tenía tal confianza en la victoria de los nazis que las tripulaciones alemanas no solamente descendían a tierra y pasaban en ella largas temporadas de reposo, sino que se dirigían de allí a Alemania con permiso y se incorporaban en España a sus unidades, como en territorio ocupado. Eran alemanes los que tiraban con sus cañones contra los aviones ingleses perdidos en las cercanías de las costas españolas. Los oficiales eran recibidos, obsequiados por las familias fascistas y las señoritas de falange no tenían inconveniente en "flirtear" con los ocupantes. Esto no modificaba en nada nuestra situación. Ser ocupados por Franco o por el ejército alemán era exactamente lo mismo. Uno se acordaba, por otra parte, que la invasión de Napoleón había comenzado así, hacía más de un siglo, pero la posibilidad de una acción directa de Alemania era cada día más improbable, gracias a la servilidad de nuestros dirigentes. Aun más tarde, cuando Serrano Suñer llegó a ser comprometedor por demasiado germanófilo, su sacrificio en el altar del oportunismo, no cambió en el fondo la política española. Agreguemos que dicho sacrificio fue bastante dulce, porque el "cuñado" (como Ciano en Italia era "el yerno"), había llenado bien sus bolsillos, lo que le permite, todavía hoy, llevar una vida de príncipe. Por lo que se refiere a las noticias, uno de los dos diarios de la noche estaba a sueldo del enemigo: "Informaciones", que nosotros titulábamos "Informaciones-Zeitung", porque se había especializado en la deformación sistemática de las noticias ya deformadas por el control del Ministerio de Prensa y Propaganda. Su director, Víctor de la Serna, recibió, además de las subvenciones habituales, una magnífica propiedad, obsequio de la Embajada Alemana. Y no era el único. La interpretación de los acontecimientos por "Informaciones-Zeitung" —aunque nos producía a veces náuseas—, no dejaba de ser divertida a fuer de ridícula. Pero nada superó a la carcajada y al asco que sacudió al país entero cuando Franco, que hasta entonces no había osado exponerse a las miradas de sus víctimas, decidió hacer su primera excursión de propaganda por Andalucía. El despliegue de policías y de guardias personales fue sensacional. Se llevaron de todas partes, lo que, en Madrid, nos vino bien. Las cárceles andaluzas se abarrotaron más que el Metro (Subterráneo), en las horas de afluencia. Detuvieron a todos los sospechosos. Todas las casas del recorrido fueron registradas. Me acordé de la reflexión que había oído en el cine un día en que veíamos el rey de Inglaterra, Pero ¿dónde está la policía? Van a matarlo, no hay nadie que lo proteja"... (naturalmente esto ocurría, después de la victoria de los aliados, porque, durante el período desgraciado, las actualidades inglesas estaban prohibidas... salvo en la Embajada británica. Nuestro pueblo ha perdido de tal modo el sentido de la realidad, que muchas gentes simples creen que un jefe de Estado está destinado a ser protegido por una barrera de guardias armados hasta los dientes. Durante su viaje a Andalucía, Franco arrojó la máscara. En los discursos que pronunció primero en Sevilla y después en Almería, insultó groseramente a Inglaterra y a América, a quienes acusó de enemigos de la civilización en general y de España en particular. Pero su frase más declamatoria y que todos los periódicos subrayaron al día siguiente, era un desafío a los enemigos del Reich. "Si por desgracia —dijo—, Alemania corriera el riesgo de perder la guerra, nosotros tenemos un millón de españoles para defender Berlín". Esta ridícula baladronada, en un hombre que acababa de jugar su suerte a la victoria alemana y juraba estar seguro de ella, recordaba la entrada en la guerra de Italia, volando en socorro de la Alemania victoriosa en junio de 1940. Por lo demás, nosotros estábamos convencidos y ciertos que esa farsa costaría al país una humillación más. En efecto, nada le urgió tanto a Franco en el momento de los reveses, como retirar el resto de los voluntarios o pseudos-voluntarios que luchaban en las filas alemanas. A pesar de todo, nosotros estábamos encantados. Nos decíamos: "Inglaterra no es frágil de memoria". Después de tal discurso, parecería que se nos hubiera dado la llave de nuestra prisión. La puerta estaba aún cerrada, sólo dependía de nuestra paciencia el abrirla. Pero Inglaterra olvidó. Olvidó que Serrano Suñer insultó a su embajador. Olvidó que se apedrearon las ventanas de su embajada, que los fascistas hicieron todo lo posible para asaltar Gibraltar, que se publicaron panfletos manchando su reputación. América olvidó también que la palabra "Yankee" era el insulto de moda; que un profesor llegó a decir en la cátedra y lo repitieron hasta la saciedad todos los hombres importantes del país: "América es un territorio de salvajes". "¿Cómo se puede confiar en los descendientes de los Pieles Rojas que todavía ponen los pies sobre las mesas?" América olvidó igualmente que el Ministerio de Estado envió a los japoneses un telegrama de felicitación por su conquista de Manila.

He ahí cuál era el tono general. No obstante, hasta Stalingrado debimos actuar en tal ambiente. Habíamos empezado una seria campaña para luchar a la vez contra el miedo y contra los abusos. Y también, se comprende, para atraernos nuevas adhesiones. El grupo de José, que, hasta el momento, había sido bastante tranquilo, se destapó con una acción magnífica y no menos peligrosa, de una audacia fantástica. Después de dos días de preparación y de maniobras silenciosas, cinco miembros del grupo de José distribuyeron propaganda, debieron pasar unos segundos espantosos. Nadie se explicaba cómo salieron bien. A la hora señalada, los cinco empezaron a andar por un pasillo, distribuyendo la propaganda plegada a derecha e izquierda. Los estudiantes no la rehusaron porque creían que eran hojas de falange; mientras las desdoblaban perezosamente, las miraban y se reponían de su sorpresa, el que las había distribuido había doblado la esquina del pasillo, entrando en el sector en que acababa de operar otro camarada. En treinta segundos la Universidad estaba inundada. Los autores de esta hazaña volvieron todos sanos y salvos. José rebosaba de júbilo, pero Miguel prohibió severamente que se realizara otra empresa de tal envergadura. Los falangistas estaban rabiosos. Esa distribución de hojas de propaganda fue ciertamente una de las operaciones más fructuosas. Los indecisos se dieron cuenta bruscamente de que nuestros hombres, a la luz del día, en las barbas de la falange, habían podido circular y escapar sin daño. Lo que quería decir, en otros términos, que muchos estudiantes no quisieron verdaderamente reaccionar. En tal caso, la fuerza de Falange había sido valorada exageradamente. El número de estudiantes que se incorporaron aquel mes a las formaciones clandestinas duplicó. Todo el mundo hablaba de la F.U.E., que alcanzó gran renombre a consecuencia de dicho asunto. Nosotros apreciábamos mucho a estos jóvenes apasionados, de una imprudencia infantil y de una lealtad tan generosa que les costó su libertad. Por mi cuenta, cuando tomaba parte en operaciones de este género llevaba en el bolsillo una ampolla con una fuerte dosis de veneno para tomar. No hacía mucho tiempo que la tenía y me creía propietario de un tesoro. Ello me había costado afrontar sin paliativos un fuerte dolor de muelas, que soporté mordiendo pañuelos y acumulando las recetas. Ahora era dueño de mi vida. Si era sorprendido no tendría que soportar torturas en los calabozos de la Dirección de Seguridad. Marisa me había dado una tableta de mercurio blanco robada en su laboratorio, pero no la llevaba conmigo. El otro veneno, sí, lo había ganado con mi sufrimiento. Tenía la impresión de que gracias a esto no podría acusarme de cobardía. Abreviaba sencillamente un fin largo y doloroso. Para nosotros no había salvación. El que era detenido con propaganda o armas, era acusado de rebelión a la justicia militar, después de haber sido torturado en los calabozos de la "Gestapo" falangista. El reglamento, naturalmente, prohibía la vía de hechos. Por lo tanto, para evitar reclamaciones no se liberaba a los inocentes, sino después de cierto tiempo para que las marcas de los malos tratos desaparecieran. Mientras esto llegaba, el inocente permanecía entre rejas. Calcúlese el tiempo que necesita para curar, por ejemplo, un culatazo de fusil en pleno rostro. Se comprenderá que esto ocurría solamente en los casos en que el acusado tenía relaciones que se preocupaban de él. Un infeliz desconocido era golpeado hasta que confesaba cualquier cosa. No sin fundamento se nos hablaba a lo largo de los días de un renacimiento escolástico y de la superioridad de la Edad Media sobre la época moderna. La justicia se hacía medieval y aplicaba la tortura con entusiasmo. Hacía falta arreglárselas para no caer vivo en sus manos.

La instrucción de los procesos era confiada, por consiguiente, a la justicia militar. Esto quería decir que el acusado no tenía derecho a defenderse. Asistía a la audiencia, pero sin más recurso que negar los hechos que se le imputaban. La defensa la llevaba un oficial nombrado de oficio que no sabía una palabra de derecho o que si conocía algo lo disimulaba prudentemente. La mayoría de las veces, el oficial así designado, bien por no comprometerse con una defensa demasiado calurosa, bien por no crearse complicaciones, se limitaba a decir que estaba de acuerdo con las conclusiones del fiscal y que solicitaba la indulgencia del juez. Los defensores que no aceptaban este régimen de justicia y cumplían su deber con cierta honestidad desaparecían de la lista o eran perseguidos. Después de esto el culpable era condenado a la pena de muerte. Más tarde, cuando los procesos (últimamente), fueron menos sanguinarios, se condenaba a la gente no por rebelión, sino por violación de un artículo del código penal. Así en el juicio de los miembros de la F.U.E. aunque el fiscal pidió como pena más fuerte la de cuatro años por ocultación de propaganda, el juez los condenó a prisión más larga por actividades subversivas. Era difícil encontrar algo serio en una justicia de este tipo en la que los acusados están a merced del juez, la acusación no sirve más que de consejero gratuito, el defensor por sistema no entiende una palabra y, por añadidura, tiene miedo.

Por otra parte, la Iglesia era entonces tan poderosa y los espíritus se hallaban de tal modo atemorizados que se producían corrientemente hechos como éste. Un hombre es acusado de haber asesinado, robado y destrozado en una iglesia una estatuilla de un santo. Se demuestra la falsedad de la acusación de robo y asesinato. Los testigos sólo se ponen de acuerdo para decir que vieron al hombre romper la escultura en un acceso de ateísmo iconoclasta. El acusado fue condenado a muerte.

Lo que en estas condenas hiere la imaginación no es tanto su horror como su absurdidad. Se sobreentiende que era necesario contar con la corrupción general. Los jueces civiles, obligados a vivir con un sueldo miserable, se vendían, ellos y sus sentencias, al mejor postor. Era del dominio público el hecho de que los abogados del partido y los clientes ricos ganaban todos los pleitos. En lo contencioso ocurría lo mismo. Todas las querellas contra la injusticia del Estado, del partido y de las administraciones eran sobreseídas. Por el contrario, los poderosos, aun sin tener injusticia que reprochar, obtenían indemnizaciones fabulosas por expropiaciones o daños que no habían sufrido. España era entonces y lo es todavía, una verdadera ratonera. Aquel que se deja atrapar en ella tiene su vida rota.

Para los jóvenes como nosotros la situación era muy dura. Mis traducciones, por el momento, me ponían al abrigo de la necesidad. Miguel encontraba en María Rosa un derivativo a sus preocupaciones y una razón para no cometer demasiadas imprudencias. En todos los casos mostraba la misma audacia jovial, que le había empujado hacia mí, cuando yo lustraba zapatos y vendía cigarrillos en el mercado negro a la puerta de la Universidad. La misma espontaneidad decidida le había unido para toda la vida a María Rosa. Esta temblaba por él, pero revelaba un valor admirable. Solamente a mí confesaba sus temores y las riñas pasajeras que tenía con mi amigo. Miguel también se encontraba en serias dificultades. Con los estudios terminados, obligado a devorar la herencia paterna, que consagraba a la causa, no encontraba sino empleos miserables como el mío, que no le permitían subvenir a las necesidades de la organización y no prometían ningún porvenir.

Aquel que no quería venderse estaba condenado a morir de hambre o más bien a vivir en el hambre. Así la capacidad combativa —se pensaba—, disminuía; por el contrario, para vivir confortablemente bastaba con entrar en el partido oficial o mejor todavía en el Opus Dei, especie de Franc-masonería blanca, que no tenía los puntos de vista idealistas de la verdadera masonería, aunque adoptara su estructura. Su fin era afirmar la autoridad del papa y conceder prebendas bajo la benévola protección de la Iglesia.

Otro medio de llegar era el robo organizado, a condición de interesar a un ministro en el asunto. No solamente los dos hombres más considerados eran contrabandistas notorios a sueldo del Ministerio de Comercio, sino que existían gran número de aventureros sin escrúpulos que no vacilaban ante el asesinato. En esta época se amasó una de las grandes fortunas de Madrid. Un pequeño agente de seguros estableció una póliza elevada por un vaporcito, que hizo hundir. El director de seguros, el agente y el dueño de la nave se repartieron una fuerte suma. Se olvidaron de meter en la combinación a cuatro marineros, que no tuvieron tiempo de salvarse. Pero el modesto agente disfruta hoy de un harem secreto, como está de moda entre los multimillonarios del mercado negro, y come tres veces por semana con algún ministro. El dinero del barco le sirvió para comprar un ministro, luego, con los beneficios, otro, etc. Todo Madrid lo sabe y la cuarta parte de Madrid lo saluda.

Hacia esa época la ofensiva de las granadas empezó seriamente. Nuestras pobres granadas domésticas hacían más ruido que daño, pero bastaban para que si nos detenían, nos arreglaran la cuenta sin decir ni pío. Fue un gran alboroto. Estallaron bombas en todos los rincones. Todos los partidos, todas las facciones rivalizaban entre ellos. No quedó un centro de falange sin recibir la suya. De las puertas y ventanas desvencijadas por las explosiones surgían, con los brazos desnudos, los diablos asesinos de camisa azul. Desgraciadamente, teníamos que evitar el contraataque de la Gestapo; sin tener tiempo de hacer justicia, desaparecíamos. Pedro y los suyos eran especialmente expertos en esta especie de deporte que nos ocupó un año, en el transcurso del cual bastantes de los nuestros perecieron gloriosamente en tal sentido. Era necesario; en todas partes la moral se iba a pique.

Frente a una opinión amedrentada y a una Gestapo ebria de rabia, era agotador para nosotros el tener que sostener constantemente el espíritu de resistencia con peligro de nuestra vida y a fuerza de puños. No nos dedicábamos sólo a lanzar propaganda y bombas. Reproducíamos también nuestros comunicados para la trasmisión. De esto se encargaba particularmente el grupo director, Miguel, Marga, José, etc. Para no conservar nada en el domicilio, en caso de registros, habíamos instalado nuestro cuartel general en una de las numerosas casas en ruina que la guerra había dejado en las cercanías de Madrid. No se hallaba a más de veinte minutos a pie del Metro más próximo, a pesar de estar aislada; allí nos considerábamos menos comprometidos en caso de una pesquisa y mejor preparados para hacer frente a un ataque a mano armada. Tales preocupaciones fueron muy útiles. Una noche estábamos allí cinco. Antes de empezar el trabajo, Miguel

comentaba en voz alta la situación general y el comunicado. Gloria estaba de guardia y vigilaba fuera. Empleábamos generalmente a las muchachas para las vigilancias que comportaban serios peligros.

Gloria entró agitada: "La casa está vigilada, hay dos patrullas a la vista". Miguel de un gesto apagó la lámpara de carburo. No había duda, se nos había seguido, descubierto y las gentes de la Gestapo esperaban la llegada de fuerzas más numerosas para dar el asalto. Gloria exageraba. Las dos patrullas se reducían a dos parejas. No teníamos más que dos pistolas, con doce balas en total. Pedro cogió una y Miguel la otra.

Los demás debíamos correr hacia la ciudad inmediatamente después de las detonaciones. Miguel y Pedro salieron.

Se arrastraron por el suelo y los perdimos de vista. Aquello duró un eterno minuto.

Las muchachas jadeaban.

Marga puso su mano sobre la mía sin que yo me diera cuenta. Al día siguiente, me vi cuatro heridas en forma de uña. Dos disparos, enseguida otro a la izquierda, Miguel tiraba y corría en campo abierto. Una verdadera fusilería a la derecha. Y Pedro salió corriendo a su vez. Corrimos todos. Dos minutos más tarde, yo preguntaba:

—¿Dónde está Miguel?

—Miguel no está.

—Seguid, voy a ver.

Estás loco.

—Continuad, he ahí la Gestapo que llega.

Siguieron. Yo retrocedí. Antes de que Pedro tirase, uno de los de la derecha había debido de herir a Miguel que huía. Por eso la fusilería. Vi una forma que vacilaba. Lo agarré y pasé uno de sus brazos por mis espaldas. Rehice el camino. Miguel tropezaba. Gritos. Faros. Nos tumbamos boca abajo; unos cincuenta hombres corrían hacia la casa, la pasaron. Nosotros nos levantamos y salimos corriendo. Yo arrastraba a Miguel, lo hostigaba, lo insultaba. Llegamos a la ciudad. Ni taxi, ni metro. Un auto parado. ¿Qué hacer? Lo robo. Un culatazo con la pistola y rompo el cristal, paso la mano y abro la puerta por dentro. Arrojo a Miguel al interior y monto. Otro inconveniente. La llave del contacto. En ese preciso momento el dueño del coche salía de un porche (supuse enseguida que se despedía de alguien en la puerta cochera). Le amenacé con la pistola: "La Gestapo nos persigue. Llévenos o le salto la tapa de los sesos". Arrancamos.

—¿Qué le ocurre al amigo?

—Herido.

Poco después dijo:

—Supongo, si son ustedes detenidos, que puedo contar con su discreción, como pueden ustedes contar con la mía. ¿Dónde los llevo?

Yo no podía consentir que Miguel volviera a su casa solo. Por lo tanto, di una dirección próxima a la casa de María Rosa. El buen hombre murmuró:

—¿Cómo explicaré al seguro lo del vidrio?

—Y después nos dejó.

Cuando partió, conseguí arrastrar a Miguel hasta la casa de María-Rosa, de la cual guardaba una llave para refugiarse en circunstancias como ésta. Subimos, pues; yo arrastrándole y él pálido como el papel. Desperté a María-Rosa. Conocía el departamento y el dormitorio. Salió en camisón, con la bata en la mano, tan pálida como Miguel, a quien yo había dejado sobre la alfombra. No sabíamos qué hacer.

María-Rosa era valiente. No lloró, no se desvaneció. Aun antes de ponerse la bata calentó agua en la cocina y volvió con vendas y medicamentos. Con dificultad coloqué a Miguel en la cama. Yo no podía más. Ella me dijo que podía dormir en la alfombra con una manta, pero como yo prefería volver a mi casa, me saludó con una encantadora sonrisa y, en el momento de marcharme, puso sus manos sobre mis espaldas y me dió un ligero beso en el ángulo de los labios. "Gracias", dijo, y después, cambiando de tono: "Ahora, márchate de prisa".

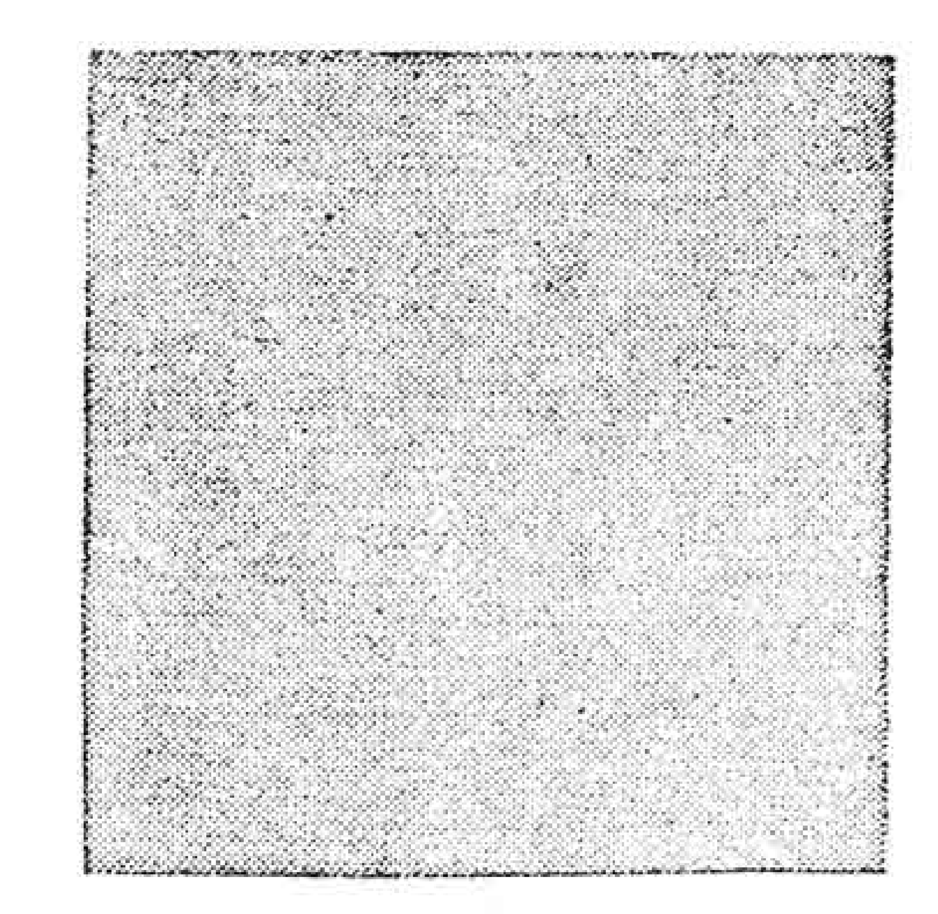
Este asunto nos costó la pérdida del local, de la máquina de escribir y de numerosos papeles ya redactados. Sin contar con que Miguel tardó casi un mes en reponerse y que las cosas en él marchaban muy mal.

Pedro no se consolaba de no haber disparado más de prisa, pero no se hallaba en posición. Antes de abatir a los dos hombres tuvo que vaciar el cargador.

Por lo demás, no hubo nada que lamentar. No fuimos identificados. Esta historia nos calmó mucho y nos hizo redoblar las precauciones. El país entraba en una fase de pasividad que ha sido muy bien descripta en la famosa novela "Nada", de Carmen Laforet, publicada más tarde. "Nada"... el título es revelador. Vivíamos una época huera. Muchos jóvenes intelectuales volvían la espalda a los problemas de actualidad y trataban de olvidarlos con una frivolidad rebuscada. La mayor parte, sin darse acaso cuenta de las causas de su inquietud, vivían envueltos en extraño malestar. Toda la novela "Nada" baña en ese carácter confuso a gentes que comienzan a resignarse y que, como los bravos rusos de Dostoievski, no se atreven a tomar partido contra el opresor, pero se consideran humillados, vejados. Los intelectuales más inteligentes, como la autora de "Nada", que se pinta en primer plano, o algunos de sus personajes, se refugian en una excitación mórbida, malsana. No sólo por azar han sido señaladas las coincidencias de esta novela con la literatura rusa anterior a la revolución. La única influencia es la del medio, pero coincide perfectamente con aquel en que se debatía Dostoievski. Una sorda angustia vibra en el aire y guarda todavía, como un cielo tormentoso, los ecos de las ejecuciones. Esa "Nada", esa psicosis de la nada, del abandono, esa alucinación colectiva que los intelectuales muertos de hambre sacaban de sus sufrimientos, he ahí el verdadero carácter de la vida en España bajo el fascismo. Pero esto no lo veían los extranjeros. Les enseñaban el único Instituto de segunda enseñanza decente de Madrid y se extasiaban. Creían que los demás eran parecidos, pero no había otros. Exportábamos todo lo que podíamos para atraernos la benevolencia del Bloque Occidental, pero en el país no quedaba nada para que comieran aquellos que no podían pagar los precios del mercado negro. El almuerzo de un albañil consistía ordinariamente en una sopa de garbanzos. Un joven fascista, a quien le hice observar ese hecho, respondió: "No importa, son animales". Nada en el espíritu y nada en el plato, tal es la situación de la España de Franco. Desgraciadamente la "nada" a la que han sido condenados todos nuestros esfuerzos hasta el presente, la nada hacia la cual nos precipitamos, con la cabeza baja, cada día más, no está cerca del fin y no sabemos cuándo saldremos de ella.

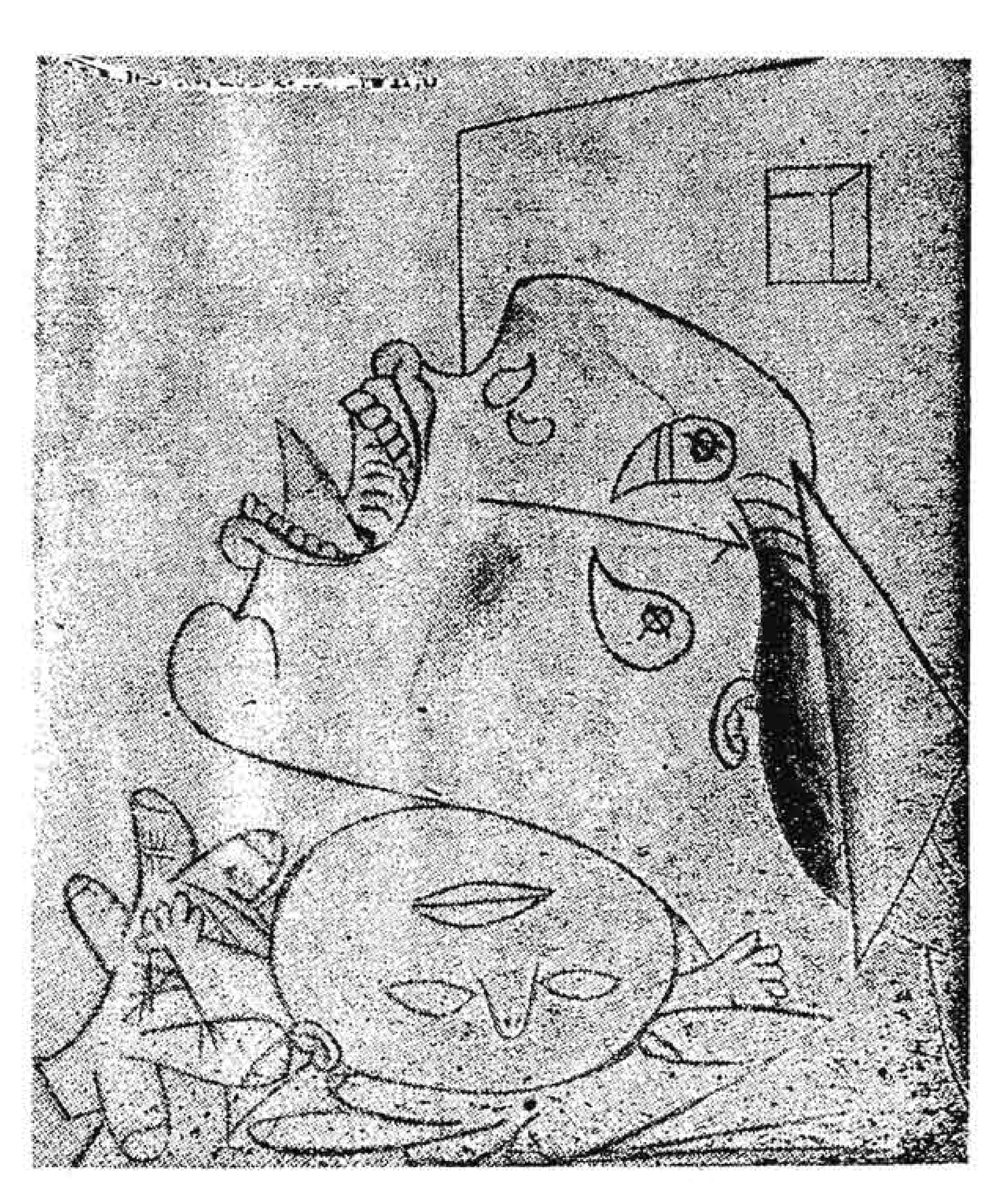
DE NUEVO LA ESPERANZA

por guillermo cabrera infante



Tal vez lo más emocionante en "Fin de la esperanza" —que ustedes acaban de leer— sea el breve, dramático prólogo de Jean Paul Sartre, que iniciaba al lector en la angustiosa crónica de la España bajo la bota —un escarpín erizado de púas— de Francisco Franco, generalísimo por la gracia de Dios. Decía Sartre, comenzaba así:

Una noche, durante la ocupación, estábamos reunidos varios amigos en la habitación de un hotel. De repente una voz desconocida pidió socorro en la calle. El tono de aquella voz era tal que sin ponernos de acuerdo, descendimos corriendo: la calle estaba desierta, dimos la vuelta a la manzana y no encontramos a nadie. Volvimos a nuestro trabajo, pero aquella voz no cesó en toda la noche de gritar en nuestros oídos. Una voz sin rostro, sin nombre, que gritaba para todos. En estos tiempos medrosos esperamos una ayuda lejana, un socorro que tarda en llegar y cada uno se pregunta si no es su propia voz la que ha oído. Cuando leí por vez primera "Fin de la esperanza" me pareció reconocer esa voz; es ella, la que desde Madrid lanzó la llamada a fines de enero de 1946. Entonces decía: "Ya es casi demasiado tarde"; y el llamado nos llega en 1950. Cuando lo publicamos en "Los tiempos modernos" recibimos algunas cartas, que nos pregunta-

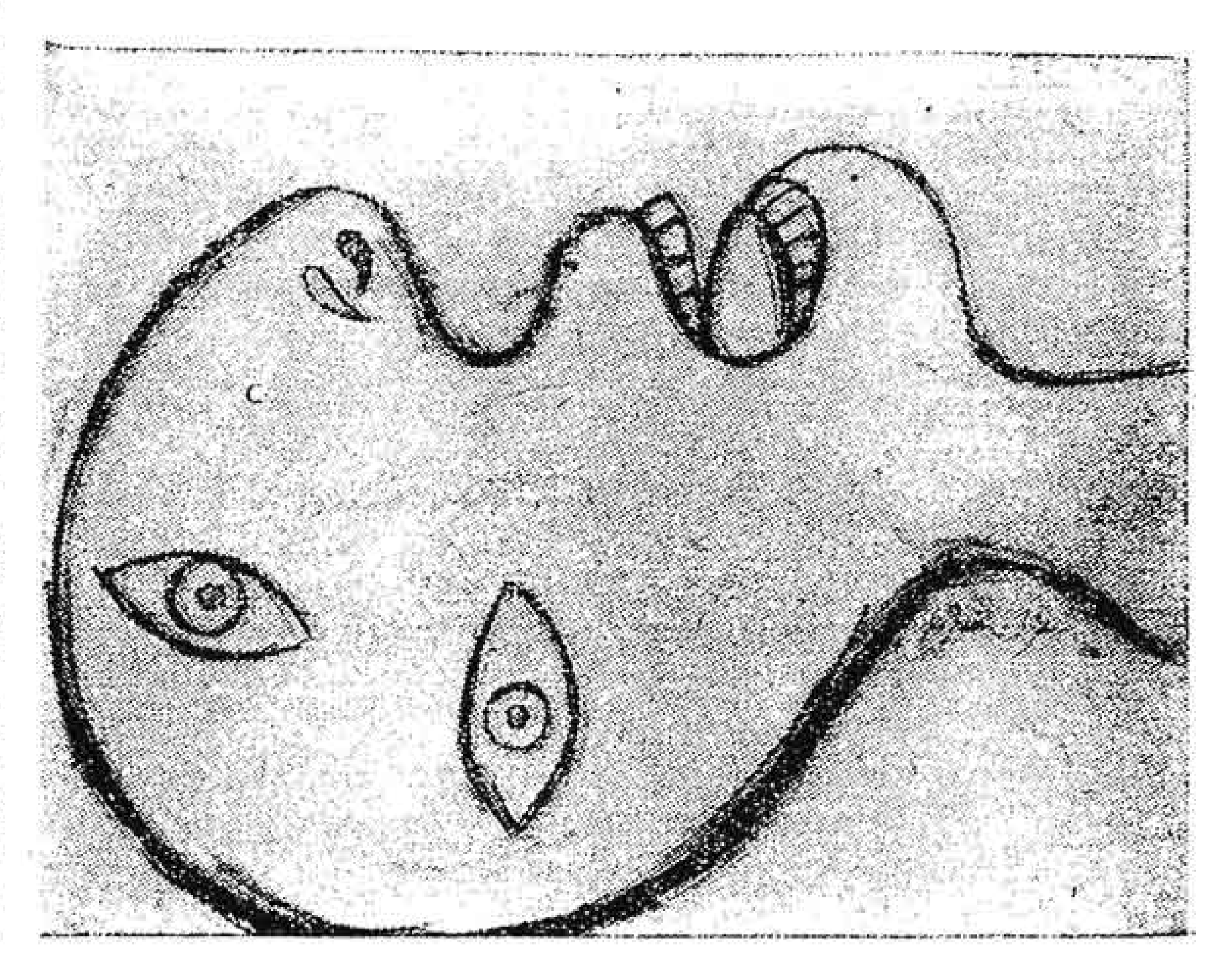


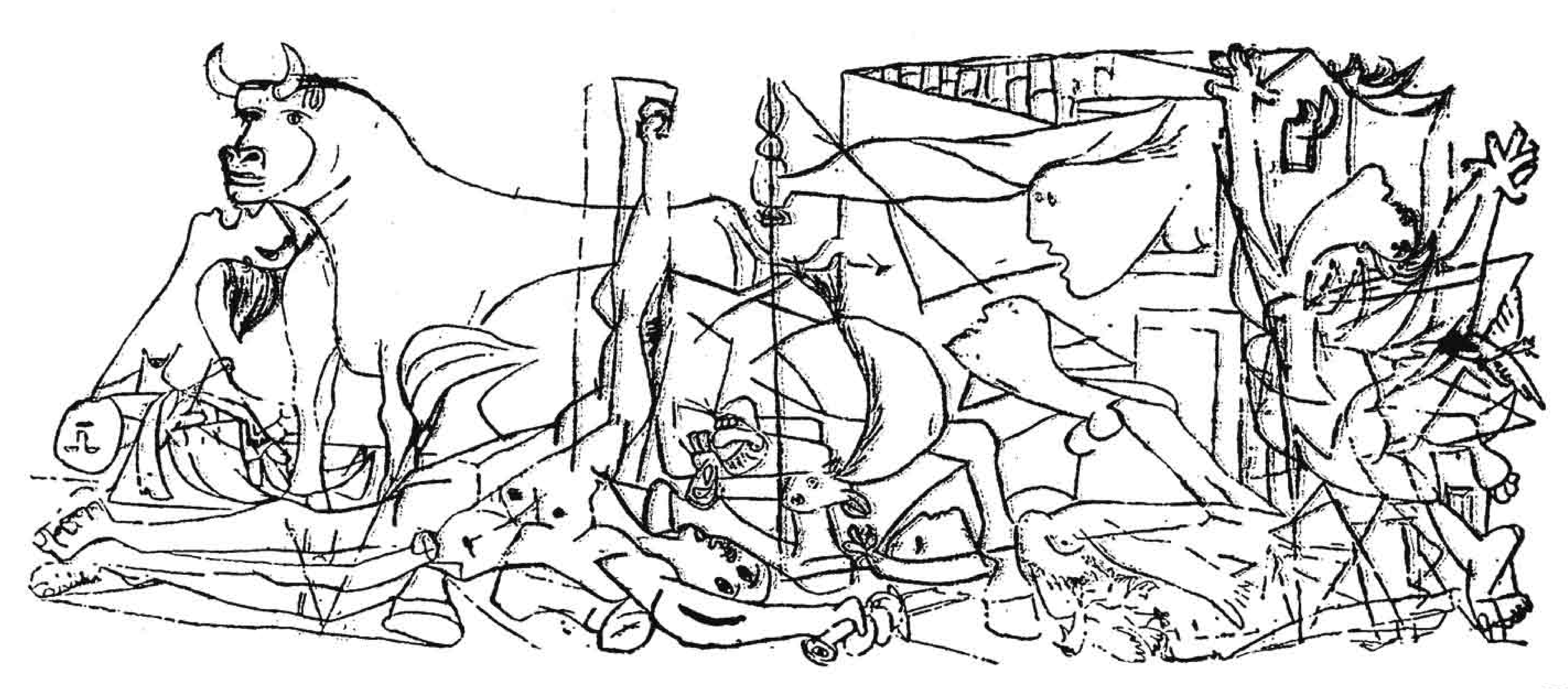
ban: "¿Quién es Hermanos? ¿Dónde vive?" Yo respondí: "No sé". Ofrecían dinero, ayuda. Yo contesté: "Es demasiado tarde".

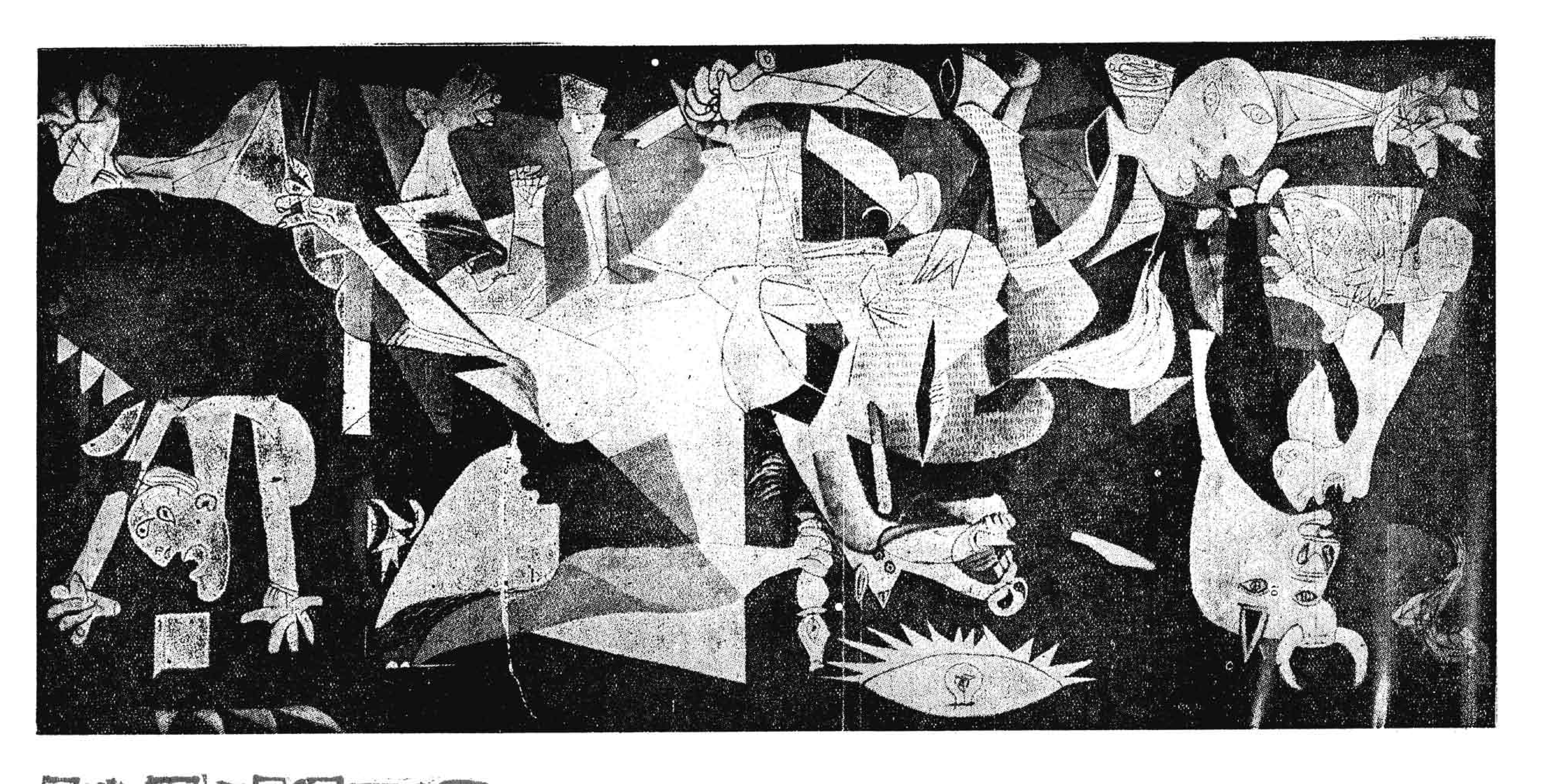
Sartre hablaba desde Francia, desde la amenaza de un militarismo feroz y el océano asfixiante de unas derechas que quieren presentarse como la única solución posible, como la verdadera Quinta República. Así puede decir: "Cuando comencéis la lectura de este libro os parecerá que os habla de vosotros mismos". O agregar: "El autor acertó al elegir el seudónimo; esos españoles son hermanos nuestros". Es cierto, Juan Hermanos es también nuestros hermanos. Pero desde Cuba, sin pedantería, sin acumular dotes de presciencia o sabidurismo, nosotros podemos decir que conocemos a Juan Hermanos mejor —hasta podemos decir que sabemos sus nombres. Y es verdad: sabemos los nombres de los autores de "Fin de la esperanza"— se llaman Antonio Rejano, Juan Figueres, Fernando Revuelta, pero podrían llamarse José Pérez, Joan Andreu, Pedro Aspiazu, porque ellos hablan por todo el pueblo español: desde sus heridas, gritando del fondo de su dolor— y sabemos que la desesperanza que traducen sus páginas es cierta. También sabemos que "Fin de la esperanza" es sólo un título y que Revuelta o Figueres desde su tumba o Juan Rejano (y podríamos añadir muchos nombres: el general Herrera, Indalecio Prieto, Alvarez del Vayo: y también otros cientos de miles más) saben que nunca es demasiado tarde: que la esperanza no muere, porque la realidad nunca muere, porque los hombres nunca mueren. Sabemos que la esperanza no ha muerto siquiera para uno de los autores del libro —tal vez el verdadero Juan Hermanos— que quedó muerto (había sido herido, grave: sus compañeros tuvieron que rematarle), desconocido pero presente para siempre, en la carretera de Tarrasa, en Barcelona. Sabemos que el libro fue dictado por el desaliento, desde las engañosas palabras de Churchill —hipócrita, malvado— que al fin de la guerra mundial recomendaba a los españoles calma, cordura, quietismo en una palabra; desde el fiasco de las llamadas "democracias occidentales"; desde el plan Marshall que se negaba a España, porque había promesas más jugosas; desde la adivinación de que habría un Eisenhower, una política Dulles, unas bases pavimentadas en dólares yanquis y sangre española. Sartre dice de la liberación: "La nuestra llegó, pero no era su liberación". ¿Llegó realmente la liberación francesa? Hoy nosotros desde Cuba, sabemos que no, que para Francia llegó solamente la farsa de la liberación. Nosotros desde una liberación verdadera, desde la Revolución Cubana sabemos, finalmente, que una liberación no es más que un acto de voluntad y que esa voluntad está contenida en "Fin de la esperanza", que no es desalentar la lucha su misión, sino discurrir sobre los errores, señalar y matar con un dedo índice a la falsa esperanza, que la verdadera esperanza es siempre lucha.

Un día de 1936 —¿o era 1937?— un niño leía un cintillo, en un pequeño pueblo de Cuba, de un diario de la tarde, un cintillo con letras tan grandes como para que un niño o un analfabeto las leyeran, para que casi adivinaran su contenido, decía: CAYO SANTANDER. Ese niño se sintió angustiado, porque sus padres le habían hablado de la República Española, porque adivinaba la angustia de sus padres, porque ya sabía qué cosa era la lucha de España y qué significaba la caída de Santander. Luego vinieron otros hechos, otras cosas, pero el niño no olvidó al crecer, aquel cintillo, aquella tarde, la angustia del momento. Cuando hace unas semanas leyó "Fin de la esperanza" volvió a sentir la misma angustia, la noción exacta de que la pérdida de España para la libertad y la democracia era una pérdida para Cuba, para Nuuestra América, para la humanidad. Por eso sabe que España no está totalmente perdida y quisiera que la lectura de estos textos, del mismo "Fin de la esperanza" sirvieran para lo único que pueden servir: para ayudar un poco —un poquito, algo ínfimo— en rescatar la España verdadera, en hacer olvidar la angustia del cintillo, en desmentir "Fin de la esperanza".

ESBOZOS DE PICASSO PARA "GUERNICA", QUE APARECE COMPLETO EN LA CONTRAPORTADA







LUNES DE REVOLUCION